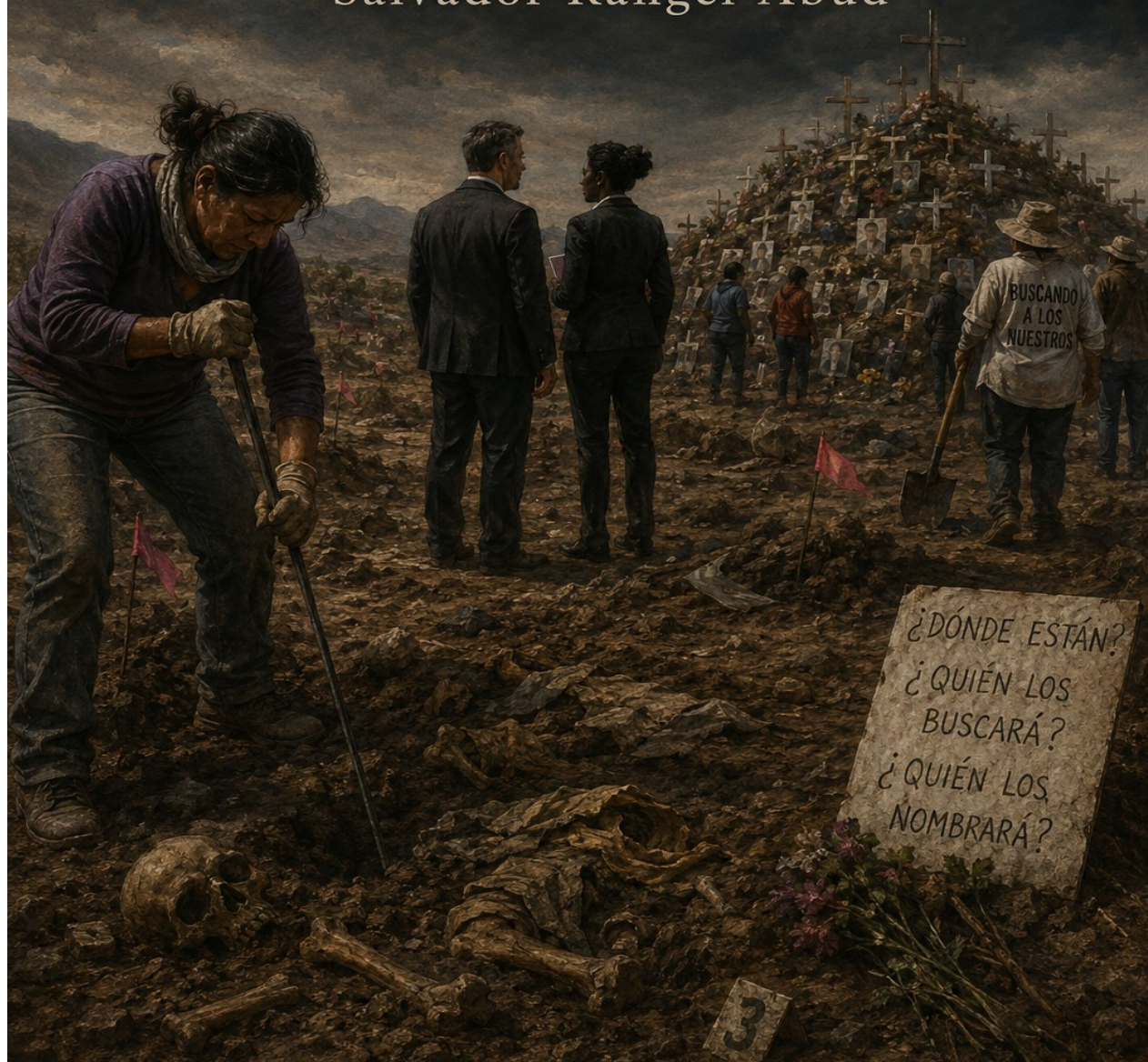


MÉXICO ES UN TRISTÍSIMO PANTEÓN

Informe desde el país donde los muertos no tienen nombre

Salvador Rangel Abud



MÉXICO ES UN TRISTÍSIMO PANTEÓN

Informe desde el país donde los muertos no tienen nombre

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Étienne Moreau, visitador especial de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, y Amara Osei-Bonsu, alta comisionada del Tribunal Penal Internacional de La Haya, llegan a México con un mandato formal de investigación y un expediente de nueve páginas firmado por mujeres con palas en las manos. Lo que encuentran supera cualquier misión previa de sus carreras combinadas: 166 mil homicidios dolosos en seis años, 138 mil personas desaparecidas, más de 5 mil 700 fosas clandestinas, 72 mil cuerpos sin identificar bajo custodia del propio Estado, y la evidencia documentada de que al menos 22 gobiernos estatales operan en colusión con el crimen organizado que los llevó al poder. En paralelo, desde Sonora, Consuelo Rivas Mendoza lleva cuatro años sondeando la tierra con una varilla de acero buscando a su hijo de 19 años, después de que la fiscalía le demostrara con eficiencia impecable que no iba a buscarlo. La novela alterna con igual peso estas dos líneas narrativas: la investigación internacional que construye el caso jurídico, y la búsqueda cotidiana de una madre que aprendió sola el idioma de la tierra removida. Ambas convergen en una sola verdad que ningún gobierno puede seguir administrando en silencio: México no tiene un problema de seguridad. Tiene un problema de Estado.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones detalladas de fosas clandestinas, cuerpos en distintos estados de descomposición, colusión entre autoridades y crimen organizado, desaparición forzada, amenazas a defensoras de derechos humanos y colapso institucional del sistema forense mexicano. Todas las cifras incluidas en el texto son reales y verificables contra fuentes primarias del INEGI, el SESNSP, el RNPDO y organizaciones civiles independientes. Los personajes son ficticios. Los hechos que describen no lo son.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas. Su obra literaria explora con frecuencia la intersección entre la experiencia humana, la historia, el conocimiento científico y la denuncia social. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: México es un tristísimo panteón

Subtítulo: Informe desde el país donde los muertos no tienen nombre

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela de denuncia / Ficción documental / Thriller político

Estructura: Prólogo + 13 capítulos + Epílogo

Líneas narrativas: Dos líneas alternas (investigadores internacionales / buscadoras) que convergen en el Capítulo 11

Ambientación: Puerto de Altar y Hermosillo, Sonora / Ciudad de México / Guadalajara / Washington D.C. — época contemporánea (2022-2026)

Año de escritura: 2026

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que no tiene respuesta cómoda: ¿cómo es posible que un país con 281 mil militares desplegados en sus calles tenga al mismo tiempo los mayores índices de homicidio, desaparición y cuerpos sin identificar de su historia reciente? La respuesta que construye este libro no es política en el sentido partidista. Es jurídica, fáctica y documentada. Los personajes son ficticios porque nombrar a personas reales sin un proceso legal formal sería irresponsable. Pero los hechos que esos personajes describen, las fosas, el colapso forense, la colusión electoral, la llamada de cuatro minutos que nadie interceptó, son verificables por cualquier persona con acceso a las fuentes que se citan en el prólogo. La pregunta que este libro deja al lector no es de quién es la culpa. Es qué va a hacer cada uno con lo que acaba de saber.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución del texto completo para fines no comerciales, siempre que se cite al autor y no se realicen modificaciones. Cualquier uso comercial requiere autorización expresa del autor.

PALABRAS CLAVE

Desaparición forzada, fosas clandestinas, madres buscadoras, crimen organizado, colusión estatal, impunidad, sistema forense, SEMEFO, Fuerzas Armadas, corrupción institucional, México, derechos humanos, CIDH, Tribunal Penal Internacional, elecciones fraudulentas, crimen de Estado, gobiernos ilegítimos, Ayotzinapa, soberanía, denuncia social.

TEMAS PRINCIPALES

La desaparición forzada como crimen de Estado sistemático, no como fenómeno individual o aislado. El colapso del sistema forense mexicano y los 72 mil cuerpos sin nombre bajo custodia estatal. La colusión entre crimen organizado y 22 gobiernos estatales como condición estructural y no como excepción. El papel ambiguo y documentadamente cuestionable de las Fuerzas Armadas en el ecosistema de impunidad. Las madres buscadoras como institución civil que suple lo que el Estado no hace, a costa de su seguridad y de su vida. La legitimidad de origen de los gobiernos electos mediante financiamiento criminal y coerción del voto. El derecho internacional como último recurso cuando las instituciones nacionales son parte del problema. La diferencia entre normalización y complicidad, y el papel de cada ciudadano en esa distinción.

CITAS DESTACADAS

"Esto no es un alegato político. No es un texto de opinión. Es un inventario."

"El Estado de Derecho en México no colapsó. Fue desmantelado."

"Un Estado que arresta, libera, archiva y condecora a su secretario de Defensa acusado de narcotráfico no está combatiendo al crimen organizado. Está administrando su relación con él."

"No hay una tercera opción entre servir a México y servir a quienes destruyen México."

"Lo encontraste, Consuelo."

"Ya no puede decir que no sabía."

"No mañana. Ahora."

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su estructura de denuncia documental integrada en ficción narrativa, esta novela puede compararse con la obra de Alma Guillermoprieto en su capacidad de hacer periodismo dentro de la literatura sin sacrificar ninguno de los dos. Por su rigor jurídico y su manera de construir el caso contra un Estado a través de personajes que cargan la evidencia desde adentro, dialoga con *El poder del perro* de Don Winslow y con la tradición latinoamericana de la novela de denuncia que va de Rodolfo Walsh a Elena Poniatowska. La alternancia de líneas narrativas con igual peso dramático y el uso de personajes civiles como eje moral recuerdan a la estructura coral de *2666* de Roberto Bolaño, otra novela sobre la desaparición de mujeres en México escrita desde la imposibilidad de mirar hacia otro lado.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Qué diferencia hay entre la colusión oportunista y la colusión estructural que describe el doctor Bermúdez, y por qué esa distinción importa jurídicamente?

¿Por qué Consuelo sigue poniendo el plato de Rodrigo en la mesa después de encontrarlo? ¿Qué dice ese gesto sobre la diferencia entre certeza y duelo?

El capitán Fuentes cumplió cuatro años haciendo lo que le ordenaron antes de renunciar cuando le pidieron ir más lejos. ¿Dónde está la línea moral en ese tipo de obediencia institucional?

¿Qué significa que el sistema forense mexicano tenga 72 mil cuerpos sin identificar? ¿Qué dice sobre el Estado el hecho de que las solicitudes de presupuesto del doctor Reyes lleven dos años sin respuesta?

El epílogo interpela directamente a las Fuerzas Armadas. ¿Es posible que una institución cambie desde adentro cuando los mecanismos de supervisión externa no funcionan?

¿Cuál es el acto de resistencia civil más pequeño que una persona puede hacer ante lo que este libro describe? ¿Y cuál sería el más grande?

¿Por qué Consuelo sigue buscando después de encontrar a Rodrigo?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *México es un tristísimo panteón: informe desde el país donde los muertos no tienen nombre*. Xalapa: edición del autor, 2026. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas que abarcan la ficción histórica, la novela coral, la narrativa de divulgación científica, la ficción genealógica y la denuncia social. Entre sus proyectos activos se encuentran *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado*, *Esto es lo que hicimos de México* y *Las gemelas no tocan la puerta*. Para información sobre su obra completa: wrangel.1352@gmail.com

MENSAJE FINAL

Si este libro llegó a sus manos es porque algo en el título, en la portada o en alguien que se lo recomendó le dijo que había aquí algo que no podía seguir sin leer. Ese instinto tenía razón.

Lo que usted acaba de leer no es una historia de terror. Es un inventario de lo que existe en el país donde usted vive o del que acaba de enterarse con más detalle del que le era cómodo tener. Las madres buscadoras no son personajes trágicos de una novela. Son mujeres reales que salen todos los días con varillas de acero a hacer lo que el Estado decidió no hacer. Los cuerpos sin nombre no son una estadística abstracta. Son personas que tuvieron un nombre, una playera favorita, planes para el martes siguiente.

Usted sabe ahora lo que sabe.

La única pregunta que queda es qué va a hacer con eso.

No hay respuesta incorrecta. Hay respuestas grandes y respuestas pequeñas. Hay personas que llenarán plazas y personas que solo hablarán en su mesa familiar. Hay personas que donarán a un colectivo de buscadoras y personas que simplemente dejarán de cambiar el tema.

Todo suma. Todo rompe el silencio que el régimen necesita para sobrevivir.

El nombre de Rodrigo está en la página 148 de un expediente en La Haya.

El suyo puede estar en la historia de lo que cambió.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	¿Dónde quedó el Estado de Derecho?
CAPÍTULO 1:	La llegada
CAPÍTULO 2:	El expediente imposible
CAPÍTULO 3:	La varilla y la tierra
CAPÍTULO 4:	El mapa de la complicidad
CAPÍTULO 5:	Los nombres que nadie pronuncia
CAPÍTULO 6:	Veintidós estados
CAPÍTULO 7:	El SEMEFO
CAPÍTULO 8:	Las elecciones del miedo
CAPÍTULO 9:	Rodrigo
CAPÍTULO 10:	El informe
CAPÍTULO 11:	La sesión

CAPÍTULO 12:	El laberinto de los generales
CAPÍTULO 13:	Cuando el informe llegó al mundo
EPÍLOGO:	Lo que usted puede hacer, y lo que las Fuerzas Armadas deben decidir

MÉXICO ES UN TRISTÍSIMO PANTEÓN

Informe desde el país donde los muertos no tienen nombre

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

¿Dónde quedó el Estado de Derecho?

Documento base — Expediente reservado CIDH-CPI MEX-2026-001

Nota de los investigadores: Las cifras contenidas en este prólogo han sido verificadas contra fuentes primarias del INEGI, el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP), el Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas (RNPDNO), la organización A dónde van los desaparecidos, la Plataforma Ciudadana de Fosas, Data Cívica, Impunidad Cero, el informe El laberinto de los generales de International Crisis Group (mayo 2024), los informes del Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes (GIEI) para el caso Ayotzinapa, y los registros públicos del Tribunal Penal Internacional. Ningún número en este documento es estimación ni aproximación retórica. Cada cifra tiene fuente nombrada y fecha de corte verificable.

“La tragedia de una nación no comienza cuando aumentan los números de sus muertos... Comienza cuando deja de contarlos”

Existe una diferencia profunda entre un país violento y un país acostumbrado a la violencia. El primero todavía conserva capacidad de indignación; el segundo ha comenzado a perder su alma moral. México ha cruzado ya, de manera documentada e irrefutable, la frontera entre ambos estados. Lo ha cruzado con la complicidad activa de sus instituciones, con la mirada desviada

de sus fuerzas armadas, y con el silencio culpable de demasiados ciudadanos que han confundido la resignación con la prudencia y el miedo con la paz.

Lo que sigue no es un alegato político. No es un texto de opinión. Es un inventario.

Un inventario de lo que existe, de lo que puede medirse, de lo que ningún gobierno mexicano de los últimos años ha podido negar con éxito ante las instancias internacionales, aunque lo haya intentado con la insistencia de quien necesita que el mundo no vea lo que existe.

Lean con atención. Cada número que aparece en estas páginas tiene un nombre detrás. O lo tuvo. Antes de que alguien decidiera que no valía la pena buscarlo.

La primera cifra es la más conocida y la más ignorada.

Entre diciembre de 2018 y noviembre de 2024, el sexenio que prometió que los abrazos sustituirían a los balazos, se registraron en México más de 166 mil homicidios dolosos, según los datos del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública. Ciento sesenta y seis mil.

Para que esa cifra tenga la dimensión que merece: Es más que el número de soldados estadounidenses muertos en las guerras de Vietnam, Irak y Afganistán combinadas. Es el período más letal del México moderno, en un gobierno que se definió a sí mismo como de izquierda, humanista y diferente a todo lo anterior.

Solo en el año 2024, el INEGI registró más de 33 mil homicidios dolosos. Una tasa de 25.6 por cada 100 mil habitantes. Para contexto: la Organización Mundial de la Salud considera que una tasa superior a 10 por cada 100 mil constituye una epidemia de violencia. México lleva años en más del doble de ese umbral. No hay epidemia declarada. Hay normalización declarada.

Pero los muertos son solo el principio del inventario...Porque en México no solo se mata. También se desaparece.

Al corte de mayo de 2026, el Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas contabilizaba más de 138 mil en el territorio nacional. Ciento treinta y ocho mil seres humanos de los que el Estado mexicano no sabe... o no quiere saber, o en los casos más graves ayudó a que no se supiera, dónde están. Esta cifra creció en un 12 por ciento solo durante 2025, lo que significa que la tendencia no se detiene. Lo que significa que mientras usted lee este documento, alguien desaparece en México aproximadamente cada cuatro horas.

La mayoría de estas personas desapareció en municipios donde el crimen organizado y el gobierno local llevan años operando como si fueran la misma institución, porque en demasiados casos lo son. La mayoría desapareció después de que alguien con poder sobre la vida y la muerte en su región tomó una decisión, y esa decisión no fue obstaculizada por ninguna autoridad porque la autoridad era parte de la decisión. La mayoría tiene familia que sigue buscando. La mayoría tiene madre.

Y las madres que buscan lo hacen en el único lugar donde todavía es posible encontrar algo: la tierra.

Desde 2006, según la Plataforma Ciudadana de Fosas, han sido localizadas más de 5 mil 700 fosas clandestinas en México. En 570 municipios del país, que representan el 23 por ciento del total nacional. Casi una fosa por día, durante casi veinte años, en el territorio de un Estado que firmó la Convención Internacional contra las Desapariciones Forzadas y que tiene representantes en todos los organismos internacionales de derechos humanos y que envía delegaciones a foros globales donde habla de sus compromisos con la dignidad humana.

Cinco mil setecientas fosas. Nadie con autoridad en México ha rendido cuentas por ninguna de ellas. El uno por ciento de los casos de homicidio doloso ha concluido con sentencia condenatoria, según los datos de Impunidad Cero. El noventa y nueve por ciento restante existe en la categoría más confortable para el Estado mexicano: la impunidad activa, que no es ausencia de justicia sino su sustitución deliberada por la protección de los responsables.

Los cuerpos que las buscadoras encuentran en esas fosas no siempre regresan a sus familias.

Esto es lo que el Estado hace con los muertos que no quiere identificar.

Según los datos de la organización A dónde van los desaparecidos, hay más de 72 mil cuerpos sin identificar en México. Setenta y dos mil. Bajo custodia del Estado mexicano. En morgues saturadas, en fosas comunes anónimas, en contenedores refrigerados improvisados, en bolsas de plástico con etiquetas escritas a mano con marcador porque el sistema informático de identificación forense lleva meses sin funcionar por falta de presupuesto. El 48 por ciento de esos 72 mil cuerpos ingresó al sistema durante el sexenio 2019-2024.

En Jalisco, el Instituto Jalisciense de Ciencias Forenses recibió entre 2018 y junio de 2025 más de 9 mil cadáveres, superando hasta seis veces su capacidad instalada máxima. En Guerrero, cuerpos han llegado a pudrir al aire libre por saturación de las instalaciones. En Baja California, el 97 por ciento de los cadáveres que ingresan al SEMEFO terminan enterrados en fosas comunes sin nombre porque el proceso de identificación no avanza con la velocidad ni los recursos que requiere.

En Veracruz, en un predio de Colinas de Santa Fe, el colectivo ciudadano Solecito encontró en 2017 la mayor fosa clandestina descubierta en México hasta entonces: 302 cuerpos, más de 14 mil restos óseos distribuidos en 125 zanjas de exterminio. Nueve años después de ese hallazgo, según los registros disponibles, solo 40 de esos cuerpos han sido identificados. Los otros 262 siguen siendo nadie. Siguen siendo el inventario que el Estado prefiere no cerrar.

Estos no son muertos de guerra. Son muertos que deben atribuirse a la ineficacia del Gobierno en garantizar seguridad para los ciudadanos.

Son el resultado de gobiernos que decidieron que convivir con el crimen organizado era más rentable que combatirlo. Que clasificar los homicidios como ajustes de cuentas era más cómodo que investigarlos. Que archivar las carpetas era más seguro que abrirlas. Que entregar a sus ciudadanos a las estructuras criminales que los financiaron era el precio justo de llegar al poder y permanecer en él.

La investigación que produce este documento ha identificado al menos veintidós entidades federativas donde la evidencia de colusión entre gobiernos estatales y crimen organizado es suficientemente robusta para sustentar una acusación formal ante instancias internacionales. Veintidós de las 32 entidades del país. Más de dos tercios de los gobiernos subnacionales de México operando en condiciones que el derecho internacional califica, sin ambigüedad, como incompatibles con la gobernanza legítima.

Justamente por eso el presidente y las autoridades de Estados Unidos afirman tajantemente que México está gobernado por los cárteles del crimen organizado y no por las autoridades ilegalmente electas para hacerlo, porque las elecciones de 2021 y de 2024 fueron procesos plagados de intervenciones totalmente ilegítimas de los criminales para que ganara el régimen que actualmente dice gobernar a México.

No se trata de corrupción individual. No es el alcalde que acepta un soborno. Es la arquitectura sistémica de un Estado capturado: gobernadores que negocian directamente con estructuras criminales los términos de su coexistencia; procuradores que archivan las carpetas que el cártel solicita que se archiven; policías que operan como brazo armado de las mismas organizaciones que oficialmente persiguen; financiamiento de campañas electorales con dinero lavado que convierte a quienes llegan al poder en deudores permanentes de quien los financió.

Cuando un gobierno llega al poder mediante financiamiento criminal, mediante coerción del voto, mediante la eliminación física de la oposición que no se alinea, ese gobierno no es legítimo. No en el sentido retórico. En el sentido jurídico preciso que el derecho internacional establece. Es un gobierno espurio. Un gobierno cuya existencia legal descansa sobre la violación sistemática de los derechos que está constitucionalmente obligado a proteger. Y luego están las Fuerzas Armadas.

281 mil 209 militares desplegados en las calles mexicanas al corte de 2024, según el informe de International Crisis Group. Más que en ningún otro momento de la historia reciente del país. El argumento del gobierno de turno para esa militarización sin precedente fue siempre el mismo: solo el Ejército y la Marina tienen la capacidad institucional para enfrentar al crimen organizado violento. Las cifras responden ese argumento con la contundencia que solo tienen los hechos verificados: durante el período de mayor despliegue militar en la historia de México se registró también el mayor número de homicidios, de desapariciones y de cuerpos sin identificar en esa misma historia.

Entonces...¿Es incompetencia? ¿O algo más difícil de nombrar?

El 26 de septiembre de 2014, en Iguala, Guerrero, el 27 Batallón de Infantería del Ejército Mexicano estaba desplegado en la zona cuando 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa fueron secuestrados por el grupo criminal Guerreros Unidos con la complicidad activa de policías municipales y estatales. La Comisión para la Verdad y Acceso a la Justicia del caso (COVAJ) estableció de manera documentada que el Centro Regional de Fusión de Inteligencia que operaba en las instalaciones del 27 Batallón interceptaba en tiempo real las comunicaciones de Guerreros Unidos y conocía los movimientos de los estudiantes.

El Ejército tuvo conocimiento. No actuó en favor de los estudiantes. Los documentos internos de la SEDENA, revelados por el hackeo del colectivo Guacamaya y las investigaciones de la FGR, mostraron además que los altos mandos implementaron una estrategia explícita para obstaculizar la investigación internacional: aleccionar a los soldados para declarar de manera uniforme, entorpecer las labores del GIEI de la CIDH, y trabajar para que los organismos internacionales no concluyeran que fue un crimen de Estado. En junio de 2023, ocho militares recibieron prisión preventiva por desaparición forzada en ese caso. Los mandos superiores implicados permanecen sin proceso.

En octubre de 2020, el general que había sido secretario de Defensa Nacional de 2012 a 2018, el hombre que dirigió el Ejército mexicano durante seis años, fue arrestado por la DEA en el aeropuerto de Los Ángeles acusado de narcotráfico, lavado de dinero y protección al cártel H-2.

El gobierno mexicano, precisamente ese gobierno ilegítimo que ganó gracias al crimen organizado, presionó a Estados Unidos para que le devolviera el expediente completo a fin de juzgarlo en México por sus crímenes. Estados Unidos creyó en la promesa de ese gobierno y lo entregó, para que poco después fuera liberado en México sin cargo alguno y hasta fue condecorado por sus servicios a la Patria, supuestamente. La investigación fue archivada. La DEA ofendida por el engaño flagrante del gobierno mexicano coludido con los criminales, en respuesta, suspendió temporalmente la compartición de inteligencia con autoridades mexicanas.

Y mientras todo esto ocurría, las mujeres buscadoras de México salían con varillas de acero a sondear la tierra en busca de sus hijos.

Sin financiamiento del Estado. Sin protección del Estado. Sin ningún apoyo del Estado que no fuera, en el mejor de los casos, la presencia tardía y frecuentemente obstructiva de equipos forenses que llegan horas después del hallazgo y preguntan si las buscadoras tienen permiso para estar ahí.

Hasta abril de 2026, 38 personas integrantes de colectivos de búsqueda han sido asesinadas o desaparecidas en México por el único delito de buscar a sus seres queridos. El año 2025 fue el más mortal para ellas, con ocho casos documentados. El Estado que no encontró a sus hijos tampoco las protegió a

ellas. En varios casos documentados, el mismo Estado que debía protegerlas estaba coludido con quienes las amenazaban.

¿Dónde quedó el Estado de Derecho?

No está en los 166 mil homicidios impunes, además de los sub registrados (otros 33 mil probablemente). No está en los 138 mil desaparecidos que nadie busca oficialmente. No está en las 5 mil 700 fosas que mujeres sin sueldo y sin seguro médico localizan con varillas de acero. No está en los 72 mil cuerpos sin nombre bajo custodia de instituciones forenses colapsadas. No está en los 22 gobiernos estatales que administran sus territorios al servicio de las organizaciones criminales que los financiaron. No está en los altos mandos de las fuerzas armadas que protegían a los cárteles.

El Estado de Derecho en México no colapsó. Fue desmantelado. Sistemáticamente, con decisiones concretas tomadas por personas concretas en cargos concretos, durante años consecutivos, con la impunidad que otorga el control de las instituciones que deberían investigarlas.

Eso tiene un nombre en el derecho internacional.

Se llama crimen de Estado.

Y los crímenes de Estado, a diferencia de los crímenes individuales, no prescriben con el cambio de gobierno. No se resuelven con una disculpa pública. No se cierran con una comisión de la verdad que no tiene poder coercitivo. Se juzgan. Se documentan ante las instancias que tienen mandato para hacerlo. Se llevan ante los tribunales que el derecho internacional creó precisamente para los casos en que los Estados no pueden o no quieren juzgarse a sí mismos.

Ese es el mandato de quienes presentan este documento.

Ese es el propósito de esta investigación.

Y este prólogo es el primero de sus instrumentos.

No el último.

Étienne Moreau leyó este documento en su oficina de Washington un martes por la tarde.

Pidió vuelo a México para el jueves.

Amara Osei-Bonsu lo leyó esa misma noche en La Haya. Abrió el artículo 7 del Estatuto de Roma. Subrayó la definición de desaparición forzada como crimen de lesa humanidad. Anotó al margen, con la letra precisa de quien no escribe para impresionar sino para que no haya lugar a interpretaciones: *"Elementos constitutivos presentes. Procede investigación formal."*

Lo que ocurrió después está en los trece capítulos que siguen.

Lo que ocurra después de eso depende de si el mundo, una vez que sepa, decide que saber es suficiente para actuar.

O si prefiere, como ha hecho demasiadas veces, guardar el documento en un cajón y hablar de soberanía.

CAPÍTULO 1

La llegada

Línea B — Consuelo

Municipio de Altar, Sonora — cuatro años antes

El martes que Rodrigo no volvió, Consuelo esperó hasta las diez de la noche antes de llamar a su comadre Esperanza.

—No llegó —dijo cuando contestaron.

—¿Rodrigo?

—Salió a mediodía. A cobrar lo de las bicicletas de los Preciado. Trescientos pesos. No ha vuelto.

Hubo una pausa del otro lado. No de sorpresa sino de ese tipo de silencio que tiene el peso específico de algo que se quiere decir y que todavía no encuentra la forma correcta de decirse.

—¿Llamaste a sus amigos?

—A Toño y al Chalo. Ninguno lo ha visto desde ayer.

—Espérate —dijo Esperanza—. A veces se entretienen. Ya sabes cómo son.

Consuelo no respondió de inmediato. Miró la silla de Rodrigo, la que estaba más cerca de la ventana, con el plato todavía puesto y la comida fría.

—Rodrigo no se entretiene sin avisar —dijo—. En diecinueve años nunca lo ha hecho.

Esperanza llegó veinte minutos después. Se sentaron a la mesa de la cocina con el plato de Rodrigo en medio como si fuera una prueba que ninguna de las dos quería nombrar. Tomaron café. Llamaron al número de emergencias. Les dijeron que esperaran veinticuatro horas, que era el protocolo, que los jóvenes a veces se van sin avisar.

—¿Sin avisar adónde? —preguntó Consuelo con una calma que Esperanza reconoció como la señal de que algo se había asentado dentro de su comadre con la solidez de lo que ya no se mueve.

—Señora, es el procedimiento —dijo la voz al teléfono.

—¿Y si está herido?

—Si estuviera en algún hospital ya nos habrían notificado.

Consuelo anotó la hora de la llamada en un papel. Guardó el papel. Le dijo a Esperanza que se fuera a dormir, que ella estaba bien, que mañana iría a la Fiscalía.

—Te acompaño —dijo Esperanza.

—No. Quédate con los niños. Yo puedo sola.

No podía sola. Pero esa era otra conversación para otro momento.

Al día siguiente, miércoles, Consuelo llegó a la Fiscalía General del Estado a las ocho de la mañana con la fotografía de Rodrigo impresa en papel tamaño carta. Era una foto de cumpleaños tomada tres meses antes: playera azul, sonrisa dirigida hacia alguien fuera del encuadre. El agente que la atendió tenía cuarenta y tantos años, cara de cansancio acumulado y un formulario en blanco sobre el escritorio.

—¿Nombre completo del desaparecido?

—Rodrigo Alejandro Rivas Mendoza.

—Edad.

—Diecinueve años.

—¿Fecha y hora en que fue visto por última vez?

—Martes. Salió de la casa como a las doce del día.

El agente escribió sin levantar la vista.

—¿Sabe adónde iba?

—A cobrar una deuda de trescientos pesos a la familia Preciado, en la calle Sonora.

—¿Tiene algún familiar o conocido en otra ciudad que pudiera haberlo recibido?

—No.

—¿Andaba en algún problema? ¿Deudas, pleitos, algo con gente del ambiente?

Consuelo miró al agente un momento antes de responder.

—Mi hijo era mecánico de bicicletas —dijo—. Trabajaba en el patio de la casa. No tenía problemas con nadie.

El agente asintió con la neutralidad de quien ha aprendido a no reaccionar ante ninguna respuesta porque todas las respuestas son eventualmente la misma historia.

—La computadora está en mantenimiento —dijo—. Voy a llenar el formulario a mano. Le voy a asignar un número de carpeta y en cuanto tengamos algo le avisamos.

—¿Cuándo van a empezar a buscarlo?

El agente levantó la vista por primera vez.

—Señora, tenemos muchos casos. Hacemos lo que podemos con los recursos que tenemos.

—¿Cuántos casos?

Una pausa.

—Muchos —repitió.

Consuelo tomó nota del número de la carpeta en el mismo papel donde había anotado la hora de la llamada de la noche anterior. Agradeció. Salió.

Volvió el jueves.

La atendió un agente diferente que no tenía el formulario anterior a la mano y le pidió que volviera a explicar todo desde el principio. Consuelo lo hizo con la misma precisión de siempre. El agente tomó notas en un papel aparte. Le dijo que verificaría el estado de la carpeta y que la llamaría.

No la llamó.

Volvió el viernes.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó al agente del miércoles, que esa mañana sí estaba.

El agente buscó en una pila de papeles. Encontró algo. Lo leyó con una expresión que no decía nada.

—Por ahora no hay novedades. Estos casos llevan tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende.

—¿De qué depende?

El agente la miró con algo que podría haber sido compasión si hubiera tenido más energía disponible para serlo.

—Señora Rivas, le recomiendo que hable con sus vecinos, con los conocidos de su hijo. A veces la información llega más rápido por ese lado que por el nuestro.

Consuelo procesó esa frase durante el camino de regreso a su casa. La procesó con la precisión dolorosa de quien entiende exactamente lo que se le está diciendo debajo de lo que se le está diciendo. El agente le estaba recomendando que investigara ella porque ellos no lo iban a hacer. Se lo estaba diciendo con amabilidad, con la amabilidad de quien trabaja dentro de un sistema que no funciona y que ha aprendido a no prometer lo que el sistema no puede cumplir.

Esa fue la última vez que Consuelo Rivas Mendoza pisó la Fiscalía con la expectativa de que algo útil ocurriría dentro de sus paredes.

Esa tarde encontró en su teléfono el grupo de WhatsApp que le había pasado una vecina cuya cuñado había desaparecido el año anterior. El grupo se llamaba Buscamos Sonora y tenía ciento doce miembros. En los últimos tres días habían entrado cuarenta y tres mensajes: coordenadas GPS, fotografías de terrenos, nombres de funcionarios que obstruían, preguntas sobre procedimientos, y en medio de todo eso una nota de una mujer de Hermosillo que decía:

"Las que empiezan: no busquen solas las primeras veces. El olor es lo más difícil. No es como uno imagina. Necesitan a alguien al lado. Después ya es diferente. Pero la primera vez necesitan a alguien."

Consuelo leyó ese mensaje y luego leyó los demás. Los leyó todos, desde el primero hasta el último, durante dos horas sentada en la cocina con el plato

de Rodrigo todavía puesto frente a la silla de la ventana. Cuando terminó de leer escribió en el grupo: *"Soy de Altar. Mi hijo desapareció el martes. Quiero aprender a buscar."*

La respuesta llegó en menos de cinco minutos. Era la mujer de Hermosillo.

"¿Tienes varilla?"

"No."

"Mañana consigue una. Doce milímetros de diámetro, metro y medio de largo. Y guantes de látex. El sábado venimos para allá tres del grupo. Te enseñamos."

Consuelo miró el mensaje un momento. Luego escribió: *"Gracias."*

Esa noche fue a buscar a su comadre Esperanza. La encontró doblando ropa en la sala con la televisión encendida en un volumen que no alcanzaba para tapar el silencio de verdad.

—Voy a empezar a buscar yo —dijo Consuelo desde la puerta.

Esperanza dejó de doblar la ropa. La miró.

—¿Cómo?

—Con un grupo. Hay mujeres que llevan tiempo haciéndolo. Me van a enseñar.

—Consuelo. —Esperanza eligió las palabras con el cuidado de quien sabe que lo que va a decir puede ser mal recibido pero que necesita decirlo de todas formas—. ¿Sabes lo que encuentran esas mujeres cuando salen a buscar?

—Sé lo que encuentran.

—¿Y aun así?

Consuelo no respondió de inmediato. Miró a su comadre, que la conocía desde los quince años y que en ese momento tenía en la cara la expresión específica de quien no quiere imaginar lo que está imaginando.

—¿Qué quieres que haga, Esperanza? —dijo finalmente—. ¿Esperar a que la fiscalía me llame? Ya sé cómo termina eso.

—Podrías contratar un abogado. Hacer presión por otro lado.

—Con qué dinero.

Esperanza no respondió. No había respuesta para eso.

—Tengo que hacer algo —dijo Consuelo—. No puedo quedarme en la casa poniendo el plato de Rodrigo en la mesa todas las noches esperando que alguien más lo busque. Si hay mujeres que saben cómo hacerlo, yo aprendo. Y si encuentro algo, encuentro algo. Y si no encuentro nada, por lo menos sé que hice lo que pude.

Esperanza asintió despacio. Tenía los ojos brillantes pero no iba a llorar, no delante de Consuelo, porque entendía que Consuelo necesitaba en este momento a alguien que se mantuviera firme más que a alguien que llorara con ella.

—¿Qué necesitas? —preguntó.

—Mañana voy a la ferretería de don Aurelio. Necesito una varilla de acero de doce milímetros.

—¿Para qué sirve la varilla?

—Para sondear la tierra —dijo Consuelo—. Para saber si hay algo debajo.

Hubo un silencio. La televisión seguía encendida con su volumen que no alcanzaba para tapar nada.

—Te acompaño a la ferretería —dijo Esperanza.

—No hace falta.

—No te estoy preguntando.

A la mañana siguiente fueron juntas a la ferretería de don Aurelio. Compraron la varilla de doce milímetros y metro y medio de largo, dos pares de guantes de látex y una libreta nueva porque Consuelo había decidido que iba a anotar todo: fechas, coordenadas, descripciones, tiempos de respuesta de la fiscalía, nombres de funcionarios. Todo. Porque si algún día alguien con autoridad real decidía investigar lo que estaba ocurriendo en Sonora, ella quería tener un registro que no dependiera de la memoria sino del papel.

Don Aurelio les cobró sin hacer preguntas. En Altar ya había suficientes mujeres comprando varillas de acero para que las preguntas hubieran dejado de tener sentido hace tiempo.

De regreso a casa, con la varilla bajo el brazo y la libreta nueva en la bolsa, Consuelo caminó en silencio durante media cuadra antes de hablar.

—¿Tienes miedo? —preguntó Esperanza.

—Sí.

—¿Y aun así vas a ir?

Consuelo apretó la varilla.

—Rodrigo tiene diecinueve años —dijo—. Quería comprarse unos tenis nuevos. Me lo dijo la semana antes de que desapareciera. Que en cuanto le pagaran lo de las Preciado se iba a comprar unos tenis. —Hizo una pausa—. No me puedo quedar en la casa, Esperanza.

Esperanza no dijo nada. Caminaron el resto de la cuadra en silencio.

Esa tarde, sola en el patio trasero, Consuelo hundió la varilla en la tierra por primera vez.

La tierra del patio de su casa era cascajo compacto de Sonora. La varilla encontró resistencia uniforme en cada punto que sondeó. No había nada ahí.

No era eso lo que esperaba encontrar. Pero necesitaba aprender a sentir en la palma de la mano la diferencia entre la tierra que guarda algo y la tierra que no guarda nada. Y para aprender eso había que empezar en algún lado.

Hundió la varilla quince veces. Cada vez: resistencia uniforme. Cada vez: nada.

Estaba aprendiendo el idioma de la tierra.

El sábado llegaron tres mujeres del grupo desde Hermosillo en una camioneta pickup con las varillas en la caja y los guantes en una mochila. La que había escrito en el grupo se llamaba Dolores pero todas le decían Lola. Tenía cuarenta y siete años, el pelo recogido con una liga y una manera de moverse en el terreno que era la de alguien que ha aprendido a hacer algo difícil tan bien que ya no tiene que pensar en cada paso, solo en el siguiente.

—¿Primera vez? —le preguntó a Consuelo mientras bajaban la mochila de la camioneta.

—Sí.

—¿Encontraste algo en el patio?

—No.

—Bien. —Lola la miró un momento—. Cuando encontremos algo hoy, y vamos a encontrar algo porque ya tenemos marcado un predio a cuatro kilómetros de aquí, necesito que me digas cómo te sientes. No para que yo te cuide. Para que tú sepas cómo vas a estar mañana. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—¿Tienes libreta?

—Sí.

—Anota todo. Hora de llegada al predio, descripción del terreno, coordenadas GPS, cualquier cosa que veas antes de tocar nada. Si encontramos algo, fotografías antes de llamar a la fiscalía. ¿Tienes cámara en el teléfono?

—Sí.

—Úsala. La fiscalía va a decir que contaminaste la escena de todas formas, pero con fotografías previas no pueden sostenerse. —Lola se puso los guantes—. Vamos.

Caminaron cuatro kilómetros por terreno abierto bajo el sol de Sonora. Las otras dos mujeres que habían venido de Hermosillo, Sandra y Patricia, caminaban con la misma eficiencia silenciosa de Lola. Consuelo caminaba con ellas tratando de aprender de su manera de moverse: la atención puesta en el suelo, los ojos buscando la depresión diferencial que indica tierra removida, el paso lento en los tramos donde algo podría estar.

Cuando llegaron al predio marcado en el GPS, Lola se detuvo y señaló una zona de tierra donde la superficie era ligeramente más baja que el terreno circundante.

—¿Lo ves? —preguntó.

Consuelo miró. Al principio no vio nada. Luego, con la mirada que Lola le indicó cómo usar, vio la diferencia. Era sutil. Era exactamente lo que le habían descrito.

—Lo veo —dijo.

—Bien. Ahora sonda.

Consuelo hundió la varilla en el punto marcado. A los cuarenta centímetros la resistencia cambió.

Lola lo vio en su cara antes de que dijera nada.

—¿Sientes la diferencia?

—Sí.

—Eso es una cavidad. —Lola puso su propia mano sobre la de Consuelo en la varilla, no para guiarla sino para sentir lo mismo que ella estaba sintiendo—. Sondea en un radio de dos metros a partir de este punto. Necesitamos delimitar el tamaño.

Sondearon durante veinte minutos. Luego Lola sacó su teléfono y llamó a la fiscalía. Le dio las coordenadas. Le dijeron que mandarían un equipo.

—¿Cuándo? —preguntó Lola.

—En cuanto podamos.

—Necesito un tiempo estimado.

—Señora, tenemos varios casos activos en este momento.

—Coordenadas GPS de una posible fosa clandestina. Eso es lo que tengo. ¿Cuándo mandan el equipo?

Una pausa.

—Dos, tres horas.

Llegaron cuatro horas después.

Mientras esperaban, sentadas a la sombra escasa de un mezquite, Lola le habló a Consuelo de los dieciocho meses que llevaba buscando a su hermano. De las doce fosas que el grupo había localizado. De los treinta y un cuerpos recuperados. De los ocho que habían sido identificados. De los veintitrés que seguían siendo nadie en el SEMEFO de Hermosillo.

—¿Alguna vez encontraste a alguien que buscabas? —preguntó Consuelo.

Lola tardó en responder.

—Todavía no. Pero he ayudado a otras a encontrar a los suyos. —Miró el terreno frente a ellas—. A veces eso también es suficiente.

Consuelo abrió la libreta. Escribió la fecha, la hora, las coordenadas, la descripción del terreno, la hora en que habían llamado a la fiscalía y la hora en que había llegado el equipo. Escribió los nombres de Lola, Sandra y Patricia. Escribió: *Primera fosa. No es Rodrigo. Pero es de alguien.*

El equipo forense trabajó hasta el anochecer. Cuando terminaron el levantamiento preliminar, uno de los técnicos se acercó a las cuatro mujeres.

—Hay cuatro cuerpos —dijo—. Uno parece joven. Tal vez dieciséis, diecisiete años.

Consuelo no dijo nada. Anotó en su libreta: *4 cuerpos. Uno joven. 16-17 años.*

De regreso a Altar, en la camioneta de Lola, nadie habló durante los primeros veinte minutos. Luego Sandra, que era la más joven del grupo y que llevaba siete meses buscando a su esposo, preguntó:

—¿Cómo estás?

Consuelo pensó en la pregunta con honestidad.

—No sé todavía —respondió—. Pregúntame mañana.

Lola sonrió de un modo que no era alegre pero que era genuino.

—Así se empieza —dijo.

Esa noche Consuelo llegó a su casa, entró a la cocina y miró el plato de Rodrigo frente a la silla de la ventana. Lo dejó donde estaba. Se sentó. Abrió la libreta en la primera página y leyó lo que había escrito: *Primera fosa. No es Rodrigo. Pero es de alguien.*

Debajo escribió algo más.

Mañana sigo.

CAPÍTULO 2

El expediente imposible

Línea A — Los investigadores

Ciudad de México — primer día de la misión

El avión de Étienne Moreau aterrizó en el Aeropuerto Internacional Felipe Ángeles a las siete cuarenta y tres de la mañana de un jueves de marzo con cuarenta minutos de retraso que nadie explicó y que nadie pareció considerar digno de explicación.

Amara Osei-Bonsu lo esperaba en la sala de llegadas con una tablet en la mano y una expresión que Moreau reconoció de inmediato porque era la misma que él traía desde el avión: la de alguien que ha leído el expediente y que ha llegado a México con preguntas muy precisas a las que necesita respuestas igualmente precisas.

—¿Dormiste en el vuelo? —preguntó ella a modo de saludo.

—Dos horas. Leí el expediente las otras ocho.

—¿Segunda lectura?

—Tercera. —Moreau tomó su maleta y caminaron hacia la salida—. Cada vez es peor.

—Eso es porque cada vez que lo lees encuentras algo que no habías visto.

—No. Es porque cada vez que lo lees ya no puedes decirte que quizá las cifras están infladas o que hay contexto que no estás viendo. A la tercera lectura ya no hay excusa para no creerlo todo.

Osei-Bonsu asintió sin responder. Era una mujer que sabía cuándo una frase no necesitaba continuación.

El taxi hacia el hotel tardó cincuenta minutos en un tráfico que era la demostración viviente de que veinte millones de personas intentando llegar al mismo tiempo al mismo lugar produce un resultado que ningún planificador urbano ha sabido resolver del todo. Moreau miraba por la ventanilla con la atención de quien está en un lugar nuevo pero no turístico: no miraba los monumentos sino las calles laterales, los mercados, la gente en las esquinas, la manera en que la ciudad se organizaba o dejaba de organizarse en sus márgenes.

—¿Leíste el protocolo de la Cancillería? —preguntó Osei-Bonsu.

—En el avión. Diecisiete páginas para decir que podemos ver lo que ellos quieren que veamos.

—Diecisiete páginas muy bien redactadas.

—Siempre lo están. —Moreau se volvió hacia ella—. ¿Cuántas veces has visto un documento así?

—En Costa de Marfil, en 2011. En Honduras, en 2016. —Osei-Bonsu guardó la tablet en su bolsa—. La estructura es siempre la misma. Instituciones disponibles que no tienen la información relevante. Funcionarios accesibles que no tienen autoridad real. Plazos para solicitudes de información diseñados para que la información llegue después de que uno ya se haya ido.

—¿Y qué hiciste en Costa de Marfil?

—Ignoré el protocolo después del tercer día y empecé a moverme por mi cuenta.

—¿Y en Honduras?

—Después del segundo.

Moreau sonrió levemente.

—Esta vez propongo ignorarlo desde el primero.

—Estoy de acuerdo. Pero primero cumplamos con la reunión de esta mañana. Si no vamos, la Cancillería tiene un argumento para obstaculizarnos. Si vamos y es exactamente lo que esperamos que sea, tenemos documentado que cumplimos con el protocolo antes de proceder de otra manera.

—Táctica correcta —dijo Moreau—. ¿Quién nos recibe?

—Funcionarios de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos. El subdirector de atención a víctimas y dos asesores.

Moreau miró de nuevo por la ventanilla.

—La CNDH —dijo, con el tono de quien pronuncia un nombre que ya conoce pero que preferiría no conocer.

—Sí.

—¿Has tenido contacto previo con ellos?

—Una conferencia en Ginebra, hace tres años. Su representante habló cuarenta minutos sobre los avances en materia de protección de derechos

humanos en México. —Osei-Bonsu hizo una pausa—. Fue una presentación muy elaborada.

—¿Cuántas recomendaciones habían emitido ese año?

—Ciento doce.

—¿Cuántas habían sido implementadas?

—Ninguna de manera completa. Parcialmente, diecisiete.

—Diecisiete de ciento doce —repitió Moreau—. Quince por ciento.

—Con generosidad en la definición de parcialmente.

El taxi los dejó frente al hotel. Registrarse tomó diez minutos. Dejaron las maletas en los cuartos sin desempacar y se reunieron en el lobby quince minutos después para ir a la CNDH.

La sede de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos en la Ciudad de México ocupa un edificio que tiene la solidez arquitectónica de las instituciones que quieren parecer permanentes. Mármol en los pisos, retratos en las paredes, personal en los pasillos con credenciales y paso apresurado de quienes tienen cosas importantes que hacer. El subdirector que los recibió se llamaba licenciado Fuentes, tenía traje gris y la sonrisa preparada de quien recibe visitas internacionales con regularidad suficiente para haber desarrollado un protocolo propio de bienvenida.

—Bienvenidos a México —dijo, estrechando las manos con una firmeza que era exactamente la firmeza apropiada para el contexto—. Es un honor recibir a representantes de la CIDH y del Tribunal Penal Internacional. Estamos completamente a su disposición.

Los condujeron a una sala de reuniones con agua embotellada sobre la mesa y una presentación preparada en la pantalla al fondo. El título de la primera diapositiva decía: *Avances en materia de protección de derechos humanos en México — 2024-2026*.

Moreau y Osei-Bonsu se sentaron frente a los tres funcionarios. Osei-Bonsu abrió su libreta. Moreau puso el teléfono sobre la mesa con la grabadora encendida, lo cual era su manera habitual de trabajar y que nadie en esa sala podía objetar porque la visita era oficial y la grabación era parte del expediente.

El licenciado Fuentes comenzó su presentación. Era fluida, bien estructurada, llena de cifras que sonaban robustas hasta que uno las comparaba con las cifras de las fuentes independientes, momento en que dejaban de sonar a nada. Habló de las recomendaciones emitidas, de los mecanismos de seguimiento, de los programas de atención a víctimas, de los avances en el sistema forense nacional.

Moreau escuchó durante doce minutos antes de interrumpir.

—Licenciado Fuentes —dijo, con la cortesía de quien sabe exactamente cuándo la cortesía es y cuándo deja de ser útil—, usted mencionó que el sistema forense nacional ha tenido avances significativos en los últimos dos

años. ¿Podría decirme cuántos de los 72 mil cuerpos sin identificar que actualmente están bajo custodia del Estado han sido identificados en ese período?

El licenciado Fuentes no perdió la sonrisa pero algo detrás de ella se reorganizó.

—Esa cifra de 72 mil es de organizaciones de la sociedad civil. Los datos oficiales del sistema forense son diferentes.

—¿Cuáles son los datos oficiales?

—Le puedo hacer llegar el reporte actualizado del INCIFO.

—¿No lo tiene disponible ahora?

—No en este momento.

Osei-Bonsu intervino sin levantar la vista de su libreta.

—¿Cuántos casos de desaparición forzada han derivado en una recomendación de la CNDH en los últimos doce meses?

El asesor de la derecha del licenciado Fuentes tomó una tablet y buscó algo en ella.

—Doscientos dieciséis recomendaciones emitidas en total en 2025 —dijo.

—¿Relacionadas específicamente con desaparición forzada?

Una pausa más larga.

—Treinta y cuatro.

—¿Y cuántas de esas treinta y cuatro han resultado en el inicio de un proceso penal contra algún funcionario público?

El asesor miró al licenciado Fuentes. El licenciado Fuentes miró la pantalla donde todavía estaba la segunda diapositiva de su presentación sobre los avances en materia de protección de derechos humanos.

—Las recomendaciones de la CNDH no tienen carácter vinculante —dijo el licenciado Fuentes—. Son instrumentos de señalamiento institucional. La acción penal corresponde a la Fiscalía General de la República.

—Entiendo el mecanismo —dijo Osei-Bonsu, levantando la vista por primera vez—. Mi pregunta era cuántos procesos penales se han iniciado como consecuencia de esas treinta y cuatro recomendaciones.

Otro silencio.

—No tengo ese dato disponible en este momento.

—¿Podría hacérselo llegar?

—Por supuesto.

Moreau dejó que el silencio durara tres segundos antes de continuar.

—Licenciado, en el expediente que motivó esta misión se documentan casos en al menos veintidós entidades federativas donde hay evidencia de colusión entre autoridades estatales y estructuras del crimen organizado. ¿La CNDH ha

emitido alguna recomendación específica sobre colusión institucional con el crimen organizado en los últimos dos años?

El licenciado Fuentes acomodó los papeles frente a él con una pausa que era demasiado larga para ser genuina y demasiado corta para ser descarada.

—La CNDH atiende violaciones de derechos humanos cometidas por servidores públicos. Los casos que involucran presuntos vínculos con el crimen organizado tienen una complejidad que requiere la intervención de otras instancias.

—¿Cuáles instancias?

—La FGR, la Unidad de Inteligencia Financiera, dependiendo del caso.

—¿Y si esas instancias son parte de la colusión que se investiga?

El licenciado Fuentes sonrió con la paciencia de quien ha entrenado esa sonrisa para exactamente estos momentos.

—México es un Estado de Derecho. Nuestras instituciones tienen mecanismos internos de control y supervisión.

Moreau asintió despacio. Miró a Osei-Bonsu. Ella cerró su libreta.

—Muchas gracias, licenciado —dijo Moreau—. Ha sido muy ilustrativo.

Salieron del edificio cuarenta minutos antes de lo que el protocolo había previsto para esa reunión. En la banqueta, bajo el sol de la Ciudad de México que a esa hora de la mañana ya tenía el peso del mediodía, Osei-Bonsu habló primero.

—Un Estado de Derecho con mecanismos internos de control —repitió.

—Y noventa y nueve por ciento de impunidad en homicidios —dijo Moreau.

—Y cero procesos penales derivados de treinta y cuatro recomendaciones sobre desaparición forzada.

—Que él sepa.

—Que él quiera saber. —Osei-Bonsu se puso los lentes de sol—. ¿Cuánto tiempo le damos al protocolo oficial?

—Ya se lo di. Esta mañana fue suficiente. —Moreau sacó el teléfono—. Tengo un contacto en la Universidad Iberoamericana. Investigador en seguridad y derechos humanos. Lleva quince años documentando el caso de Jalisco. Nos puede ver esta tarde.

—¿Es seguro hablar con él?

—Es discreto. No es lo mismo que seguro, pero es lo que hay.

—¿Y los colectivos de madres buscadoras?

—Eso es más delicado. Si la Cancillería se entera de que tuvimos contacto con ellas antes de terminar el proceso oficial, pueden usar eso para cuestionar la imparcialidad del informe. Primero construimos el marco institucional aunque sea para documentar su inutilidad. Después vamos con los colectivos.

Osei-Bonsu asintió.

—Una cosa más —dijo—. Esta noche quiero revisar contigo la sección del expediente sobre el caso Ayotzinapa. Creo que hay algo en la cadena de mando del 27 Batallón que no hemos terminado de leer correctamente.

—¿Qué encontraste?

—Todavía no estoy segura. Pero hay una inconsistencia entre las fechas de los reportes de inteligencia de la SEDENA y las declaraciones de los mandos sobre el momento en que tuvieron conocimiento de los hechos. Si la inconsistencia es lo que creo que es, estamos hablando de algo más que omisión.

Moreau la miró.

—¿Participación activa?

—Posiblemente. Necesito verlo contigo antes de ponerlo en el expediente.

Caminaron hacia la calle para tomar un taxi. En la esquina, un puesto de periódicos tenía expuestas las primeras planas del día. Ninguna de ellas mencionaba desapariciones. Ninguna mencionaba fosas. Una hablaba de los resultados del partido de fútbol de la noche anterior. Otra del discurso de algún gobernador sobre el desarrollo económico de su estado.

Moreau miró los periódicos un momento.

—¿Sabes qué es lo más difícil de este trabajo? —dijo.

—¿Qué?

—No es ver lo que hay. Es entender cómo es posible que lo que hay no sea la noticia principal todos los días.

Osei-Bonsu miró también los periódicos.

—Lo es en algunos medios —dijo—. Los que todavía pueden publicarlo sin que les cueste algo.

—¿Cuántos quedan?

—Pocos. Pero suficientes para que el mundo eventualmente sepa.

—Eso espero —dijo Moreau.

Levantó la mano para detener un taxi. El taxi se detuvo. Subieron.

Esa noche, en la habitación de Moreau con el expediente desplegado sobre la cama y dos cafés que habían pedido al servicio del hotel y que estaban quedándose fríos en el escritorio, revisaron durante tres horas la sección del caso Ayotzinapa.

La inconsistencia que Osei-Bonsu había identificado era real.

Los reportes de inteligencia del Centro Regional de Fusión de Inteligencia del 27 Batallón, con fecha del 26 de septiembre de 2014, documentaban el monitoreo en tiempo real de las comunicaciones de Guerreros Unidos durante las horas en que los estudiantes fueron atacados. Los mandos del Batallón habían declarado ante la COVAJ que tuvieron conocimiento de los hechos hasta la madrugada del 27.

La diferencia era de entre cuatro y seis horas.

Cuatro a seis horas durante las cuales el Ejército mexicano tenía información en tiempo real sobre el paradero y la situación de 43 estudiantes que estaban siendo entregados a sus verdugos, y no actuó.

Moreau leyó el documento dos veces. Luego lo dejó sobre la cama y se quedó mirando el techo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Osei-Bonsu.

—Que la omisión con conocimiento previo, en el contexto del Estatuto de Roma, no es omisión —dijo Moreau—. Es participación.

—Exacto.

—Eso cambia la categoría del delito.

—Cambia varias cosas. —Osei-Bonsu recogió el documento y lo guardó en la carpeta con cuidado—. Mañana necesitamos hablar con alguien que conozca los documentos originales de la SEDENA. No las versiones que entregaron a la COVAJ. Los originales.

—¿Sabes quién los tiene?

—Tengo un nombre. Alguien que estuvo dentro y que ya no está. Hay que ver si acepta hablar.

—¿Es confiable?

Osei-Bonsu pensó un momento.

—Es alguien que cargó con algo durante mucho tiempo y que en algún punto decidió que ya no podía seguir cargándolo solo. Eso lo hace impredecible en algunos sentidos. Pero también lo hace honesto de una manera que los funcionarios en activo generalmente no pueden permitirse.

Moreau asintió.

—Contáctalo —dijo.

Osei-Bonsu tomó su teléfono. Moreau tomó su café, que estaba completamente frío. Lo bebió de todas formas.

Por la ventana de la habitación, la Ciudad de México brillaba con sus millones de luces en la oscuridad, enorme e indiferente y llena de historias que nadie con suficiente autoridad había querido todavía contar del todo.

Eso estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO 3

La varilla y la tierra

Línea B — Consuelo

Sonora — primeros meses de búsqueda

El colectivo no tenía nombre todavía cuando encontraron la segunda fosa.

Eran ocho mujeres y un hombre, Aurelio, el padre de una muchacha de veintidós años desaparecida en Caborca diecisiete meses antes, que había llegado al grupo de WhatsApp por el mismo camino que todas: la fiscalía primero, el silencio después, y finalmente la comprensión de que si alguien iba a encontrar a su hija tenía que ser él, porque el Estado ya había demostrado con suficiente claridad que no tenía intención de hacerlo.

Aurelio era el único hombre y nadie se lo señalaba porque nadie consideraba que necesitara justificación. Buscaba a su hija. Eso era suficiente.

La segunda fosa la encontró Consuelo.

Llevaban dos horas sondeando un predio en las afueras de Pitiquito que alguien del grupo había marcado en el GPS después de recibir un dato anónimo en el teléfono, que era otra cosa que todas habían aprendido: los datos anónimos existían, llegaban por distintos canales, y aunque no siempre eran confiables tampoco podían ignorarse porque a veces resultaban exactos y las consecuencias de ignorar uno exacto eran irreversibles.

Consuelo sondeó el punto marcado y sintió el cambio en la palma de la mano con la misma certeza que la primera vez pero sin la sorpresa de la primera vez.

—Aquí —dijo.

Lola se acercó y sondeó el mismo punto. Luego dos puntos adyacentes. Asintió.

—Grande —dijo—. Sondeemos el perímetro completo antes de llamar.

Tardaron cuarenta minutos en delimitar la fosa. Era más grande que la primera: el área de tierra removida cubría aproximadamente ocho metros cuadrados, lo que sugería múltiples cuerpos o una disposición que no era la de una sola inhumación puntual.

Mientras sondeaban, Sandra le habló a Consuelo en voz baja.

—¿Cómo estás?

—Concentrada —respondió Consuelo sin dejar de sondear.

—¿Sabes lo que vas a sentir cuando abran esto?

—Lo mismo que la primera vez, supongo.

Sandra negó con la cabeza.

—La primera vez uno no sabe lo que va a sentir. La segunda vez sí lo sabe de antemano y eso es diferente. Es más difícil en cierto sentido. —Siguió sondeando—. Digo, para que estés preparada.

—¿Uno se acostumbra?

Sandra tardó en responder.

—No —dijo—. Pero sí se aprende a seguir funcionando mientras se siente. Que no es lo mismo que acostumbrarse. Es más como... aprender a cargar el peso sin que te tumbe.

Consuelo asintió. Siguieron sondeando.

Llamaron a la fiscalía a las once de la mañana. Llegaron a las tres de la tarde. Para entonces el grupo había documentado fotográficamente el perímetro completo, había tomado las coordenadas GPS, había anotado en las libretas respectivas la descripción del terreno, las condiciones climáticas, la hora del hallazgo y el nombre de cada persona presente.

El equipo forense que llegó era diferente al de la vez anterior. Lo dirigía una mujer joven, no tendría más de treinta años, que se presentó como la licenciada Torres, perito en criminalística de campo. Se acercó a Lola con una carpeta en la mano y sin la actitud defensiva que el grupo había aprendido a esperar de los funcionarios que llegaban a sus hallazgos.

—¿Ustedes delimitaron el perímetro? —preguntó.

—Sí —dijo Lola.

—¿Documentaron antes de tocar?

—Siempre. Fotografías, coordenadas y descripción escrita.

La licenciada Torres asintió.

—Bien hecho. Me facilita el trabajo. —Miró el área delimitada—. ¿Estimación del tamaño?

—Ocho metros cuadrados aproximadamente. La resistencia de la varilla sugiere múltiples puntos de inhumación.

—¿Profundidad estimada?

—Variable. Entre cuarenta y ochenta centímetros según el punto.

La licenciada Torres anotó todo en su carpeta. Luego miró al grupo.

—Voy a pedirles que se retiren unos diez metros mientras trabajamos. No por protocolo sino porque lo que vamos a encontrar aquí no es fácil de ver y prefiero que no estén encima.

—Con respeto —dijo Lola—, llevamos meses haciendo esto. Sabemos lo que hay.

—Lo sé. Pero estar diez metros atrás no les impide ver ni documentar. Solo les da un poco de espacio. —La licenciada Torres las miró de frente—. Soy madre. Lo digo como madre.

Hubo un silencio breve. Luego Lola asintió.

Se retiraron diez metros.

El equipo forense trabajó durante cuatro horas. Cuando terminaron la excavación preliminar, la licenciada Torres se acercó al grupo con la carpeta en la mano y una expresión que era profesional en su superficie y agotada por debajo.

—Seis cuerpos —dijo—. Cuatro adultos, dos jóvenes. Vamos a necesitar el laboratorio para las identificaciones. Eso tarda.

—¿Cuánto? —preguntó Aurelio.

—Depende de varios factores. Estado de conservación, si hay muestras de ADN de referencia en la base de datos, la carga de trabajo del SEMEFO. —Una pausa—. Meses. A veces más.

Aurelio asintió con la expresión de quien ya conocía esa respuesta pero que necesitaba escucharla de todas formas para que siguiera siendo real y no solo una posibilidad abstracta.

—¿Alguno de ustedes tiene familiar en esa franja de edad? —preguntó la licenciada Torres.

—Yo busco a mi hija —dijo Aurelio—. Veintidós años.

—¿Tiene muestra de ADN de referencia entregada al SEMEFO?

—Hace ocho meses.

—Bien. En cuanto tengamos los perfiles genéticos de los cuerpos los comparamos con la base de datos. Si hay coincidencia, les avisamos directamente a ustedes antes de que el reporte oficial salga. —Miró a Aurelio—. No es el procedimiento estándar. Pero es lo correcto.

Consuelo observó ese intercambio y anotó en su libreta el nombre de la licenciada Torres, el número de la fosa según su propio registro interno, la cantidad de cuerpos y la promesa sobre el ADN. Lo anotó todo porque había aprendido desde la primera visita a la fiscalía que las promesas verbales desaparecen y que solo lo que queda escrito puede reclamarse después.

De regreso a Altar esa tarde, Consuelo y Lola caminaron desde donde habían dejado la camioneta hasta la casa de Consuelo porque quedaba de paso y porque las dos necesitaban moverse para procesar lo que habían visto.

—La licenciada Torres —dijo Consuelo—. No es como los demás.

—No. Hay algunos así. Pocos, pero los hay. —Lola caminó en silencio un momento—. El problema no siempre es la gente. A veces es el sistema en el que trabajan. Ella quiere hacer su trabajo bien. Pero trabaja con un SEMEFO saturado, sin presupuesto, con una base de datos de ADN incompleta porque muchas familias nunca han podido entregar muestras de referencia. La voluntad existe. Los recursos no.

—¿Y eso quién lo decide?

—Los que asignan los presupuestos. Los que llevan años decidiendo que el sistema forense no merece la inversión que requiere.

—Los mismos que llevan años decidiendo que no vale la pena investigar las desapariciones.

—Los mismos —confirmó Lola.

Caminaron otra cuadra en silencio.

—Lola —dijo Consuelo—, ¿cuántas fosas has encontrado en total?

—Contando las de hoy, veintisiete.

—¿Y cuántos cuerpos?

—Noventa y uno.

—¿Identificados?

—Once.

Consuelo hizo el cálculo sin decirlo en voz alta. Once de noventa y uno. Doce por ciento. El ochenta y ocho por ciento restante seguía siendo nadie en algún SEMEFO de Sonora.

—¿Alguna vez encontraste a alguien buscando a quien no estaba buscando?
—preguntó.

—¿Cómo?

—Que alguien del grupo encuentre a su propio familiar sin haberlo esperado en esa fosa específica.

Lola tardó en responder.

—Dos veces —dijo—. Una fue Patricia. Encontró a su hermano en la quinta fosa que abrimos. Llevábamos seis meses buscando. No teníamos ningún dato sobre ese predio en específico, habíamos llegado por un anónimo como hoy.

—Se detuvo un momento—. No es como uno imagina. No hay alivio en ese momento. Hay otra cosa. Más complicada que el alivio.

—¿Qué hay?

—Certeza —dijo Lola—. La certeza es terrible pero es menos cruel que la incertidumbre. Con la incertidumbre uno no puede hacer el duelo. Con la certeza, aunque sea la peor, por lo menos sabe qué está cargando.

Consuelo pensó en esa frase durante el resto del camino.

Esa noche, después de cenar, fue al cuarto de Rodrigo y se sentó en el borde de la cama. Era un cuarto pequeño con un póster del América en la pared, una caja de herramientas para bicicletas en el rincón y una bolsa de ropa que Rodrigo había estado organizando antes de desaparecer y que Consuelo no había tocado desde entonces porque tocarla implicaba aceptar algo que todavía no estaba lista para aceptar.

Su teléfono vibró. Era un mensaje de Esperanza.

"¿Cómo estuvo hoy?"

Consuelo miró la caja de herramientas de Rodrigo antes de responder.

"Encontramos seis. No es él. Mañana seguimos."

Esperanza respondió con un corazón. Luego escribió: *"¿Estás comiendo?"*

"Sí."

"Mentira."

Consuelo sonrió a pesar de todo. Escribió: *"Mañana como. Hoy estoy cansada."*

"Consuelo."

"¿Qué?"

"No te vayas a perder tú buscándolo a él."

Consuelo miró el mensaje un momento. Luego escribió: *"No me voy a perder. Sé exactamente dónde estoy."*

Guardó el teléfono y se quedó sentada en el borde de la cama de Rodrigo con la caja de herramientas frente a ella. La abrió. Dentro estaban los alicates, los desarmadores, las llaves Allen de distintos tamaños, un rollo de cable de freno nuevo que nunca había usado, y en el fondo, debajo de todo, una hoja doblada en cuatro.

La desdobló.

Era una lista escrita con la letra de Rodrigo, que era grande y ligeramente inclinada hacia la derecha: *Tenis Nike blancos — \$850. Camisa de cuadros azul — \$350. Llamar al Chalo para el partido del domingo.*

La lista de pendientes del martes que no volvió.

Consuelo dobló la hoja con el mismo cuidado con que había llegado doblada. La guardó en el bolsillo de su chamarra. Se levantó. Apagó la luz del cuarto de Rodrigo.

En la cocina, el plato seguía en su lugar frente a la silla de la ventana.

Lo dejó donde estaba.

A la mañana siguiente llegó un mensaje de Aurelio al grupo de WhatsApp. No decía mucho. Solo: *"La licenciada Torres llamó. Ninguno de los seis es mi hija. Mañana seguimos buscando."*

Consuelo leyó el mensaje tres veces. Luego escribió en el grupo: *"Mañana seguimos todos."*

Cuatro respuestas llegaron en menos de dos minutos. Todas decían lo mismo, con distintas palabras:

"Ahí estaremos."

Tres semanas después el colectivo tenía nombre.

Se lo pusieron en una tarde de martes, sin ceremonia, mientras esperaban a que el equipo forense llegara a su octava fosa. Fue Sandra quien lo propuso, con la sencillez de quien tiene una idea que es tan obvia que sorprende que nadie la haya dicho antes.

—Deberíamos tener nombre —dijo—. Para los oficios. Para cuando hablamos con los medios. Para cuando algún día alguien quiera saber quiénes fuimos.

—¿Qué nombre? —preguntó Aurelio.

—Algo que diga lo que hacemos.

—Buscamos —dijo Consuelo.

—Sí. Pero también algo de dónde somos.

Hubo un silencio pensativo. Luego Lola dijo:

—Buscadoras del Desierto.

Nadie dijo nada por un momento. Luego Aurelio asintió. Luego Sandra. Luego las demás.

—Buscadoras del Desierto —repitió Consuelo.

No era un nombre heroico. No pretendía serlo. Era simplemente la descripción exacta de lo que eran: personas que buscaban en el desierto lo que el Estado no había querido encontrar.

Ese mismo día Consuelo abrió una página nueva en su libreta y escribió en la parte superior, con su letra firme de siempre:

Colectivo Buscadoras del Desierto — Sonora

Fundado: martes, mientras esperábamos que llegara la fiscalía.

Integrantes: 9

Fosas localizadas: 8

Cuerpos recuperados: 31

Identificados: 3

Nuestros familiares encontrados: 0

Razón para seguir: todas las anteriores.

CAPÍTULO 4

El mapa de la complicidad

Línea A — Los investigadores

Guadalajara, Jalisco — semana dos de la misión

El doctor Ignacio Bermúdez Solís llegó al café con quince minutos de retraso, una mochila que parecía contener más papeles de los que físicamente debería poder contener, y la mirada de alguien que ha pasado los últimos quince años mirando por encima del hombro con suficiente frecuencia para que esa mirada se haya vuelto habitual sin dejar de ser necesaria.

Era profesor de ciencias políticas en la Universidad de Guadalajara, especialista en seguridad y crimen organizado, y había publicado cuatro libros que circulaban ampliamente en los círculos académicos internacionales y que en México lo habían puesto en una lista de personas a quienes ciertos sectores del gobierno consideraban inconvenientes. No se lo habían dicho directamente. Se lo habían hecho saber de otras maneras: un contrato de consultoría cancelado sin explicación, dos amenazas anónimas en tres años, y la costumbre de que sus estudiantes de posgrado encontraran dificultades inexplicables para conseguir trabajo en instituciones gubernamentales.

Moreau lo había conocido en una conferencia en Berlín dieciocho meses antes. Osei-Bonsu lo conocía solo por sus textos.

—Perdón por el retraso —dijo Bermúdez mientras se sentaba—. Vine en tres camiones diferentes. Vieja costumbre.

—¿Tres? —preguntó Osei-Bonsu.

—Si alguien me sigue, que se complique un poco. —Pidió un café al mesero con el gesto automático de quien ya lo tenía decidido antes de sentarse—. ¿Cuánto tiempo tienen?

—El que necesitemos —dijo Moreau.

—Bien. Porque esto no se explica rápido. —Bermúdez abrió la mochila y sacó una carpeta delgada—. Les adelanto que lo que les voy a decir no es nada que no esté en mis publicaciones o en los informes de organizaciones civiles serias. No soy una fuente de información clasificada. Soy alguien que lleva quince años juntando piezas de un rompecabezas que nadie en el gobierno mexicano quiere ver completo.

—¿Por qué nadie quiere verlo completo? —preguntó Osei-Bonsu.

Bermúdez la miró.

—Porque cuando está completo, lo que se ve no es un problema de seguridad. Es un problema de legitimidad. Y eso es mucho más difícil de manejar que la violencia.

Moreau abrió su libreta.

—Explíquenos el rompecabezas —dijo.

Bermúdez tomó su café cuando llegó. Bebió. Comenzó.

—El crimen organizado en México no es un fenómeno paralelo al Estado. Es un fenómeno que creció dentro del Estado, con la tolerancia del Estado, y que en muchas regiones del país ya no es distinguible del Estado. No porque los funcionarios sean todos criminales. Porque el sistema de incentivos que produjo cuatro décadas de hegemonía de un solo partido creó estructuras de control territorial que el crimen organizado simplemente heredó cuando ese partido perdió el poder.

—¿Qué tipo de estructuras? —preguntó Moreau.

—Redes de intermediación. En el sistema priista, el control político del territorio funcionaba a través de intermediarios locales: líderes sindicales, caciques, presidentes municipales, que administraban la lealtad de sus comunidades a cambio de recursos y protección del centro. Cuando ese sistema se fracturó, esas redes de intermediación no desaparecieron. Se reconvirtieron. Los intermediarios que antes gestionaban votos para el partido ahora gestionaban territorios para los cárteles. La infraestructura de control era la misma. Solo cambió quién pagaba por ella.

Osei-Bonsu escribía sin levantar la vista.

—¿Y los gobiernos electos después de la alternancia? —preguntó.

—Llegaron a territorios donde esas redes ya existían y ya funcionaban. La pregunta no era si iban a relacionarse con ellas. La pregunta era en qué términos. —Bermúdez abrió la carpeta y sacó un mapa de México con zonas sombreadas en distintos tonos—. Esto es lo que mis colegas y yo hemos podido documentar en quince años de investigación. Las zonas oscuras son entidades donde la evidencia de colusión sistémica entre gobierno estatal y

crimen organizado es suficientemente robusta para ser presentada ante un tribunal.

Moreau contó las zonas sombreadas.

—¿Cuántas son?

—Veintidós.

Osei-Bonsu levantó la vista por primera vez en varios minutos.

—¿Veintidós de treinta y dos?

—Veintidós de treinta y dos. Y eso siendo conservadores. Hay otras cuatro o cinco donde la evidencia existe pero es más difícil de probar porque los actores son más cuidadosos.

Moreau miró el mapa un momento.

—¿Qué tipo de evidencia tiene para las veintidós?

Bermúdez tomó otro sorbo de café.

—Variable según el estado. En algunos, financiamiento de campañas con dinero de procedencia documentadamente ilícita. En otros, protección policial activa a operaciones del cártel dominante, con registros de comunicaciones entre mandos policiales y líderes criminales. En los más graves, participación directa de funcionarios en la planificación de desapariciones y ejecuciones, con testimonios de exintegrantes de las estructuras criminales que han declarado en procesos judiciales en Estados Unidos.

—¿En Estados Unidos? —dijo Osei-Bonsu.

—Los juicios contra líderes de cárteles en cortes federales estadounidenses han producido más información verificable sobre la colusión entre gobierno mexicano y crimen organizado que todas las investigaciones de la FGR en los últimos veinte años combinadas. Cuando alguien que estuvo adentro decide cooperar con la justicia americana, cuenta todo. Y lo que cuenta está bajo juramento, sujeto a cross-examination, y tiene consecuencias legales si miente.

—¿Por qué no se usa esa información en México? —preguntó Moreau, aunque ya sabía la respuesta.

Bermúdez lo miró con algo que podría haber sido una sonrisa si la situación hubiera sido diferente.

—Porque para usarla habría que investigar a las personas que esa información implica. Y esas personas controlan las instituciones que harían la investigación. —Dobló el mapa y lo guardó—. Es la definición operativa de un Estado capturado.

Hubo un silencio en el que el café del local siguió su ritmo indiferente: conversaciones en mesas cercanas, el ruido de la máquina de expreso, alguien que reía en la barra.

—Doctor Bermúdez —dijo Osei-Bonsu—, ¿usted puede hacer una distinción entre los estados donde la colusión es oportunista, es decir funcionarios que

aprovechan la situación para beneficio personal, y los estados donde la colusión es estructural, es decir donde el crimen organizado participó activamente en llevar a esos funcionarios al poder?

Bermúdez asintió lentamente.

—Es la distinción más importante y la más difícil de probar. La colusión oportunista es endémica en casi todo el sistema. La colusión estructural, donde el cártel financia la campaña, controla el proceso electoral mediante amenazas y elimina a la oposición que no se alinea, eso está documentado de manera robusta en al menos doce de las veintidós entidades que les señalé.

—¿Doce? —dijo Moreau.

—Doce donde puedo decirle con suficiente certeza que el gobernador o los presidentes municipales no llegaron al poder a través de un proceso electoral legítimo. Llegaron porque el cártel dominante en su territorio decidió que llegaran y utilizó todos los medios disponibles para asegurarlo.

Osei-Bonsu dejó de escribir.

—Doctor, lo que usted está describiendo tiene implicaciones jurídicas específicas bajo el derecho internacional. Un gobierno que llega al poder mediante coerción sistemática del proceso electoral no es un gobierno legítimo. Es un gobierno espurio. Y un gobierno espurio que ejerce el poder en beneficio activo de las estructuras criminales que lo instalaron está cometiendo algo que el Estatuto de Roma tiene categorizado con precisión.

Bermúdez la miró.

—Lo sé —dijo—. Llevo años diciéndolo en mis publicaciones. El problema es que decirlo en una publicación académica no tiene las mismas consecuencias que decirlo en un expediente del Tribunal Penal Internacional.

—No —dijo Osei-Bonsu—. Las consecuencias son muy diferentes.

Se miraron un momento. Era la mirada de dos personas que entienden exactamente lo que se está diciendo sin necesidad de decirlo completo.

—¿Está dispuesto a testificar? —preguntó Moreau—. No necesariamente en un tribunal. En el expediente de la investigación. Con su nombre o con reserva de identidad, como prefiera.

Bermúdez miró su taza de café vacía.

—Con reserva de identidad —dijo—. Tengo familia. Y he visto lo que les pasa a quienes no la tienen cuando hacen esto con su nombre.

—Entendido. —Moreau anotó algo—. ¿Tiene acceso al ex fiscal del estado que mencionó en nuestra comunicación previa?

—Sí. Pero él es más difícil. Salió del sistema hace tres años por razones que no voy a detallar aquí, y desde entonces vive con un nivel de precaución que complica cualquier contacto. —Bermúdez pensó un momento—. Puedo intermediar. Pero necesito que me digan exactamente qué quieren de él y garantizarle que la información que proporcione va a un expediente internacional y no va a filtrarse a ninguna institución mexicana.

—Esa garantía la podemos dar —dijo Osei-Bonsu—. El expediente es de la CIDH y del TPI. No se comparte con autoridades nacionales a menos que exista una orden de tribunal internacional.

—¿Y si el gobierno mexicano solicita acceso?

—Puede solicitarlo. No tiene derecho automático a obtenerlo, especialmente en una investigación donde el propio gobierno es sujeto de investigación.

Bermúdez asintió.

—Le voy a hablar esta noche. Pero no le prometo nada. Cuando alguien ha estado adentro y ha visto lo que él vio, la decisión de hablar es la más difícil que puede tomar. —Se levantó, guardó la carpeta en la mochila—. Una cosa más.

—Diga —dijo Moreau.

—Tengan cuidado con quién saben que están aquí. No me refiero a los criminales. Los criminales son predecibles. Me refiero a los funcionarios de nivel medio que tienen mucho que perder si su nombre aparece en un expediente internacional y que no necesariamente van a esperar a que eso ocurra para actuar.

—¿Está diciendo que corremos riesgo? —preguntó Osei-Bonsu con la neutralidad de quien ha evaluado ese riesgo muchas veces antes.

—Estoy diciendo que están en México investigando a personas con recursos, con impunidad y con acceso a estructuras que hacen cosas por dinero. Saquen sus propias conclusiones.

Salió del café por la puerta trasera.

Moreau y Osei-Bonsu se quedaron en la mesa un momento. El mesero les preguntó si querían algo más. Pidieron dos cafés que no necesitaban pero que les daban razón para seguir sentados mientras procesaban la conversación.

—Doce estados —dijo Osei-Bonsu en voz baja.

—Con evidencia robusta de colusión estructural. Los otros diez son colusión oportunista, que también es delito pero de categoría diferente.

—En el derecho internacional, si la colusión estructural produjo condiciones que permitieron la comisión de crímenes de lesa humanidad, los responsables de esa colusión pueden ser imputados aunque no hayan ordenado directamente los crímenes.

—Lo sé.

—¿Cuánto de eso está en nuestro expediente actual?

Moreau pensó.

—Suficiente para abrir la investigación. No suficiente todavía para sostener una imputación. Necesitamos el testimonio del ex fiscal. Y necesitamos algo más que nos dé la cadena de mando completa en al menos dos o tres casos específicos.

—Ayotzinapa nos da la cadena militar —dijo Osei-Bonsu—. Si el ex fiscal nos da la cadena civil en algún estado, tenemos dos hilos del mismo tejido.

—Y si se conectan —dijo Moreau—, lo que tenemos ya no es un caso de corrupción. Es un caso de crimen organizado con participación estatal a nivel de gobierno.

—Qué es exactamente lo que ese documento de nueve páginas afirma.

—Qué es exactamente lo que ese documento de nueve páginas afirma —repitió Moreau.

Bebieron el café en silencio.

Esa noche, de regreso en el hotel de la Ciudad de México, Osei-Bonsu recibió un mensaje en el teléfono cifrado que usaba para las comunicaciones sensibles de la misión. Era de Bermúdez. Decía solo: *"El ex fiscal acepta. Una sola reunión. Sin grabación. Solo notas. Él elige el lugar. Les aviso en 48 horas."*

Se lo leyó a Moreau.

—¿Sin grabación? —dijo él.

—Sin grabación. Solo notas.

Moreau asintió.

—Acepto las condiciones.

Osei-Bonsu respondió el mensaje. Luego abrió el mapa de México que Bermúdez les había dado y lo extendió sobre la cama. Lo miró un momento con las veintidós zonas sombreadas, más de dos tercios del territorio, más de dos tercios de la población del país viviendo bajo gobiernos que el mapa de un académico señalaba como ilegítimos en distintos grados.

—¿Sabes qué es lo que más me impresiona de este trabajo? —dijo.

—¿Qué? —preguntó Moreau desde el escritorio donde revisaba sus notas.

—Que la gente que vive en esos territorios lo sabe. No necesita nuestro expediente. No necesita el mapa de Bermúdez. Lo sabe porque lo vive todos los días. Sabe quién manda en su municipio. Sabe por qué desaparecen las personas. Sabe que la fiscalía no va a investigar. Lo sabe y sigue levantándose por la mañana e intentando vivir su vida.

—¿Y eso te impresiona o te entristece?

Osei-Bonsu dobló el mapa.

—Las dos cosas —dijo—. En ese orden.

CAPÍTULO 5

Los nombres que nadie pronuncia

Línea B — Consuelo

Sonora — segundo año de búsqueda

La amenaza llegó un miércoles por la mañana.

Consuelo salió de su casa a las siete para ir a la tienda de la esquina y encontró la nota debajo del limpiaparabrisas de su camioneta. Era una hoja de cuaderno doblada en cuatro, escrita con marcador negro en letras mayúsculas sin personalidad, el tipo de letra que alguien produce cuando quiere que sea legible sin ser identificable.

La leyó de pie en la banqueta con el sol de Sonora ya empezando a calentar las piedras.

YA SABES LO QUE ENCONTRASTE AHÍ. DEJA DE BUSCAR O TE VAMOS A ENCONTRAR A TI. ÚLTIMA ADVERTENCIA.

Consuelo dobló la nota. La guardó en la bolsa de su chamarra. Entró a la tienda. Compró leche, frijoles y dos bolsas de arroz. Pagó. Regresó a su casa.

Esperanza la estaba esperando en la puerta, que era algo que Esperanza hacía cada vez con más frecuencia desde que Consuelo había empezado a buscar: aparecerse sin avisar, con cualquier pretexto o sin ninguno, para verificar que siguiera estando.

—¿Qué tienes? —preguntó Esperanza mirando su cara.

—Nada.

—Consuelo.

Consuelo sacó la nota y se la dio. Esperanza la leyó. Su expresión no cambió de manera dramática pero algo detrás de ella sí cambió, algo que tenía que ver con el miedo específico que produce leer una amenaza dirigida a alguien que uno quiere.

—Tienes que parar —dijo.

—No.

—Consuelo, esto es una amenaza directa. Dice última advertencia, lo que significa que hubo advertencias anteriores que no viste o que no reconociste como tales.

—O que mienten sobre las advertencias anteriores para intimidar más.

—¿Y si no mienten?

Consuelo tomó la nota de regreso y la metió en la bolsa.

—Voy a fotografiarla y a llevarla a la fiscalía esta tarde.

—¿Para qué? ¿Para que la archiven junto con todo lo demás?

—Para que quede en el registro. —Consuelo puso las bolsas de la compra sobre la mesa—. Si algo me pasa, que quede documentado que hubo una amenaza y que yo la reporté y que la fiscalía no hizo nada.

Esperanza la miró durante un momento largo.

—¿Estás escuchando lo que estás diciendo? Estás hablando de documentar por si algo te pasa. No de evitar que te pase.

—No puedo evitar que me pase si eso es lo que van a hacer. Lo que sí puedo hacer es que no sea en silencio. —Consuelo se sentó frente a la mesa—. Escúchame, Esperanza. Si paro, Rodrigo no aparece. Si sigo y algo me pasa, por lo menos hay un registro de quién lo hizo y por qué. Pero si paro, no hay nada. Solo el número de una carpeta en una fiscalía que no lo busca.

Esperanza se sentó frente a ella.

—¿Se lo vas a decir al grupo?

—Esta tarde. Tenemos una búsqueda mañana en un predio cerca de Saric. Se los digo antes de salir para que decidan si siguen.

—¿Y si deciden parar?

—Es su derecho. Cada quien decide hasta dónde puede llegar.

—¿Y tú?

Consuelo pensó en la lista doblada en el bolsillo de la chamarra. Los tenis Nike blancos. La camisa de cuadros azul. La llamada al Chalo para el partido del domingo.

—Yo sigo —dijo.

Esa tarde fotografió la nota con su teléfono desde cuatro ángulos distintos. La llevó a la fiscalía. La atendió el mismo agente del primer día, que ya la reconocía con el reconocimiento neutro de quien tiene demasiados rostros en su memoria para asignarle a cada uno la atención que merece.

—Una amenaza —dijo el agente leyendo la nota.

—Sí.

—¿Tiene idea de quién la dejó?

—No. Pero está relacionada con las búsquedas que hacemos en campo. Llevamos nueve fosas localizadas en la zona.

El agente asintió con la lentitud de quien asienta porque es lo que corresponde hacer, no porque el asentimiento signifique algo.

—Voy a levantar el reporte. Le asignamos un número de seguimiento.

—¿Qué implica el seguimiento?

—Que queda en el registro y que si hay más amenazas o algún incidente, el expediente ya está abierto.

—¿Van a investigar quién dejó la nota?

El agente la miró.

—Vamos a hacer lo posible, señora Rivas.

Consuelo conocía esa frase. La había escuchado muchas veces en ese edificio con distintas variaciones y siempre significaba lo mismo.

—Anote también —dijo— que quiero que conste explícitamente que yo reporté esta amenaza en esta fecha y a esta hora y que la respuesta institucional fue un número de seguimiento. ¿Puede hacer eso?

El agente tardó un momento.

—Puedo anotarlo en las observaciones del reporte.

—Hágalo, por favor.

Lo hizo.

Consuelo salió con el número de seguimiento anotado en su libreta debajo del registro de la amenaza que ya había transcrito esa mañana con todos los detalles: hora en que encontró la nota, descripción del papel, tipo de marcador, texto completo, condiciones climáticas, si había algún testigo.

No había ningún testigo.

Esa tarde el grupo se reunió en la cocina de Sandra en Altar. Eran ya doce: los nueve originales más tres personas que habían llegado en las últimas semanas, todas con el mismo tipo de historia, la misma fiscalía inútil, el mismo número de carpeta que nadie volvía a mencionar.

Consuelo les leyó la nota en voz alta. Luego les explicó lo que había hecho con ella y lo que la fiscalía había respondido.

Hubo un silencio.

Lo rompió Aurelio.

—¿Es la primera amenaza que alguien del grupo recibe?

—Que yo sepa —dijo Lola—. Formalmente, sí. Hay otras cosas que no hemos llamado amenazas porque eran más sutiles. Una camioneta que nos siguió dos veces en enero. Un número desconocido que llamó tres veces al teléfono de Patricia y colgó.

—¿Y por qué no lo dijeron? —preguntó una de las nuevas integrantes, una mujer llamada Graciela que buscaba a su hermano desde hacía once meses.

—Porque no queríamos alarmar al grupo sin certeza —dijo Patricia—. Y porque si empezamos a reportar cada camioneta que nos sigue en Sonora vamos a tener que reportar el cincuenta por ciento del tráfico.

Hubo una risa breve y tensa que era lo más parecido al alivio que la situación permitía.

—¿Qué quieren hacer? —preguntó Consuelo—. Mañana tenemos el predio de Saric. Nadie está obligado a ir. Si alguien decide que esto ya es demasiado, lo entiendo y no hay ningún juicio.

Nadie dijo nada durante un momento.

Luego Sandra habló.

—Yo voy.

—Yo también —dijo Aurelio.

—Yo —dijo Graciela, que llevaba once meses buscando a su hermano y que esa tarde había llegado a su primera reunión del grupo sin saber que iba a ser la reunión de la amenaza.

Fueron diciendo sí uno por uno. Todos. Los doce.

Lola fue la última.

—Una condición —dijo—. A partir de mañana nadie va solo a ningún predio. Siempre en pares mínimo. Y si alguien recibe algo, por sutil que sea, lo dice de inmediato al grupo. ¿De acuerdo?

De acuerdo.

Al día siguiente fueron a Saric. Encontraron la fosa número diez del colectivo. Siete cuerpos. Ninguno era de los que buscaban.

Los anotaron en la libreta y llamaron a la fiscalía.

En las semanas siguientes el colectivo estableció lo que Lola llamó protocolos mínimos de seguridad, que no eran protocolos en el sentido institucional del término sino simplemente acuerdos prácticos contruidos con el sentido común de personas que habían entendido que el Estado no las iba a proteger y que por lo tanto tenían que protegerse entre sí: rutas de comunicación, horarios de check-in por WhatsApp, un sistema de pares que garantizara que nadie estuviera solo en campo, y una lista de periodistas y organizaciones de derechos humanos nacionales e internacionales a quienes contactar si alguna integrante del colectivo era amenazada, detenida o desaparecía.

Esa última lista la propuso Consuelo.

—¿Por qué periodistas? —preguntó Graciela.

—Porque lo único que a veces funciona cuando las instituciones no quieren actuar es que el mundo sepa —dijo Consuelo—. No siempre. Pero a veces.

—¿Y los de derechos humanos?

—Porque hay organizaciones internacionales que pueden hacer cosas que nosotras no podemos. Presentar recursos, documentar ante instancias que el gobierno mexicano tiene que responder aunque no quiera.

—¿Como cuáles?

—La Comisión Interamericana de Derechos Humanos. El Comité de la ONU contra las Desapariciones Forzadas. Hay una abogada en Ciudad de México que trabaja con esas instancias y que ya tiene casos de Sonora. Le voy a escribir esta semana.

Lola la miró.

—¿Cuándo decidiste todo eso?

—La mañana que encontré la nota —dijo Consuelo—. Mientras compraba leche y frijoles.

Tres semanas después de la amenaza, el colectivo Buscadoras del Desierto tenía veintidós integrantes, habían localizado doce fosas, habían recuperado cuarenta y siete cuerpos y habían logrado la identificación de nueve. Nueve nombres devueltos a familias que llevaban meses o años sin saber qué estaban cargando. Nueve certezas terribles que eran menos crueles que la incertidumbre.

Los otros treinta y ocho seguían siendo nadie.

Una tarde de ese mes, durante una búsqueda en un predio al norte de Trincheras, Consuelo se separó unos metros del grupo para sondear un área que le había llamado la atención por la manera en que la tierra se hundía en el extremo sur. Sondeó cinco puntos. En el tercero sintió el cambio de resistencia que ya conocía tan bien como su propio nombre.

Llamó a Lola en voz baja.

—Aquí.

Lola vino. Sondeó. Asintió.

Mientras esperaban a que el resto del grupo se acercara, Lola miró a Consuelo con la atención de quien ha estado observando algo durante semanas y finalmente decide decirlo.

—¿Cómo estás durmiendo?

—Bien.

—Consuelo.

—Cuatro horas. A veces cinco.

—¿Y el plato? ¿Sigues poniéndolo en la mesa?

Consuelo miró el terreno frente a ellas.

—Todos los días.

Lola asintió sin juzgar.

—El día que dejes de ponerlo —dijo con suavidad—, no significa que te hayas rendido. Significa que estás cuidando a la persona que sigue buscando.

Consuelo no respondió. Siguió mirando el terreno donde habían marcado la cavidad.

—Ya sé —dijo finalmente.

—¿Y?

—Y todavía no puedo.

Lola no dijo nada más. A veces la respuesta correcta es no decir nada más.

El equipo forense llegó dos horas después. En esa fosa había cinco cuerpos. Tres adultos, dos jóvenes. Uno de los jóvenes tenía entre dieciséis y dieciocho años según la estimación inicial del técnico.

Consuelo anotó todo en su libreta con la letra firme de siempre.

Esa noche, de regreso en Altar, antes de entrar a su casa se quedó un momento en la banqueta mirando la camioneta estacionada frente a la puerta. Revisó el parabrisas. No había nada.

Entró. Fue a la cocina. El plato de Rodrigo seguía en su lugar frente a la silla de la ventana.

Lo miró un momento.

Luego fue a la libreta y anotó los datos de la fosa número trece.

Debajo, como hacía al final de cada entrada desde el primer día, escribió la misma frase:

Mañana sigo.

Y debajo de esa frase, esa noche por primera vez, añadió algo más:

Treinta y ocho sin nombre todavía. Pero nueve ya tienen el suyo de vuelta. Nueve familias saben lo que cargan.

Eso también cuenta.

CAPÍTULO 6

Veintidós estados

Línea A — Los investigadores

Ciudad de México / Culiacán / Veracruz / Tamaulipas — semanas tres y cuatro

El ex fiscal llegó al lugar que había elegido con veinte minutos de anticipación, que era exactamente lo que hacen las personas que han aprendido que llegar después que el otro en ciertas reuniones puede ser la diferencia entre una conversación y algo peor.

El lugar era una taquería en una colonia de clase media de Guadalajara, sin nombre visible en la fachada, del tipo que existe en toda ciudad mexicana y que sus clientes habituales conocen por la esquina o por el apellido del dueño. Mesas de plástico, televisión con el partido, olor a carne asada y a chile toreado. El tipo de lugar donde nadie mira a nadie porque todo el mundo está mirando su plato o la televisión.

Bermúdez los había presentado por mensaje la noche anterior. Solo dijo que se llamaba Gerardo y que había sido fiscal en un estado del norte durante siete años antes de renunciar. No dijo más. Gerardo tampoco dijo más sobre sí mismo cuando se sentaron.

Tenía unos cincuenta años, complexión de alguien que alguna vez fue atlético y que ha dejado de serlo sin dramatismo, y una manera de hablar que era la de un hombre que ha calibrado cada palabra durante tanto tiempo que ya no sabe hablar de otra forma.

—¿Grabadora? —preguntó mirando la mesa.

—No —dijo Moreau—. Solo libreta. Como acordamos.

—¿Quién más sabe que están aquí?

—Bermúdez. Nadie más.

Gerardo estudió sus caras un momento. Pidió una orden de tacos sin mirar el menú, como alguien que ya había estado ahí antes o que había elegido el lugar precisamente porque sabía lo que había.

—¿Qué quieren saber? —dijo.

—Queremos entender cómo funciona la colusión desde adentro —dijo Osei-Bonsu—. No la teoría. La mecánica real. Quién habla con quién, cómo se acuerdan las cosas, qué pasa cuando alguien no cumple.

Gerardo los miró alternativamente.

—¿Para qué nivel de detalle están preparados?

—Para el nivel que sea necesario —dijo Moreau.

Gerardo comió un taco antes de responder. No era distracción. Era el hábito de quien no empieza una conversación difícil sin haber confirmado primero que el entorno es lo que parece.

—Bien —dijo—. Les voy a hablar de un estado. No voy a decir cuál. Pero si quieren verificar lo que les digo, tienen suficiente para buscarlo.

—Aceptamos esas condiciones —dijo Osei-Bonsu.

—En ese estado, cuando llegué como fiscal, llevaba tres semanas en el cargo cuando me citó el secretario de gobierno. Reunión formal, en sus oficinas, con café y todo. Me explicó que el estado tenía una política de seguridad que había funcionado durante años y que mi trabajo consistía en no interferir con esa política.

—¿Cómo definió la política? —preguntó Moreau.

—No la definió. Ese es el punto. No se dice nunca de manera explícita. Se insinúa con suficiente claridad para que el interlocutor entienda perfectamente, pero sin que haya nada que pueda usarse después como prueba de que se dijo. —Gerardo bebió agua—. Lo que me comunicó era que había una organización que operaba en el estado con el conocimiento del gobernador. Que esa organización garantizaba ciertos niveles de orden que la policía sola no podía garantizar. Y que mi función era procesar los casos que me mandaran a procesar y no abrir carpetas que nadie había pedido que abriera.

—¿Y si abría una que nadie había pedido? —preguntó Osei-Bonsu.

—La primera vez, una llamada. La segunda vez, algo más concreto.

—¿Como qué?

—Dependía del caso. Una obstrucción en el juzgado. Una filtración a la prensa sobre algo de tu pasado, real o fabricado. Una amenaza a alguien cercano. —Hizo una pausa—. A mí me pasó la segunda.

—¿Qué fue?

—Mi hijo mayor trabajaba en una constructora. De un día para otro el contrato que tenían con el gobierno del estado se canceló sin explicación. Trabajaban cien personas en ese proyecto. —Gerardo miró su plato—. Lo entendí.

—¿Y qué hizo?

—Lo que me pidieron que hiciera. Durante cuatro años. —Otra pausa—. Luego cambió el gobernador y el nuevo traía su propia gente y su propio acuerdo con otra organización. Y el acuerdo nuevo implicaba procesar algunos casos

de la organización anterior para demostrar que había un cambio. Me pidieron que construyera casos contra personas específicas. No me importaba si eran culpables o no. Solo importaba el resultado.

—¿Los construyó? —preguntó Moreau.

Gerardo los miró.

—Renuncié —dijo—. Que es la respuesta que les da la medida de hasta dónde llegué y hasta dónde no llegué.

Hubo un silencio.

—¿Cuántas personas en esa fiscalía hacían lo mismo que usted durante los primeros cuatro años? —preguntó Osei-Bonsu.

—Todos los que duraban más de seis meses.

—¿Y los que no aceptaban?

—Algunos renunciaban como yo. Antes. Otros encontraban razones para quedarse que con el tiempo dejaban de parecerles razones y empezaban a parecerles normalidad. Y algunos tenían accidentes.

—¿Accidentes?

—Dos fiscales en mi estado en diez años. Uno murió en un accidente de tráfico que nunca se investigó completamente. El otro sobrevivió un ataque que se clasificó como asalto. Nunca se detuvo a nadie.

Osei-Bonsu escribía sin hacer ruido, con la concentración de quien sabe que lo que está anotando va a importar más tarde.

—Gerardo —dijo Moreau—, lo que usted describe implica que el gobernador tenía conocimiento directo de la colusión.

—El gobernador no solo tenía conocimiento. Era parte del acuerdo. La organización no operaba con su tolerancia. Operaba con su participación activa en los términos del acuerdo: qué zonas eran de quién, qué tipo de actividades se permitían, qué tipo de violencia se toleraba y cuál se perseguía para mantener las apariencias.

—¿Y el proceso electoral que lo llevó al poder?

Gerardo sonrió por primera vez. Era una sonrisa sin alegría.

—El gobernador ganó con el sesenta y dos por ciento de los votos. En municipios donde la organización tenía presencia territorial, la participación electoral fue del ochenta por ciento o más. En el resto del estado, la participación promedio fue del cuarenta y tres.

—¿Cómo se explica esa diferencia?

—De la única manera que se puede explicar. En los municipios controlados por la organización, votar era una instrucción, no una decisión. Los líderes de célula sabían cuántos votos había que entregar en cada casilla. Y los entregaban.

—¿Con violencia?

—No siempre. A veces con dinero. A veces con la amenaza implícita de lo que podría pasar si los números no salían correctos. En algunos municipios había registros de personas que recibieron dinero en efectivo a cambio del voto. Esos registros existen. Están en manos de una organización civil que los documentó. —Gerardo miró a Osei-Bonsu—. Si ustedes quieren acceder a esa documentación, puedo hacer la conexión. Pero esa organización también va a querer garantías.

—¿Qué tipo de garantías?

—Que la información va a un expediente internacional y no regresa a México en ningún formato que pueda ser trazado hasta ellos.

—Esa garantía la podemos dar —dijo Osei-Bonsu.

—Entonces puedo hacer la conexión.

Moreau anotó algo en su libreta. Luego levantó la vista.

—Gerardo, ¿ese estado que usted describe es el único con este modelo o es representativo de otros?

Gerardo tomó el último taco.

—Es el modelo —dijo—. Con variaciones de grado y de organización específica, pero el modelo es el mismo en la mayoría de los estados donde hay presencia territorial consolidada del crimen organizado. La variación más importante es cuánto control tiene la organización sobre el proceso electoral y si el gobernador llegó al poder como resultado de ese control o si llegó por otros medios y luego negoció el acuerdo una vez en el cargo.

—¿Cuál es más frecuente?

—Depende del estado y del momento histórico. Hace quince años, la mayoría de los acuerdos se establecían después. En los últimos diez años, cada vez más, la organización prefiere instalar a sus candidatos directamente. Es más eficiente. Menos variables.

—¿Por qué el cambio?

—Porque aprendieron. Cuando el acuerdo se negocia después de la elección, el gobernador tiene margen de maniobra. Puede incumplir si las circunstancias cambian. Cuando la organización financia la campaña, controla el proceso y elimina la competencia, el gobernador llega sin margen. Es un deudor desde el primer día. Y los deudores son más confiables que los socios.

Moreau y Osei-Bonsu intercambiaron una mirada breve.

—Una última pregunta —dijo Osei-Bonsu—. ¿Las Fuerzas Armadas en ese estado tenían conocimiento de este acuerdo?

Gerardo la miró durante un momento que fue ligeramente más largo que los anteriores.

—El comandante de la zona militar recibía información de inteligencia sobre las actividades de la organización como parte del protocolo estándar de seguridad nacional. —Elegió cada palabra con la precisión de quien sabe

exactamente lo que está diciendo y lo que no está diciendo—. Esa información nunca resultó en una operación de captura o desarticulación de la organización durante los años que yo estuve en la fiscalía.

—¿Y eso cómo se explica?

—Hay dos explicaciones posibles —dijo Gerardo—. La primera es que la información no era suficientemente específica para fundamentar operaciones. La segunda es que había razones para no actuar sobre ella.

—¿Cuál es la correcta?

Gerardo dejó dinero sobre la mesa para los tacos.

—La información era suficientemente específica —dijo—. Yo mismo entregué parte de ella.

Se levantó. Se puso la chamarra.

—Bermúdez sabe cómo contactarme si necesitan algo más. Pero una sola reunión fue lo que acordamos.

Se fue sin mirar atrás.

Moreau y Osei-Bonsu se quedaron en la taquería otros diez minutos, no porque necesitaran estar ahí sino porque levantarse inmediatamente después de que alguien sale de ese tipo de reuniones es un error de protocolo que en otros contextos había tenido consecuencias.

—La información era suficientemente específica —repitió Osei-Bonsu en voz baja.

—Y no se actuó sobre ella.

—Lo que significa que alguien decidió no actuar.

—Lo que significa que alguien en la cadena de mando militar tomó una decisión activa de no interferir con las operaciones de la organización.

—Lo que es —dijo Osei-Bonsu— exactamente lo que necesitamos para el Capítulo XII del expediente.

Moreau cerró su libreta.

—¿Cuántos estados más necesitamos documentar con este nivel de detalle?

—Con Gerardo y con lo que ya tenemos de Bermúdez, tenemos dos casos con cadena de evidencia sólida. Para sustentar la conclusión sobre los veintidós estados necesitamos al menos cinco o seis con este nivel, y el resto con evidencia documental aunque sea menos densa en testimonio.

—¿Tiempo?

—Tres semanas más en México. Si los colectivos de madres buscadoras nos dan acceso a su documentación y si la organización civil que tiene los registros electorales acepta cooperar, podemos tenerlo.

—¿Y Ayotzinapa?

—Ayotzinapa lo tenemos bien documentado con fuentes abiertas y con los documentos de la COVAJ. Lo que me falta es alguien dentro de la cadena de

mando del 27 Batallón que confirme lo que las fechas de los reportes sugieren.

—¿Existe ese alguien?

—Existe —dijo Osei-Bonsu—. Bermúdez me pasó un nombre esta mañana. Un capitán retirado que solicitó baja voluntaria en 2016. Vive en Guadalajara. No ha hablado públicamente nunca.

—¿Por qué hablaría ahora?

Osei-Bonsu guardó su libreta.

—Porque lleva diez años cargando algo que pesa más de lo que puede cargar solo. Eso es lo que me dijo Bermúdez. —Una pausa—. Y porque tiene un hijo de veintiún años. Eso también me dijo.

Moreau entendió lo que eso significaba sin necesidad de que se lo explicaran.

—Contáctalo —dijo.

Salieron de la taquería. Afuera la tarde de Guadalajara tenía esa luz específica del occidente mexicano que hace que todo parezca más quieto de lo que es, una quietud de superficie que no dice nada sobre lo que ocurre por debajo.

Tomaron un taxi al aeropuerto. En el vuelo de regreso a la Ciudad de México, Moreau miró por la ventanilla el mapa de México que podía ver fragmentado desde el aire y pensó en las veintidós zonas sombreadas del mapa de Bermúdez. No como abstracción geopolítica sino como territorios concretos donde personas concretas vivían sus vidas cotidianas sabiendo lo que sabían sobre quién mandaba realmente y callando lo que callaban porque el precio de no callarlo era demasiado alto.

Pensó en Gerardo comiendo tacos con la parsimonia de quien ha aprendido a hacer cosas difíciles con normalidad aparente. En la información que entregó. En los dos fiscales, uno muerto en un accidente sin investigar, otro sobreviviente de un asalto sin detenidos.

Pensó en el capitán retirado de Guadalajara con su hijo de veintiún años y con algo que pesaba demasiado para seguir cargándolo solo.

Pensó que en todos los países donde había trabajado, en todos los casos donde el Estado había dejado de ser protector para convertirse en verdugo, siempre había personas así: personas que sabían, que habían estado adentro, que cargaban con el peso de lo que sabían durante años hasta que en algún punto el peso se volvía insoportable y decidían hablar.

Esas personas eran el eje sobre el que giraba cualquier investigación seria. No los documentos, no las cifras, no los informes de organizaciones civiles aunque todo eso fuera imprescindible.

Las personas que decidían, después de años de silencio, que ya era suficiente. Aterrizaron en la Ciudad de México a las nueve de la noche.

Osei-Bonsu tenía tres mensajes nuevos en el teléfono cifrado. Los leyó en el taxi de regreso al hotel. Luego se los leyó a Moreau.

—El capitán acepta —dijo—. Mañana por la mañana. En su casa. Solo nosotros dos, sin intermediarios.

—¿Condiciones?

—Las mismas que Gerardo. Sin grabadora. Solo notas. Y una condición adicional.

—¿Cuál?

—Que le digamos, antes de empezar, para qué va a servir lo que nos diga. Exactamente para qué.

Moreau asintió.

—Eso es justo —dijo.

—Sí —dijo Osei-Bonsu—. Es lo mínimo que merece alguien que lleva diez años cargando algo así.

CAPÍTULO 7

EI SEMEFO

Línea B — Consuelo

Hermosillo, Sonora — tercer año de búsqueda

La abogada se llamaba Valentina Orozco y había llegado a Sonora desde la Ciudad de México con una maleta, una laptop y la costumbre de trabajar dieciséis horas diarias que le venía de años representando a familias de desaparecidos ante organismos que no querían escuchar pero que tenían la obligación legal de hacerlo.

Llevaba tres semanas en el estado cuando llamó a Consuelo. Había llegado al nombre del colectivo Buscadoras del Desierto a través de la red de organizaciones de derechos humanos con la que trabajaba, y quería reunirse con las integrantes antes de presentar los casos ante la Comisión Interamericana.

Se encontraron en la cocina de Lola un martes por la tarde. Estaban Consuelo, Lola, Sandra, Aurelio y Graciela. Valentina llegó con su maleta de documentos y sin café porque le habían dicho que Lola hacía el mejor café de Altar y quería probarlo antes de empezar a trabajar.

—¿Es cierto? —le preguntó a Lola.

—Depende de a quién le preguntes —dijo Lola, pero lo preparó con el orgullo discreto de quien sabe que es cierto.

Bebieron. Luego Valentina abrió su laptop.

—Antes de explicarles qué puedo hacer por ustedes necesito que me expliquen ustedes qué han hecho hasta ahora. No el resumen. El detalle.

Consuelo abrió su libreta. Llevaban tres años de registros: fechas, coordenadas, números de fosas, cantidades de cuerpos, estados de los expedientes en la fiscalía, nombres de funcionarios que habían obstruido y de

los pocos que habían ayudado, las amenazas recibidas, los tiempos de respuesta de los equipos forenses.

Valentina leyó durante cuarenta minutos sin interrumpir.

Cuando terminó cerró la libreta con cuidado, como si el objeto mismo mereciera el gesto.

—¿Tienen copias de todo esto? —preguntó.

—Fotografías digitales de cada página —dijo Consuelo—. En la nube y en un disco duro externo que está en casa de Esperanza, que es mi comadre y que no forma parte del colectivo, precisamente para que si algo nos pasa a nosotras el registro siga existiendo.

Valentina las miró.

—¿Cuándo empezaron a pensar en eso?

—Cuando llegó la primera amenaza —dijo Consuelo.

—¿Cuántas han recibido en total?

—Formalmente reportadas a la fiscalía, tres. Situaciones que no reportamos porque eran más ambiguas pero que consideramos parte del mismo patrón, otras cuatro o cinco.

Valentina anotó algo.

—Bien. Lo que tienen documentado aquí es exactamente el tipo de evidencia que la CIDH necesita para admitir un caso. No es la evidencia del crimen en sí, que es la que tiene que construir la fiscalía. Es la evidencia de que el Estado no está cumpliendo con su obligación de investigar y de proteger a quienes buscan. Y esa es la base de una petición ante la Comisión.

—¿Qué implicaría eso en la práctica? —preguntó Aurelio.

—Que el Estado mexicano tendría que responder ante un organismo internacional sobre por qué no ha investigado las fosas que ustedes localizaron, por qué no ha identificado a los cuerpos en un plazo razonable, y por qué no ha protegido a los integrantes de su colectivo ante amenazas documentadas.

—¿Y si el Estado simplemente no responde o responde con evasivas?

—Eso también va al expediente. La falta de respuesta es evidencia de incumplimiento. —Valentina cerró su laptop—. No les voy a mentir. Es un proceso largo. La CIDH tarda. Los estados pueden obstruir. Pero hay algo que un expediente internacional produce que ninguna carpeta de la fiscalía local puede producir: visibilidad. Cuando un caso está ante la CIDH, los gobiernos se cuidan más. No siempre. Pero más.

—¿Ha funcionado en otros casos? —preguntó Sandra.

—En algunos. En otros no lo suficiente. Depende de cuánta presión internacional acompaña el expediente y de cuánta voluntad política hay en el Estado para evitar una condena formal.

—¿Y México?

Valentina eligió las palabras.

—México ha sido condenado por la CIDH múltiples veces en casos de desaparición forzada. La implementación de esas condenas ha sido parcial en el mejor de los casos. Pero cada condena es un documento que existe, que es público, que el Estado no puede borrar y que organizaciones como la mía pueden usar para seguir presionando.

—¿Entonces sirve de algo? —preguntó Graciela.

—Sirve —dijo Valentina—. No tanto como debería. Pero más que no hacer nada.

Era la respuesta más honesta que habían recibido de alguien con autoridad institucional en tres años de búsqueda. Por eso nadie dijo nada durante un momento. Porque la honestidad, cuando llega de un lugar inesperado, necesita su espacio.

—Una cosa más —dijo Valentina—. Para que el expediente sea lo más sólido posible, necesito que vayamos juntas al SEMEFO de Hermosillo. Quiero ver las condiciones en que están los cuerpos que ustedes han localizado. No como testigo sentimental. Como documentación técnica para el expediente.

—¿Cuándo? —preguntó Lola.

—Esta semana si es posible.

Fueron el jueves siguiente. Consuelo, Lola y Valentina. Las otras prefirieron no ir, que era una decisión que nadie cuestionaba porque cada quien sabía cuánto podía cargar en un día determinado sin que eso dijera nada sobre su compromiso con la búsqueda.

El Servicio Médico Forense de Hermosillo estaba en un edificio de concreto gris en las afueras de la ciudad que desde afuera no decía nada sobre lo que contenía, que era precisamente la función que cumplía. Entraron con los documentos de Valentina y con el registro de los expedientes del colectivo.

Los recibió el director técnico, un hombre de unos cuarenta y cinco años llamado doctor Reyes que tenía el aspecto de alguien que lleva demasiado tiempo en un lugar donde los recursos son insuficientes para la tarea que se le pide y que ha encontrado en el profesionalismo extremo la única manera de seguir funcionando.

—¿Qué quieren ver exactamente? —preguntó.

—Las condiciones de almacenamiento —dijo Valentina—. El estado de los expedientes de identificación de los cuerpos localizados por el colectivo. Y los tiempos promedio entre el ingreso de un cuerpo y el inicio del proceso de identificación.

El doctor Reyes las miró un momento. Luego dijo:

—Bien. Pero quiero que sepan lo que van a ver antes de ver. No para protegerlas. Para que tengan contexto.

—Adelante —dijo Valentina.

—Este SEMEFO tiene capacidad instalada para 120 cuerpos. Tenemos 247 en este momento. El 60 por ciento de los que exceden la capacidad están en contenedores refrigerados que rentamos porque no tenemos otra opción. Esos contratos se pagan con presupuesto de emergencia que la Secretaría de Salud aprueba con retraso de tres a cuatro meses. Hay meses en que los pagos se atrasan y los contenedores operan por cortesía del proveedor. —Una pausa—. El sistema informático de registro lleva sin actualizarse de manera consistente desde 2023 porque el servidor necesita mantenimiento y no hay presupuesto aprobado. Los expedientes de los últimos dieciocho meses están en papel.

Consuelo anotaba todo en su libreta.

—¿Cuántos cuerpos han ingresado en el último año? —preguntó Valentina.

—247 que están aquí más los que se enviaron a fosa común porque el tiempo de conservación máximo se agotó. 89 en fosa común en 2025.

—¿Identificados antes de la fosa común?

—Cuatro.

Valentina no cambió de expresión pero escribió el número con una presión sobre el papel que era visible.

—¿Cuántos de los 247 en almacenamiento tienen proceso de identificación activo?

—Activo en el sentido de que hay un perfil genético procesado o en proceso: 61.

—¿Y los otros 186?

—Están en espera. El laboratorio de genética tiene capacidad para procesar 40 muestras mensuales. Con el volumen actual, el tiempo de espera para iniciar el proceso de un cuerpo nuevo es de entre cuatro y siete meses desde el ingreso.

Lola había estado en silencio durante toda la conversación. Entonces habló.

—Doctor Reyes, de los cuerpos localizados por nuestro colectivo en los últimos tres años, 47 ingresaron a este SEMEFO. ¿Puede decirme cuántos tienen perfil genético procesado?

El doctor Reyes buscó en un archivo físico en papel. Tardó varios minutos.

—Dieciocho —dijo finalmente.

—¿Y los otros 29?

—En espera.

—¿Desde cuándo el más antiguo?

Otra búsqueda en el archivo.

—Veintidós meses.

Lola asintió despacio.

—Veintidós meses —repitió—. Casi dos años. Esa familia lleva casi dos años sin saber si el cuerpo que encontramos era su familiar porque el laboratorio no ha procesado la muestra.

—Lo sé —dijo el doctor Reyes, y en su voz había algo que no era disculpa sino algo más parecido al reconocimiento de una deuda que no puede pagarse con lo que tiene disponible—. No es por falta de voluntad. Es por falta de todo lo demás.

—¿Qué necesitaría para procesar los 186 pendientes en un plazo razonable? —preguntó Valentina.

—Tres técnicos adicionales, un laboratorio con el doble de capacidad actual, y presupuesto para reactivos que no dependa de aprobaciones trimestrales. —El doctor Reyes las miró—. Lo he solicitado cuatro veces en dos años. Con documentación completa, con proyecciones de costo, con argumentación técnica y jurídica. Las cuatro solicitudes están en la Secretaría de Salud estatal. En las cuatro, la respuesta fue que se tomaría en cuenta en el siguiente ciclo presupuestal.

—¿Y en el siguiente ciclo? —preguntó Consuelo.

—En el siguiente ciclo, lo mismo.

Valentina anotó los números de las solicitudes.

—¿Puede darme copia de esas cuatro solicitudes y de las respuestas oficiales? —preguntó.

—Puedo.

—Ese va a ser uno de los documentos más importantes del expediente —dijo Valentina—. No porque pruebe el crimen. Prueba el abandono institucional sistemático. Que el Estado sabía lo que necesitaba para cumplir con su obligación y decidió repetidamente no proporcionarlo.

El doctor Reyes las llevó a ver las instalaciones. Primero las cámaras de refrigeración propias, llenas más allá de su capacidad con un orden que era el orden desesperado de quien organiza lo que puede con lo que tiene. Luego los contenedores exteriores, cuatro de ellos, alineados en el patio trasero del edificio con sus logos de empresa de refrigeración y sus candados y su presencia pragmática y terrible al mismo tiempo.

Consuelo fotografió todo. Anotó todo. La temperatura de cada cámara, el estado visible de las instalaciones, la cantidad de personal presente, las condiciones de los expedientes en papel apilados en una oficina lateral.

En una de las cámaras, en un anaquel a la altura de los ojos, había una bolsa de plástico con una etiqueta escrita a mano con marcador negro. La etiqueta decía: *Desconocido masculino — fosa Santa Ana Km 14 — ingreso 03/2024.*

Marzo de 2024.

Dieciséis meses antes.

Consuelo miró la bolsa. Pensó en la familia de ese hombre, si tenía familia que lo buscara, si había alguien que llevara dieciséis meses sin saber que lo que buscaba estaba en esa bolsa de plástico con una etiqueta escrita a mano.

Pensó en Rodrigo.

Salieron al patio exterior. El sol de Sonora caía sobre los contenedores con una indiferencia que era simplemente la indiferencia del sol, sin ningún significado más allá de la física, pero que en ese contexto era difícil de interpretar como cualquier otra cosa.

Lola se encendió un cigarro. No fumaba nunca. Consuelo lo notó pero no dijo nada.

—¿Cuánto tiempo llevas sin fumar? —preguntó Valentina.

—Once años —dijo Lola—. Pero hay días.

Fumó en silencio mirando los contenedores.

—Doctor Reyes —dijo Consuelo—, una pregunta personal. ¿Cómo hace para seguir viniendo aquí todos los días?

El doctor Reyes pensó la respuesta con genuinidad.

—Porque si yo no vengo, nadie viene. Y si nadie viene, esas 247 personas siguen siendo nadie para siempre. —Una pausa—. No es heroísmo. Es que la alternativa es peor.

Valentina cerró su libreta.

—Doctor, ¿estaría dispuesto a proporcionar un testimonio técnico para el expediente de la CIDH? Sobre las condiciones del SEMEFO, las solicitudes denegadas, los tiempos de procesamiento.

El doctor Reyes no dudó.

—Sí. Con mucho gusto. —Y luego, con una sencillez que tenía el peso de algo que lleva tiempo esperando ser dicho ante alguien que pueda escucharlo—: Alguien tiene que decirlo donde se pueda escuchar. Yo lo he dicho aquí adentro hasta quedarme sin voz. Ya es hora de decirlo afuera.

De regreso a Altar, en el auto de Valentina, las tres mujeres guardaron silencio durante los primeros veinte kilómetros de carretera.

Lo rompió Lola.

—Veintidós meses el más antiguo sin procesar —dijo.

—Sí —dijo Valentina.

—¿Y cuántos casos así hay en todo el país?

—72 mil cuerpos sin identificar bajo custodia del Estado —dijo Valentina—. Con distintos grados de avance en el proceso, pero 72 mil. Muchos con tiempos de espera similares o mayores.

Otro silencio.

—¿Y el gobierno dice qué sobre eso? —preguntó Consuelo.

—El gobierno dice que está trabajando en fortalecer el sistema forense nacional. Que hay avances. Que se están asignando recursos. —Valentina mantuvo la vista en la carretera—. Lo dice en conferencias de prensa y en informes oficiales con las mismas palabras desde hace años.

—¿Y los recursos llegan?

—Cuatro solicitudes del doctor Reyes sin respuesta en dos años —dijo Valentina—. Eso es lo que llega.

Consuelo miró por la ventana el desierto de Sonora pasando a ciento diez kilómetros por hora. Tierra seca y mezquites y el horizonte plano que en ese estado siempre parece más lejos de lo que realmente está.

Pensó en la bolsa de plástico con la etiqueta escrita a mano.

Desconocido masculino — fosa Santa Ana Km 14 — ingreso 03/2024.

Pensó que ese hombre tenía un nombre. Que ese nombre estaba en algún lugar, en la memoria de alguien, en una foto guardada en un cajón, en una libreta como la suya donde alguien había anotado sus características físicas con la esperanza de que algún día sirvieran para identificarlo.

Que ese nombre y esa bolsa de plástico estaban a dieciséis meses de distancia el uno del otro y que nadie en ninguna institución del Estado había cerrado esa distancia todavía.

Abrió su libreta. Anotó la etiqueta exactamente como la había leído:

Desconocido masculino — fosa Santa Ana Km 14 — ingreso 03/2024.

Debajo escribió: *Tiene nombre. Solo falta que alguien lo encuentre.*

Y debajo de eso, como siempre, con la misma letra firme de siempre:

Mañana sigo.

CAPÍTULO 8

Las elecciones del miedo

Línea A — Los investigadores

Monterrey / Chilpancingo / Villahermosa — semanas cinco y seis

El capitán retirado se llamaba Ernesto Fuentes y vivía en una casa de colonia residencial media en Guadalajara con un jardín pequeño que cuidaba con una atención que parecía desproporcionada para el tamaño del jardín hasta que uno entendía que el jardín era probablemente lo único sobre lo que ese hombre tenía control absoluto desde que dejó el Ejército.

Los recibió a las nueve de la mañana con café preparado y sin apretón de manos, no por descortesía sino por el hábito de quien ha aprendido a no establecer contacto físico con personas que no conoce hasta haber evaluado el entorno. Moreau lo notó y no lo señaló. Osei-Bonsu tampoco.

Se sentaron en la sala. Fuentes tenía unos cincuenta y tres años, espalda recta de quien no ha podido dejar del todo la postura militar aunque ya no

haya uniforme que la exija, y unos ojos que miraban con la atención de quien ha entrenado esa atención para detectar peligro y que ahora la ejerce porque ya no sabe cómo no hacerlo.

—Antes de empezar —dijo— quiero saber exactamente para qué va a servir lo que les diga.

—Para un expediente conjunto de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y el Tribunal Penal Internacional —dijo Osei-Bonsu—. El expediente documenta la colusión sistemática entre estructuras del crimen organizado y gobiernos estatales en México, y el papel de las Fuerzas Armadas en ese ecosistema. Su testimonio, si decide darlo, formaría parte de la sección sobre la cadena de mando militar en casos específicos de omisión documentada.

—¿Mi nombre aparece en el expediente?

—No sin su consentimiento explícito. Puede testificar con reserva de identidad.

—¿Y si el gobierno mexicano solicita acceso al expediente?

—No tiene derecho automático. Especialmente en una investigación donde el gobierno es sujeto de la investigación. Cualquier solicitud de acceso pasa por el proceso legal del TPI, que incluye la protección de testigos.

Fuentes bebió su café. Miró a Moreau.

—¿Usted ha hecho esto antes? ¿Hablar con alguien que estuvo adentro?

—Muchas veces —dijo Moreau—. En Colombia, en Guatemala, en El Salvador. En todos esos países hay personas que en algún momento estuvieron dentro de estructuras que hicieron cosas que no deberían haberse hecho, y que en algún momento decidieron que ya no podían seguir cargando con eso solos.

—¿Y qué les pasó a esas personas?

—A algunas, nada. A otras, cosas difíciles. Depende del nivel de exposición, de la voluntad del Estado de protegerlas y de si la información que proporcionaron fue suficientemente importante para que alguien tuviera interés en silenciarla.

—Una respuesta honesta —dijo Fuentes.

—Es la única que tengo disponible.

Fuentes dejó la taza sobre la mesa.

—La noche del 26 de septiembre de 2014 —dijo, y con esa frase comenzó sin más preámbulo, como alguien que ha ensayado el inicio durante tanto tiempo que ya no necesita calentamiento—, yo era capitán del 27 Batallón de Infantería en Iguala, Guerrero. Tenía mando sobre una sección de treinta y dos elementos. Estábamos desplegados en la ciudad como parte del operativo de seguridad rutinario.

Moreau y Osei-Bonsu no interrumpieron.

—Esa noche, desde aproximadamente las nueve de la noche, el Centro Regional de Fusión de Inteligencia que operaba en nuestras instalaciones

estaba monitoreando comunicaciones de Guerreros Unidos. Yo no tenía acceso directo a ese centro. Era de inteligencia, no de operaciones. Pero supe lo que estaban escuchando porque el teniente que coordinaba con el CRFI me informó a las diez y cuarto de la noche que había actividad inusual en las comunicaciones del grupo criminal relacionada con estudiantes.

—¿Qué tipo de actividad? —preguntó Osei-Bonsu.

—Comunicaciones que indicaban que un grupo de personas estaba siendo trasladado. Con referencias a ubicaciones específicas en las afueras de Iguala. Con un tono que no era el tono de un operativo de rutina.

—¿Qué hizo usted con esa información?

—Lo que correspondía hacer. La reporté a mi superior inmediato, el mayor Castellanos, y solicité instrucciones sobre si debíamos desplegar unidades hacia las ubicaciones mencionadas.

—¿Y qué le respondió el mayor?

Fuentes miró sus manos un momento.

—Me dijo que esperara. Que la situación estaba siendo monitoreada. Que no me moviera sin orden directa.

—¿Le dio alguna explicación adicional?

—No. Y yo no la pedí, que es algo con lo que llevo diez años. —Una pausa—. En el Ejército no se piden explicaciones a los superiores. Se cumple la orden. Esperé.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta las dos y media de la mañana del 27. Cuando llegaron las primeras informaciones de que había heridos y muertos en distintos puntos de la ciudad. Para entonces ya era demasiado tarde para cualquier cosa que pudiéramos haber hecho.

Osei-Bonsu escribía con concentración absoluta.

—¿El mayor Castellanos recibió información adicional entre las diez quince de la noche y las dos y media de la mañana que usted no recibió?

—Sí. El CRFI siguió monitoreando durante esas horas. El mayor estuvo en contacto con el centro durante toda la noche.

—¿Sabe qué decían esas comunicaciones?

—No con detalle. Pero en los días siguientes, cuando empezó a circular internamente lo que el CRFI había registrado esa noche, entendí que el monitoreo había sido continuo. Que en algún momento las comunicaciones dejaban claro que los estudiantes estaban siendo entregados a un grupo que iba a hacer con ellos lo que terminó haciéndose. —Fuentes no completó la frase. No necesitaba completarla.

—¿Y el mayor Castellanos no dio ninguna orden de intervención durante esas horas? —preguntó Moreau.

—Ninguna.

—¿Usted habló con él después sobre esa decisión?

—Una vez. Aproximadamente dos semanas después. Le pregunté por qué no habíamos intervenido cuando la información lo justificaba.

—¿Qué le respondió?

—Que las órdenes venían de arriba. Que la situación requería coordinación con otras instancias. Que mi trabajo era cumplir lo que me decían.

—¿Le mencionó qué instancias?

—No.

—¿Usted tiene alguna hipótesis sobre cuáles eran esas instancias?

Fuentes la miró directamente.

—No tengo hipótesis. Tengo lo que observé. —Una pausa—. Lo que observé es que el mayor Castellanos recibió una llamada a las once y veinte de la noche. La llamada duró cuatro minutos. Después de esa llamada, su postura cambió. Antes de la llamada daba la impresión de estar evaluando opciones. Después de la llamada, ya no.

—¿Sabe de quién era la llamada?

—No. Pero en la cadena de mando de esa noche, las personas con autoridad para darle instrucciones al mayor Castellanos sobre una situación de esa magnitud no eran muchas.

El silencio que siguió fue el tipo de silencio que produce una información que no es sorprendente pero que al ser dicha en voz alta por alguien que estuvo presente adquiere un peso diferente al de los documentos.

—¿Por qué renunció dos años después? —preguntó Osei-Bonsu.

—Porque cuando empezaron las investigaciones formales sobre Ayotzinapa, me convocaron a una reunión donde se nos explicó cuál debía ser nuestra versión de los hechos de esa noche. No me pidieron que mintiera sobre algo que no sabía. Me pidieron que omitiera selectivamente lo que sí sabía.

—¿Y usted?

—Firmé los documentos que me pusieron enfrente. —La voz de Fuentes no cambió de tono pero algo detrás de ella sí—. Llevo diez años cargando eso. No solo lo que no hicimos esa noche. También lo que hice después.

—¿Está dispuesto a incluir eso en su testimonio? —preguntó Moreau—. Incluyendo que firmó documentos con omisiones deliberadas.

Fuentes miró a Moreau durante un momento.

—Para eso estoy aquí —dijo.

Siguieron tres horas más. Fuentes describió con precisión de memoria entrenada los eventos de esa noche y los meses posteriores: las reuniones donde se estableció la versión oficial, los documentos que se prepararon y los que se ocultaron, los nombres de los mandos que dieron instrucciones sobre cómo manejar las investigaciones, los mecanismos por los que la información del CRFI fue parcialmente entregada a la COVAJ y parcialmente retenida.

A las doce y media, cuando Moreau estimó que habían llegado al límite de lo que Fuentes podía dar en una sola sesión, cerró la libreta.

—Gracias —dijo—. Lo que nos ha dicho hoy es de una importancia que no puede subestimarse.

—¿De verdad va a servir de algo? —preguntó Fuentes. No con escepticismo. Con la necesidad de quien ha estado cargando algo durante diez años y que necesita creer que el peso tuvo algún sentido.

—Va a servir —dijo Osei-Bonsu—. No puedo prometerle que va a producir consecuencias inmediatas. Los procesos internacionales son lentos y los Estados tienen mecanismos para resistirlos. Pero lo que usted nos ha dicho hoy va a estar en un expediente formal ante el Tribunal Penal Internacional. Eso no desaparece. No puede archivarse como una carpeta en una fiscalía local. Existe y seguirá existiendo hasta que produzca las consecuencias que debe producir.

Fuentes asintió. Lo asintió con la lentitud de quien decide creer algo porque la alternativa es seguir cargando solo.

—Mi hijo tiene veintiún años —dijo.

—Lo sé —dijo Osei-Bonsu.

—Cuando era chico me preguntaba por qué me gustaba tanto el Ejército. Le decía que porque el Ejército protege a la gente. —Fuentes miró el jardín por la ventana—. Ya no le digo eso.

Salieron a las doce cuarenta. En el taxi de regreso al aeropuerto, Moreau y Osei-Bonsu guardaron silencio durante varios minutos. Era el silencio que sigue a una conversación que ha dejado algo instalado de manera permanente.

—La llamada de las once veinte —dijo Osei-Bonsu finalmente.

—Cuatro minutos —dijo Moreau—. Y después de esa llamada el mayor ya no evaluaba opciones.

—Necesitamos el registro de esa llamada. Si está en los documentos del CRFI que la SEDENA retuvo de la COVAJ, está ahí.

—¿Cómo accedemos a los documentos retenidos?

—No podemos acceder directamente. Pero podemos documentar que existen y que fueron retenidos, que ya está probado por las investigaciones de la FGR. Y podemos solicitar formalmente al TPI que requiera su entrega al Estado mexicano.

—¿Tiene el TPI autoridad para hacer eso?

—Tiene autoridad para solicitarlo. El Estado mexicano tiene la obligación de responder. Si no responde o responde de manera incompleta, eso también es evidencia.

Moreau miró por la ventana del taxi el tráfico de Guadalajara.

—¿Cuántos más como Fuentes crees que hay?

—¿Personas que estuvieron adentro y que cargan con eso?

—Sí.

Osei-Bonsu pensó.

—Muchos. En el Ejército, en las fiscalías, en los gobiernos estatales. Personas que en algún punto de su carrera tuvieron que elegir entre cumplir órdenes que no debían cumplirse y las consecuencias de no cumplirlas. Y que eligieron cumplirlas porque era lo que podían hacer en ese momento. —Una pausa—. El problema no es encontrarlos. El problema es que la mayoría nunca va a tener un Bermúdez que los contacte y dos investigadores internacionales que les ofrezcan un expediente del TPI como razón para hablar. La mayoría va a seguir cargando eso sola hasta que se muera o hasta que ya no pueda más.

—¿Y los que ya no pueden más?

—Algunos hablan. Pocos, pero algunos. —Osei-Bonsu miró también por la ventana—. Y cuando hablan, lo que dicen tiene el peso específico de quien lo vivió. No el peso de la evidencia documental, que también importa. El peso de alguien que estuvo en la sala cuando ocurrió lo que ocurrió y que puede decir: yo estaba ahí, esto fue lo que pasó, y esto es lo que no hicimos cuando deberíamos haberlo hecho.

El taxi llegó al aeropuerto.

Esa tarde volaron a Monterrey. Tenían dos reuniones al día siguiente: un periodista de investigación que cubría el noreste bajo seudónimo y que había documentado durante cuatro años el proceso de captura electoral en Tamaulipas y Nuevo León, y un académico de la Universidad Autónoma de Nuevo León que había construido una base de datos de incidentes de violencia electoral en quince estados desde 2018.

En el hotel, antes de dormir, Osei-Bonsu escribió en su diario de campo la frase que Fuentes había dicho sobre su hijo:

"Cuando era chico me preguntaba por qué me gustaba tanto el Ejército. Le decía que porque el Ejército protege a la gente."

Debajo anotó: *Ya no le dice eso. Eso también va al expediente. No como dato. Como contexto de lo que la colusión produce en las personas que estuvieron adentro y que tienen que seguir viviendo con eso.*

Moreau leyó la entrada por encima de su hombro.

—¿Lo pones en el expediente formal? —preguntó.

—En el preámbulo del Capítulo XII —dijo Osei-Bonsu—. Donde explicamos por qué la conclusión sobre las Fuerzas Armadas no es un ataque a la institución sino a los mandos que la traicionaron. —Cerró el diario—. Fuentes no es el problema. Fuentes es la evidencia de que el problema existe y de lo que le hace a las personas que están adentro cuando no tienen otra opción que mirarlo.

Moreau apagó su laptop.

—Mañana temprano —dijo.

—Mañana temprano —confirmó Osei-Bonsu.

Afuera, Monterrey brillaba con esa energía industrial específica de las ciudades del norte de México que no para nunca, que produce y construye y comercia con una intensidad que desde cierto ángulo parece invulnerable y que desde otro ángulo, el ángulo desde el que Moreau y Osei-Bonsu miraban las ciudades después de semanas de expediente, revela exactamente lo que cuesta mantener esa energía en un territorio donde el control del espacio público se disputa entre el Estado y las estructuras que el Estado ha decidido, en demasiados casos, no combatir.

CAPÍTULO 9

Rodrigo

Línea B — Consuelo

Sonora — cuarto año de búsqueda

El martes de octubre en que encontraron la fosa número cuarenta y ocho del colectivo, Consuelo se había despertado con una inquietud que no sabía nombrar.

No era presentimiento. Consuelo no creía en los presentimientos porque los presentimientos, si uno les hace caso, detienen la búsqueda, y la búsqueda no puede detenerse. Era algo más parecido a una tensión difusa en el cuerpo, del tipo que producen cuatro años de carga acumulada que no tiene otro lugar donde ir.

Se lo dijo a Lola mientras cargaban las mochilas en la camioneta.

—¿Dormiste? —preguntó Lola.

—Tres horas.

—¿Comiste?

—Un café.

Lola la miró con la expresión de quien lleva cuatro años viendo a esta mujer funcionar con menos de lo que cualquier persona debería poder funcionar y que ha aprendido que señalarlo no sirve de nada pero que tampoco puede dejar de señalarlo.

—Hoy puede ser un día largo —dijo.

—Todos los días son largos —dijo Consuelo.

Subieron a la camioneta. Iban ocho: Consuelo, Lola, Aurelio, Sandra, Graciela, Patricia y dos integrantes nuevas que se habían unido ese año, Rocío y Fernanda. El predio estaba a veintiocho kilómetros del municipio, marcado en el GPS por un dato que había llegado al grupo tres días antes a través de un canal que usaban para recibir información anónima de personas que sabían cosas y que no podían decirlas con su nombre.

El dato era específico. Demasiado específico para ignorarlo.

Llegaron al predio a las nueve de la mañana. Era un terreno plano con vegetación baja, el tipo de lugar donde la tierra cuenta lo que guarda solo si uno sabe leerla. Consuelo y Lola hicieron la primera lectura del terreno antes de que nadie sondeara: caminaron el perímetro, identificaron las zonas donde la superficie mostraba hundimientos diferenciales, marcaron con estacas los puntos de interés.

Había tres zonas. La primera, al norte del predio, con un hundimiento de aproximadamente dos metros de largo por uno de ancho. La segunda, más al centro, más amplia. La tercera, al sur, más pequeña.

Empezaron por el norte.

El sondeo confirmó cavidad en cuatro de los cinco puntos explorados. Llamaron a la fiscalía. Les dijeron que enviarían equipo.

Mientras esperaban, el grupo hizo lo que siempre hacía mientras esperaba: documentar, hidratarse, hablar de cosas que no tuvieran nada que ver con lo que estaban haciendo. Era una estrategia de supervivencia aprendida: el cerebro necesita pausas aunque el cuerpo siga en el lugar.

Sandra le contó a Rocío, que era nueva, que había que cambiar el filtro del agua de su casa. Aurelio llamó a su hija para preguntarle cómo había salido el examen de matemáticas. Graciela sacó unos sándwiches que nadie había pedido pero que todos terminaron comiendo porque era el mediodía y nadie había pensado en desayunar correctamente.

Consuelo comió medio sándwich y siguió revisando sus notas de la jornada.

El equipo forense llegó dos horas después. Era la licenciada Torres, la misma que había trabajado con ellas meses atrás. Eso siempre era buena señal.

—¿Tres zonas? —preguntó mirando las estacas.

—Sí —dijo Lola—. Empezamos por la norte. Los sondeos indican cavidades en cuatro puntos.

—¿Tiempo de la inhumación estimado?

—No lo sabemos. La vegetación encima ha crecido. No es reciente.

La licenciada Torres inició el trabajo con su equipo. Consuelo y el grupo se retiraron los diez metros de costumbre y esperaron.

La excavación de la primera zona tardó una hora y cuarenta minutos.

Dos cuerpos. Adultos. Estado de conservación que indicaba varios años de inhumación.

La segunda zona: cuatro cuerpos. Tres adultos, uno joven. El técnico que hacía la estimación inicial dijo que el joven podría tener entre diecinueve y veintitrés años.

Consuelo anotó en su libreta sin detenerse a pensar en ese número. Lo había anotado muchas veces. Diecinueve, veinte, veintiuno. La edad de Rodrigo al desaparecer. La edad que tendrían los hijos de la mayoría de las integrantes del colectivo. Era un número que aparecía demasiado seguido en las

estimaciones forenses porque era la edad a la que el país más perdía a sus jóvenes.

Lo anotó y siguió.

La tercera zona, al sur del predio. La más pequeña. Un área de hundimiento de aproximadamente metro y medio por un metro.

La licenciada Torres la trabajó ella misma, sin delegarlo a su equipo, que era algo que Consuelo había aprendido a leer como señal de que el perito intuía algo que prefería manejar con sus propias manos.

Tardó cuarenta minutos.

Luego se levantó y se acercó al grupo.

Fue directamente hacia donde estaba Consuelo.

Consuelo lo notó. Notó que caminaba hacia ella específicamente y no hacia Lola, que solía ser el punto de interlocución del colectivo con los peritos. Lo notó y algo en su cuerpo lo registró antes de que ningún pensamiento consciente pudiera nombrarlo.

La licenciada Torres llegó hasta ella.

—Señora Rivas —dijo en voz baja—. Necesito mostrarle algo antes de registrarlo formalmente.

El grupo se quedó adonde estaba. Lola dio un paso hacia adelante pero Consuelo levantó la mano levemente y Lola se detuvo.

Consuelo siguió a la licenciada Torres hasta la tercera zona.

Había un cuerpo. Solo uno. En estado de conservación que indicaba años de inhumación. El técnico de campo estaba arrodillado junto a la excavación y sostenía en su mano enguantada, con el cuidado de quien sabe que lo que sostiene importa, un objeto.

Una cadena de acero inoxidable con una medalla.

La licenciada Torres no dijo nada.

Consuelo miró la medalla desde donde estaba. No se acercó todavía. Desde esa distancia solo podía ver que era circular y que tenía una imagen en relieve. No podía ver qué imagen.

—¿Puedo acercarme? —preguntó. Su voz sonó normal. Eso también era algo que había aprendido: mantener la voz en el registro de siempre aunque todo lo demás estuviera ocurriendo.

—Sí —dijo la licenciada Torres.

Consuelo se acercó.

La imagen en relieve era la de un hombre con un niño en brazos cruzando un río. San Cristóbal. El patrono de los viajeros.

Consuelo no dijo nada.

Abrió la mochila. Sacó la libreta. La abrió en la primera página.

En la primera página, con la letra apurada de quien escribe en una fiscalía el día después de que su hijo no volvió, estaba escrita la descripción que había dado al agente del ministerio público cuatro años atrás. Nombre, edad, ropa, características físicas. Y al final, casi como un añadido, casi como si hubiera dudado en incluirlo porque era un detalle demasiado pequeño para una descripción oficial:

Cadena de acero inoxidable con medalla de San Cristóbal. Se la regalé yo para que se proteja en el camino.

Consuelo leyó esa línea.

Luego miró la medalla en la mano enguantada del técnico.

Luego miró la línea otra vez.

La licenciada Torres esperaba sin hablar. El técnico esperaba sin moverse. El sol de octubre en Sonora seguía siendo el sol de octubre en Sonora, sin drama, sin significado adicional, sin ajustarse a nada.

Consuelo cerró la libreta.

—Es mi hijo —dijo.

Lo dijo con la misma voz de siempre. Con la misma letra que usaba para anotar coordenadas y tiempos de respuesta de la fiscalía y números de cuerpos en expedientes que el Estado archivaba sin investigar.

La licenciada Torres puso la mano sobre su brazo.

—Lo siento —dijo.

Consuelo miró el lugar donde estaba el cuerpo de su hijo.

No lloró. No entonces.

Abrió la libreta en la última página con anotaciones y escribió la fecha y la hora con la misma letra firme de siempre.

Luego escribió, debajo de la fecha y la hora, con esa misma letra que no le fallaba:

RODRIGO.

Y nada más.

Porque no había nada más que escribir que no pudiera esperar.

Lola llegó unos minutos después. No preguntó. Miró la cara de Consuelo y entendió y se quedó de pie a su lado sin decir nada, que era exactamente lo que correspondía.

Aurelio llegó después. También se quedó.

Luego Sandra. Luego Graciela. Luego Patricia. Luego Rocío y Fernanda, que no conocían la historia de Rodrigo con el detalle que la conocían las demás pero que la conocían lo suficiente.

Se quedaron todos de pie a unos metros de la tercera zona, en silencio, bajo el sol de octubre que no ajustaba su temperatura a nada.

Fue Aurelio el que habló primero. Dijo algo que no era una frase hecha ni un consuelo formulado sino simplemente la verdad tal como la entendía:

—Lo encontraste, Consuelo.

Consuelo miró el lugar donde estaba su hijo.

—Sí —dijo.

Y en esa sola sílaba estaba todo lo que no podía decirse con más palabras: los cuatro años, las cuarenta y ocho fosas, las varillas de acero en el cascajo del patio de su casa, las amenazas en el parabrisas, las visitas a una fiscalía que nunca buscó, las noches con el plato puesto frente a la silla de la ventana, la libreta con sus trescientas páginas de registro, el nombre de Rodrigo escrito en la primera y en la última.

Lo encontraste.

Sí.

La licenciada Torres inició el proceso formal de documentación del hallazgo. Habló con Consuelo en voz baja sobre los pasos siguientes: la cadena de custodia, el traslado, el proceso de identificación formal aunque la medalla fuera ya una identificación suficiente para quien la había regalado, los plazos, los documentos que habría que firmar.

Consuelo escuchó todo. Asintió en los momentos correctos. Anotó lo que había que anotar.

Porque el trabajo no terminaba. Eso también lo había aprendido en cuatro años: el trabajo de las buscadoras no termina cuando encuentran. Termina, si termina, cuando el nombre vuelve a estar completo, cuando el registro oficial reconoce lo que la libreta ya sabe, cuando la familia puede hacer el duelo con certeza.

Y en la tercera zona de ese predio a veintiocho kilómetros del municipio había todavía un cuerpo que era su hijo y que el Estado iba a tardar lo que tardara en confirmarlo formalmente, y mientras tanto ella iba a seguir siendo la misma persona que había comprado una varilla en la ferretería de don Aurelio y que había aprendido el idioma de la tierra para hacer lo que el Estado no hacía.

Solo que ahora con una certeza terrible que era menos cruel que la incertidumbre.

Eso era lo que había dicho Lola cuatro años atrás.

Ahora lo sabía de verdad.

De regreso a la camioneta, antes de subir, Consuelo se detuvo y miró el predio una vez más. El sol empezaba a bajar. Las sombras de los mezquites se alargaban hacia el oriente con esa lentitud que tienen las sombras cuando uno las mira de verdad.

Lola se puso a su lado.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Consuelo pensó en la pregunta con la honestidad de siempre.

—No lo sé todavía —dijo—. Pregúntame mañana.

Era exactamente lo que había respondido la primera vez que Sandra le había hecho esa pregunta, cuatro años atrás, después de la primera fosa.

Lola lo recordó. Sonrió de la única manera en que se puede sonreír en ese tipo de momentos: sin alegría, pero con algo genuino.

—Mañana te pregunto —dijo.

Subieron a la camioneta.

Consuelo abrió la libreta en la última página y leyó lo que había escrito.

RODRIGO.

Debajo, después de un momento, escribió algo más.

Escribió lo que siempre escribía al final de cada entrada, con la misma letra, con la misma firmeza, porque era cierto y porque seguiría siendo cierto aunque la razón que lo había iniciado todo acabara de cambiar de forma:

Mañana sigo.

Porque había otros treinta y siete sin nombre todavía en esa fosa.

Porque había doscientas mil familias en el país con una libreta parecida a la suya.

Porque el trabajo no termina cuando uno encuentra lo que buscaba.

Solo cambia de forma.

CAPÍTULO 10

El informe

Línea A — Los investigadores

Ciudad de México — últimos días de la misión

El primer aviso de la Cancillería llegó un martes por la mañana en forma de correo electrónico dirigido a los dos investigadores con copia al representante diplomático de México ante la OEA. El lenguaje era el lenguaje de la diplomacia que sabe exactamente lo que está diciendo sin decirlo nunca de manera que pueda citarse: expresaba la esperanza del gobierno mexicano de que las conclusiones del informe reflejaran la complejidad del contexto nacional, la voluntad institucional de cooperación, y el principio de soberanía como marco de cualquier observación externa.

Moreau leyó el correo dos veces. Luego se lo reenvió a Osei-Bonsu con una sola línea de comentario: *¿Acotamos?*

La respuesta llegó en treinta segundos: *No.*

El segundo aviso llegó el jueves, esta vez por teléfono. Era el subdirector de la Cancillería para asuntos multilaterales, un hombre con voz de reunión de trabajo que había perfeccionado el arte de comunicar presión sin ejercerla

explícitamente. Le dijo a Moreau que el gobierno apreciaba el esfuerzo investigativo pero que había ciertos señalamientos en el borrador preliminar que, si se incluían sin matizar, podrían dificultar el diálogo constructivo que ambas partes buscaban.

—¿Qué señalamientos específicamente? —preguntó Moreau.

—Las referencias a veintidós entidades federativas. Ese número puede interpretarse de manera que no refleje la realidad institucional del país.

—¿Cómo propone que se interprete?

Una pausa.

—Con más contexto. Con reconocimiento de los avances en materia de seguridad y procuración de justicia.

—Los avances están documentados donde existen —dijo Moreau—. El informe no omite lo que funciona. Documenta lo que no funciona con la misma precisión.

—Entiendo su posición. Solo quería comunicarle la perspectiva del gobierno.

—Queda comunicada —dijo Moreau—. Gracias por llamar.

Colgó.

Osei-Bonsu estaba sentada frente a su laptop en la mesa del cuarto de Moreau, que se había convertido en la sala de operaciones informal de la misión porque tenía más espacio y porque ninguno de los dos había desempacado realmente en el suyo. Levantó la vista.

—¿Qué quieren?

—Que acotemos. Que el número de estados sea menos específico. Que incluyamos contexto sobre los avances.

—¿Y qué les dijiste?

—Que los avances están donde están y que los problemas también.

Osei-Bonsu asintió y volvió a la pantalla.

Llevaban seis días redactando el informe en esa habitación con las cortinas parcialmente cerradas y las laptops conectadas a la VPN de la CIDH. Habían establecido un ritmo que nadie había propuesto formalmente pero que se había instalado solo: Moreau redactaba los capítulos de análisis jurídico y contexto institucional, Osei-Bonsu redactaba los capítulos de evidencia testimonial y documental, y por las noches revisaban juntos lo que el otro había escrito con la franqueza de quien no tiene tiempo para cortesías que no sirvan al expediente.

La estructura del informe era la que habían acordado desde el inicio: ciento cuarenta y siete páginas más el capítulo sobre las Fuerzas Armadas que Osei-Bonsu había insistido en separar del cuerpo principal para que su peso no diluyera el resto.

Esa noche, mientras Moreau revisaba la sección sobre el colapso forense, Osei-Bonsu abrió el documento del capítulo XII y leyó en voz alta el párrafo que llevaba dos días intentando escribir correctamente.

—Escucha esto —dijo—. *"Las Fuerzas Armadas mexicanas han sido desplegadas durante ocho años con poderes sin precedente histórico y sin mecanismos efectivos de supervisión civil independiente. El resultado documentado no es la reducción del crimen organizado sino su consolidación territorial en al menos veintidós entidades federativas. La presente investigación no concluye que la totalidad de las fuerzas armadas haya operado en colusión con estructuras criminales. Concluye que la evidencia disponible es consistente con la existencia de sectores significativos de la cadena de mando que operaron, en distintos niveles y regiones del país, en relación de tolerancia activa, protección selectiva o colusión directa con las estructuras criminales que oficialmente combatían. Esta conclusión no desconoce el sacrificio de los trescientos dieciocho elementos caídos en combate entre dos mil dieciocho y dos mil veinticuatro. Reconoce, precisamente por ese sacrificio, que la tropa y los mandos que sirvieron y sirven con honor merecen una institución que no los traicione desde arriba."*

—Levantó la vista — ¿Demasiado?

Moreau lo pensó.

—No. Pero el párrafo final sobre los caídos en combate necesita ir primero, no al final. Si empieza reconociendo el sacrificio, lo que sigue es más difícil de ignorar como ataque a la institución.

Osei-Bonsu releyó el párrafo.

—Tienes razón. —Ajustó el orden—. Así.

Moreau leyó la versión nueva.

—Mejor —dijo—. Mucho mejor.

El tercer aviso llegó el viernes por la mañana. No fue por correo ni por teléfono. Fue Bermúdez, que los llamó a las siete de la mañana con una voz que tenía la tensión específica de quien tiene información que preferiría no tener.

—Alguien en la Cancillería filtró que están en la ciudad y que el informe es más grave de lo que el gobierno esperaba —dijo—. No sé a quién específicamente. Pero hay movimiento.

—¿Qué tipo de movimiento? —preguntó Moreau.

—Por ahora solo conversaciones. Gente buscando saber qué tan graves son los señalamientos, si hay nombres, si hay personas específicas que puedan ser imputadas.

—¿Hay riesgo directo?

—No creo que lleguen a tanto con dos investigadores internacionales. El costo político sería demasiado alto. Pero les recomendaría acelerar y salir antes de lo planeado.

—¿Cuánto antes?

—Lo antes posible.

Moreau colgó y le transmitió la conversación a Osei-Bonsu.

—¿Aceleramos? —preguntó ella.

—¿Falta algo crítico?

Osei-Bonsu pensó.

—El testimonio de la organización civil de Sonora con los registros electorales. Bermúdez dijo que podía conectarnos pero todavía no ha dado fecha.

—¿Podemos recibirlo de manera remota después de salir del país?

—Con protocolo de seguridad adecuado, sí. No es lo ideal pero es suficiente para el expediente.

—Entonces terminamos el borrador hoy y mañana. Salimos el domingo.

—De acuerdo.

Trabajaron dieciséis horas ese viernes. Moreau terminó los capítulos de análisis jurídico mientras Osei-Bonsu completaba la sección de testimonios y la documentación del caso Ayotzinapa con el material de Fuentes integrado. A las dos de la mañana del sábado tenían ciento cuarenta y tres páginas completas y cuatro pendientes en el capítulo XII.

Osei-Bonsu salió al balcón con su café. Moreau salió también. Abajo la Ciudad de México seguía viva con sus millones de luces y su tráfico nocturno que nunca terminaba del todo.

—¿Cuántas investigaciones has hecho como esta? —preguntó Osei-Bonsu.

—En este nivel de complejidad, cuatro. Colombia en dos mil nueve, Guatemala en dos mil catorce, Honduras en dos mil dieciséis y esta.

—¿Cuál fue la más difícil?

Moreau pensó.

—Guatemala. No por las evidencias. Por la escala de lo que había ocurrido y por el tiempo que llevaba ocurriendo sin que nadie con suficiente autoridad lo nombrara como lo que era.

—¿Y esta?

—Esta es diferente. En Guatemala, lo que documentamos era historia reciente pero ya era historia. Había distancia. Aquí todo está ocurriendo mientras escribimos. Los cuerpos siguen entrando al SEMEFO. Las fosas siguen abriéndose. Las madres siguen saliendo con varillas. —Moreau miró la ciudad—. No hay distancia. Todo está pasando ahora mismo ahí abajo.

—¿Eso lo hace más difícil o más urgente?

—Las dos cosas. Y cuando las dos cosas coexisten, a veces es difícil mantener la objetividad que requiere el expediente.

—¿La has mantenido?

—He mantenido la precisión —dijo Moreau—. No sé si eso es lo mismo que la objetividad.

Osei-Bonsu asintió.

—Para mí tampoco lo es —dijo—. Pero la precisión es lo que sirve. La objetividad perfecta en un expediente sobre crímenes de esta magnitud es una ficción que le hace más bien a quien los cometió que a quienes los sufrieron.

Moreau tomó su café.

—¿Cuándo crees que va a producir consecuencias reales? El informe.

—¿Consecuencias en qué sentido?

—Que alguien sea procesado. Que algo cambie de manera estructural.

Osei-Bonsu tardó en responder.

—Los procesos del TPI tardan años. Las investigaciones preliminares pueden durar décadas. Y los Estados tienen mecanismos para resistir que son más sofisticados que la resistencia simple. —Una pausa—. Pero hay algo que el informe va a producir de manera inmediata.

—¿Qué?

—Que ya no se puede decir que no se sabía. Cuando el informe es público, el gobierno mexicano, los gobiernos de los veintidós estados, la cadena de mando militar, todos ellos quedan en el registro internacional como sujetos de una investigación formal del TPI y la CIDH. Eso no los procesa. Pero los marca. Y las marcas en los registros internacionales tienen una vida más larga que los gobiernos que las reciben.

Moreau terminó su café.

—Suficiente razón para hacerlo bien —dijo.

—Siempre lo ha sido —dijo Osei-Bonsu.

Volvieron adentro. Trabajaron cuatro horas más. A las seis de la mañana del sábado tenían ciento cuarenta y siete páginas completas.

Osei-Bonsu leyó el informe completo una vez más desde el principio. Moreau también. Luego lo revisaron en paralelo durante dos horas señalando imprecisiones, párrafos que necesitaban más sustento, formulaciones jurídicas que debían ser más exactas.

A las diez de la mañana enviaron el borrador al equipo legal de la CIDH en Washington y al equipo del TPI en La Haya para revisión simultánea.

El acuse de recibo llegó en veinte minutos desde Washington. Decía: *Recibido. Iniciamos revisión. Prepárense para presentación en sesión plenaria de la OEA en seis meses.*

Osei-Bonsu leyó el mensaje en voz alta.

—Seis meses —dijo Moreau.

—Seis meses —confirmó Osei-Bonsu.

Esa noche Moreau salió al balcón. Encendió el primer cigarro que fumaba en doce años. Lo hizo con la misma calma con que había hecho todo lo demás: sin drama, sin declaración, simplemente porque ese era el tipo de noche en que ciertas cosas tienen sentido aunque normalmente no lo tengan.

Abajo, la Ciudad de México seguía siendo lo que era: enorme, compleja, incapaz de decidir si era una víctima o una cómplice de lo que el informe documentaba, probablemente ambas cosas al mismo tiempo de maneras que ningún análisis podía separar del todo.

Pensó en la señora Rivas. En la libreta que Valentina Orozco les había descrito cuando los contactó para integrar el testimonio del colectivo al expediente. Trescientas páginas de registro. Fechas, coordenadas, horas de llegada de equipos forenses, nombres de funcionarios. Cuatro años de evidencia construida por una mujer que salía con varilla de acero a hacer lo que el Estado no hacía.

Esa libreta era, en cierto sentido, el mejor informe que existía sobre lo que México hacía con sus desaparecidos.

Mucho más honesto que cualquier documento oficial. Mucho más preciso que cualquier estadística gubernamental. Mucho más real que cualquier conferencia de prensa.

Y costó cuatro años de vida de una mujer que nunca debió tener que escribirla.

Terminó el cigarro.

Al día siguiente tomaron el vuelo de las siete de la mañana.

En el aeropuerto, mientras esperaban el abordaje, Osei-Bonsu recibió un mensaje de Valentina Orozco. Decía: *"El colectivo Buscadoras del Desierto quiere saber si pueden mandar una representante a la presentación del informe en Washington. Tienen recursos para el viaje si ustedes pueden incluirlas en la delegación."*

Osei-Bonsu le mostró el mensaje a Moreau.

—¿Qué dices? —preguntó.

Moreau leyó el mensaje.

—Diles que sí —dijo—. Que vengan todas las que puedan.

Osei-Bonsu escribió la respuesta. La mandó.

Abordaron el avión.

Mientras el avión ganaba altura sobre la Ciudad de México y el Valle de México se extendía bajo las nubes de la mañana con su inmenso e improbable desorden de millones de vidas simultáneas, Moreau pensó que había algo que el informe de ciento cuarenta y siete páginas no podía capturar del todo aunque lo intentara: la textura específica de un país que lleva décadas mirando hacia otro lado ante lo que ocurre en su propio territorio, y las personas que en medio de eso deciden no mirar hacia otro lado.

Las que salen con varillas.

Las que cargan con diez años de silencio hasta que ya no pueden más.

Las que hacen el café mientras explican cómo funcionan las cavidades en tierra removida.

El informe existía. Iba a existir cuando el avión aterrizara y cuando la sesión plenaria de la OEA ocurriera y cuando el TPI abriera su investigación formal y cuando los gobiernos presentaran sus impugnaciones y cuando los abogados debatieran las formulaciones jurídicas durante meses o años.

Iba a existir porque esas personas existían.

Esa era la única razón que importaba.

CAPÍTULO 11

La sesión

Línea A + Línea B — Los investigadores y Consuelo

Ciudad de México — penúltimo día de la misión

La sesión estaba programada para las diez de la mañana en las oficinas de la organización civil que había gestionado el contacto entre el colectivo y los investigadores. Era un espacio en una colonia de clase media de la Ciudad de México, tercer piso de un edificio sin nombre visible en la fachada, con una sala de reuniones que tenía exactamente lo necesario y nada más: una mesa, ocho sillas, una ventana que daba a un patio interior y una cafetera que llevaba encendida desde las ocho.

Consuelo llegó primero.

Había tomado el autobús nocturno de Altar a la Ciudad de México porque era lo que alcanzaba con lo que tenía, y había llegado a la central de autobuses a las seis de la mañana y había caminado hasta una fonda cercana donde había pedido café y un plato de huevos que había comido mirando la calle sin ver nada en particular. Valentina Orozco la había ido a recoger a las nueve y la había traído directamente.

En el camino, Valentina le había explicado otra vez lo que iba a ocurrir. No porque Consuelo no lo supiera sino porque era el tipo de información que se beneficia de repetirse cerca del momento en que va a usarse.

—Van a grabar la sesión con tu permiso —había dicho Valentina—. Si en algún momento quieres que paren la grabadora, solo dímelo. Lo que digas hoy forma parte del expediente formal de la CIDH y el TPI. No va a ser público de manera inmediata. Cuando el informe se presente, tu nombre puede aparecer o no, según lo que decidas.

—Que aparezca —había dicho Consuelo.

—¿Estás segura?

—Si Rodrigo no puede tener su nombre de vuelta, que por lo menos el mío sirva para algo.

Valentina no había dicho nada más sobre eso.

Consuelo estaba sentada en una de las sillas cuando llegaron Moreau y Osei-Bonsu. Los vio entrar y se levantó por reflejo, que era el reflejo de una mujer que se levanta cuando entra alguien a la sala, y luego pensó que probablemente no hacía falta levantarse y se quedó a medio camino entre sentada y de pie durante un segundo que fue ligeramente incómodo para todos.

Osei-Bonsu lo resolvió estrechando la mano de Consuelo con la firmeza directa de alguien que ha aprendido que en ciertos contextos el protocolo formal es más respetuoso que la calidez calculada.

—Consuelo Rivas —dijo—. Gracias por venir.

—Gracias por escuchar —dijo Consuelo.

Moreau también le estrechó la mano. Tenía la mano de alguien que escribe mucho, pensó Consuelo sin saber por qué lo pensó.

Se sentaron. Valentina puso la grabadora sobre la mesa y la encendió. Osei-Bonsu abrió su libreta. Moreau puso su teléfono boca arriba con la grabadora de respaldo encendida, que era su costumbre.

—¿Quieres agua? ¿Café? —preguntó Valentina.

—Café —dijo Consuelo.

Valentina lo sirvió. Consuelo lo tomó con las dos manos, que era su manera de beber el café desde siempre, envolviendo la taza, y notó que las manos no le temblaban, que era algo que había verificado en el autobús nocturno cuando no podía dormir y tenía tiempo de pensar en cosas como esa.

—¿Cómo quieres empezar? —preguntó Osei-Bonsu—. Puedo hacerte preguntas o puedes contar lo que quieras contar en el orden que quieras.

—Cuento yo —dijo Consuelo—. Las preguntas después si falta algo.

—Como prefieras.

Consuelo dejó la taza sobre la mesa.

Y empezó.

Habló durante cuarenta minutos sin que nadie la interrumpiera. Lo hizo con la precisión que había aprendido en cuatro años de registrar todo: fechas exactas, coordenadas GPS cuando las tenía memorizadas, números de carpeta de la fiscalía, tiempos de respuesta de los equipos forenses, nombres de funcionarios que habían obstruido y el nombre de la licenciada Torres que no había obstruido. Habló de las amenazas con la misma neutralidad con que anotaba las coordenadas de una fosa: eran datos, no dramas.

Habló del colectivo. De cómo se formó, de cuántas habían sido al principio y cuántas eran ahora. De la economía del horror, las rifas y los tamales para pagar las varillas y los guantes y el transporte. De las identificaciones logradas, nueve de las primeras treinta y un cuerpos recuperados, y de las

que no se habían logrado todavía, las que seguían siendo nadie en el SEMEFO con tiempos de espera de hasta veintidós meses.

Habló del sistema. De la fiscalía que archivaba y de los SEMEFOs saturados y de los presupuestos que no llegaban y de las solicitudes del doctor Reyes que llevaban dos años sin respuesta. Lo dijo sin cólera. La cólera, había aprendido, interrumpe la claridad, y la claridad servía más.

Moreau y Osei-Bonsu escuchaban. Osei-Bonsu escribía. Moreau no escribía: miraba a Consuelo con la atención de quien está registrando algo con un instrumento diferente a la libreta.

Cuando terminó de hablar hubo un silencio.

Lo rompió Osei-Bonsu.

—¿Cuántas fosas en total el colectivo?

—Cuarenta y ocho hasta la última semana de octubre. —Una pausa—. La cuarenta y ocho fue donde encontré a mi hijo.

Osei-Bonsu dejó de escribir un momento. Luego siguió.

—¿Cuántos cuerpos recuperados en total?

—Ciento ochenta y siete.

—¿Identificados?

—Treinta y uno.

—¿Procesos penales iniciados contra algún responsable de alguna de las fosas?

Consuelo la miró directamente.

—Ninguno.

Osei-Bonsu anotó ese número con la misma presión específica que Consuelo había notado ya en Valentina cuando anotaba cosas que eran peores de lo que esperaba.

—Señora Rivas —dijo Moreau, que había estado en silencio durante toda la sesión y que cuando habló lo hizo con una voz que no era la voz de protocolo de las reuniones institucionales sino algo más directo—, ¿cuántas personas del colectivo han recibido amenazas formales?

—Formalmente reportadas a la fiscalía, seis. El resto, amenazas que no reportamos porque la experiencia previa indicaba que el reporte no producía ninguna acción de protección y sí producía exposición adicional.

—¿Exposición en qué sentido?

—Que cuando reportas una amenaza, la fiscalía tiene que mover papeles. Y mover papeles implica personas. Y personas implica la posibilidad de que la información llegue a quien no debe.

—¿Han tenido evidencia de que eso haya ocurrido?

—Una vez. Reportamos una amenaza y cuarenta y ocho horas después recibimos otra que hacía referencia específica a detalles que solo podían conocerse a través del reporte.

Moreau y Osei-Bonsu intercambiaron una mirada.

—¿Eso está documentado? —preguntó Osei-Bonsu.

—En mi libreta. Tengo las fechas, el contenido de ambas amenazas y la secuencia temporal.

—Necesitamos copia de esas páginas para el expediente.

—Las traje. —Consuelo sacó de su mochila un sobre con fotocopias—. Traje también copia de las páginas con los registros de las cuarenta y ocho fosas, los tiempos de respuesta de la fiscalía y los datos de los treinta y un cuerpos identificados. Valentina me dijo que sería útil.

Osei-Bonsu tomó el sobre con cuidado.

—Es más que útil —dijo—. Es exactamente el tipo de documentación que un expediente internacional necesita y que los organismos del Estado raramente producen con esta precisión.

Consuelo no respondió a eso. No porque no tuviera respuesta sino porque la respuesta era obvia y no necesitaba decirse.

Siguieron una hora más con preguntas específicas. Moreau preguntó sobre la organización interna del colectivo, los protocolos de seguridad, las relaciones con otras organizaciones civiles, la conexión con Valentina y con los organismos internacionales. Osei-Bonsu preguntó sobre casos específicos donde hubiera evidencia documentada de obstrucción activa por parte de funcionarios, no solo de omisión.

Consuelo respondió todo con la misma precisión de siempre.

Cuando llegaron al final de las preguntas técnicas, Osei-Bonsu cerró su libreta.

—¿Hay algo más que quieras agregar para el expediente? Algo que no hayamos preguntado o que sientas que debe quedar registrado.

Consuelo pensó en la pregunta.

Pensó en la lista doblada en el bolsillo de su chamarra. Los tenis Nike blancos. La camisa de cuadros azul. La llamada al Chalo para el partido del domingo.

Pensó en la libreta con trescientas páginas de coordenadas y números y tiempos de respuesta y nombres de funcionarios.

Pensó en la medalla de San Cristóbal.

Pensó en la frase de Lola: *Con la certeza, aunque sea la peor, por lo menos uno sabe qué está cargando.*

Luego habló.

—Sí —dijo—. Quiero que quede registrado que mi hijo Rodrigo Rivas tenía diecinueve años cuando desapareció. Que era mecánico de bicicletas. Que trabajaba en el patio de mi casa. Que le gustaba el América y el pozole de su abuela y que la última vez que lo vi le di cien pesos para el camión porque iba

a cobrar una deuda de trescientos pesos a unas cuadras. Que llevaba puesta una playera azul. Que tenía una cadena con una medalla de San Cristóbal que le regalé yo para que se protegiera en el camino.

Nadie interrumpió.

—Quiero que quede registrado que lo busqué cuatro años. Que durante esos cuatro años la fiscalía no buscó. Que los encontré yo, con una varilla de acero que compré en la ferretería de don Aurelio, en un predio a veintiocho kilómetros de mi casa. Que cuando llamé a la fiscalía tardaron dos horas en llegar. Que cuando llegaron, lo primero que preguntaron fue si teníamos permiso para estar ahí.

Moreau no escribía. Miraba.

—Quiero que quede registrado que Rodrigo no era una estadística. Era una persona. Con un nombre y una edad y una playera azul y unos tenis que quería comprarse. Y que eso es exactamente lo que este país se está olvidando de todos los que desaparecen: que antes de ser un número en un registro, cada uno de ellos era alguien que le gustaba algo y que tenía planes para el martes siguiente.

Silencio.

—Y quiero que quede en este expediente de la misma manera que quedan los artículos del Estatuto de Roma. Con el mismo peso. Porque si lo que hacen ustedes sirve para algo, tiene que servir para que el mundo recuerde que detrás de cada cifra hay alguien que era alguien. No solo una cifra.

Osei-Bonsu no había abierto la libreta durante ese último tramo. Cuando Consuelo terminó, la abrió y escribió durante dos minutos sin parar. Luego leyó en voz alta lo que había escrito para confirmar que era exacto.

Era exacto.

—¿Puedo leerlo yo? —preguntó Consuelo.

Osei-Bonsu le pasó la libreta. Consuelo la leyó. Asintió.

—Así —dijo.

Osei-Bonsu recuperó la libreta y al final del párrafo escribió entre paréntesis: *(Testimonio de Consuelo Rivas Mendoza, integrante fundadora del colectivo Buscadoras del Desierto, Sonora. Incorporado al expediente. Página 148.)*

La sesión terminó a las doce y cuarto.

Valentina empezó a recoger los documentos. Moreau apagó su grabadora de respaldo. Osei-Bonsu cerró su libreta.

Consuelo tomó la última parte de su café, que estaba frío. Lo terminó de todas formas.

—¿Les puedo preguntar algo? —dijo.

—Claro —dijo Moreau.

—¿Creen que va a servir de algo? El informe. Lo que ustedes van a presentar.

Moreau y Osei-Bonsu se miraron brevemente.

Fue Moreau quien respondió, y lo hizo con la honestidad que había aprendido que es lo único que funciona cuando alguien que ha pagado el precio que esta mujer ha pagado hace esa pregunta.

—No lo sé con certeza —dijo—. Los procesos internacionales son lentos y los gobiernos son resistentes. Puede pasar mucho tiempo antes de que alguien sea procesado o algo cambie de manera estructural.

—¿Entonces para qué sirve?

—Para que ya no se pueda decir que no se sabía. —Una pausa—. Cuando el informe sea público, cada gobierno, cada funcionario, cada mando militar que aparece en ese expediente va a cargar con eso. No de manera legal inmediata. Pero en el registro internacional. Y los registros internacionales no desaparecen. Tienen una vida más larga que los gobiernos que los reciben.

Consuelo pensó en eso.

—¿Y mi hijo? —preguntó—. ¿El que el nombre de Rodrigo esté en la página 148 sirve para algo?

Osei-Bonsu respondió antes de que Moreau pudiera.

—Sirve para que la persona que lea ese expediente, sea quien sea, entienda que esto no es una abstracción jurídica. Que tiene diecinueve años y una playera azul y una medalla de San Cristóbal. —Una pausa—. Y sirve para que quede en el registro del Tribunal Penal Internacional que existió. Que fue alguien. Que tiene nombre. Eso no lo borra ningún gobierno.

Consuelo miró a Osei-Bonsu un momento.

—Bien —dijo. Y en esa palabra de una sola sílaba había algo que no era alivio exactamente pero que se le parecía en los bordes.

Se levantaron. Valentina acompañó a Consuelo hacia la salida. En el pasillo, antes de llegar a las escaleras, Consuelo se detuvo y se volvió hacia los dos investigadores.

—Una cosa más —dijo.

—Diga —dijo Moreau.

—El colectivo quiere ir a Washington cuando presenten el informe. Si es posible.

—Ya nos lo dijo Valentina —dijo Osei-Bonsu—. Pueden venir. Todas las que quieran.

Consuelo asintió.

—Lola va a querer hablar —dijo—. Lleva más tiempo que yo. Tiene más fosas. Más cuerpos. Tiene que hablar.

—Que hable —dijo Moreau.

—Y Aurelio. Lleva casi cinco años buscando a su hija. Todavía no la encuentra.

—Aurelio también —dijo Osei-Bonsu.

Consuelo los miró un momento más, a los dos, con la mirada de alguien que está evaluando si lo que tiene enfrente es lo que parece.

Debió de concluir que sí.

Asintió una vez más y bajó las escaleras.

Moreau y Osei-Bonsu se quedaron en el pasillo escuchando sus pasos bajar. Cuando el ruido de la puerta de la calle confirmó que había salido, Osei-Bonsu habló.

—Página 148 —dijo.

—Página 148 —repitió Moreau.

Y ninguno de los dos dijo nada más porque no había nada más que decir que no estuviera ya en esas dos palabras y en el número que las seguía.

CAPÍTULO 12

El laberinto de los generales

Línea A — Los investigadores / Capítulo especial sobre las Fuerzas Armadas

Ciudad de México / Washington D.C. — días finales de la misión

Este capítulo no tiene la voz de Consuelo.

No porque su historia no tenga relación con lo que aquí se documenta. La tiene, directa y profunda: el territorio donde Rodrigo desapareció era un territorio donde la presencia militar era permanente, donde la información de inteligencia sobre las estructuras criminales que operaban fluía hacia los mandos del Ejército con regularidad suficiente para que ignorarla no pudiera explicarse como falta de información. La tiene porque las cuarenta y ocho fosas que el colectivo localizó sin ayuda del Estado estaban en un estado donde la zona militar correspondiente recibía informes de seguridad semanales sobre actividad criminal en esas mismas áreas geográficas. La tiene porque en ninguno de esos informes, según los documentos que la investigación logró obtener, se registra una operación de captura o desarticulación que haya interrumpido de manera significativa las actividades de las organizaciones que llenaban esas fosas.

Pero la voz de Consuelo no está aquí porque lo que este capítulo documenta exige otro tono. No el tono de quien busca con varilla de acero en tierra removida. El tono de quien examina una cadena de mando y establece, con la precisión fría que el derecho internacional requiere, qué eslabones de esa cadena son responsables de qué.

Ese tono no es menos honesto. Es diferente.

Y la diferencia importa.

Moreau y Osei-Bonsu dedicaron los tres últimos días de la misión a construir el capítulo que consideraban el más explosivo del expediente y el más sistemáticamente eludido en cualquier discusión pública sobre la crisis de

seguridad mexicana. No porque los medios no lo mencionaran. Porque mencionarlo sin evidencia suficiente es afirmación. Mencionarlo con la evidencia que ellos habían construido es acusación. Y las acusaciones ante instancias internacionales tienen consecuencias que las afirmaciones periodísticas no tienen.

Empezaron por el número que lo resume todo.

Doscientos ochenta y un mil doscientos nueve militares desplegados en las calles mexicanas al corte de dos mil veinticuatro, según el informe de International Crisis Group publicado en mayo de ese año. Más que en ningún otro momento de la historia reciente del país. El argumento del gobierno para justificar ese despliegue era siempre el mismo: las fuerzas policiales civiles son insuficientes e ineficaces, solo las Fuerzas Armadas tienen la capacidad para enfrentar al crimen organizado.

El resultado de ese despliegue, medido con las mismas cifras que el propio gobierno publicaba, era el siguiente: durante el período de mayor presencia militar en la historia mexicana se registraron también los mayores índices de homicidio doloso, desaparición forzada y cuerpos sin identificar de esa misma historia.

La pregunta que esa contradicción genera no es retórica. Es técnica.

¿Cómo es posible que doscientos ochenta y un mil militares desplegados en todo el territorio nacional no hayan podido interrumpir los procesos que produjeron ciento sesenta y seis mil homicidios en seis años, ciento treinta y ocho mil desaparecidos y más de cinco mil setecientas fosas clandestinas?

La respuesta tiene dos versiones posibles: incompetencia sistémica o colusión selectiva.

La investigación construyó el caso para la segunda.

Lo construyó sobre cinco líneas de evidencia que se refuerzan entre sí.

La primera es el caso Ayotzinapa.

El veintiséis de septiembre de dos mil catorce, el Centro Regional de Fusión de Inteligencia que operaba en las instalaciones del veintisiete Batallón de Infantería en Iguala, Guerrero, monitoreaba en tiempo real las comunicaciones del grupo criminal Guerreros Unidos durante las horas en que cuarenta y tres estudiantes normalistas eran secuestrados, trasladados y entregados a sus verdugos. Esto lo estableció la Comisión para la Verdad y Acceso a la Justicia del Caso Ayotzinapa en su segundo informe, con documentación procedente de los propios archivos de la SEDENA.

El Ejército tuvo conocimiento en tiempo real. No intervino en favor de los estudiantes.

Los documentos internos de la SEDENA, revelados parcialmente por el colectivo de hackeo Guacamaya y verificados por las investigaciones de la Fiscalía General de la República, mostraron que los altos mandos implementaron después de los hechos lo que documentos internos describían como una estrategia de gestión institucional de la crisis: preparar a los

elementos para declarar de manera uniforme, limitar la información entregada a la COVAJ, y trabajar activamente para que los organismos internacionales no concluyeran que la cadena de mando militar había tenido participación en los hechos.

El testimonio de Ernesto Fuentes, capitán retirado del veintisiete Batallón, incorporado al expediente de esta investigación con reserva de identidad, establece lo siguiente: que el teniente a cargo de la coordinación con el CRFI le informó a él a las veintidós horas quince minutos de ese día que había actividad inusual en las comunicaciones de Guerreros Unidos relacionada con el traslado de un grupo de personas. Que él elevó esa información a su superior, el mayor Castellanos. Que el mayor Castellanos recibió una llamada a las veintitrés horas veinte minutos. Que esa llamada duró cuatro minutos. Que después de esa llamada, el mayor Castellanos dejó de evaluar opciones de intervención. Que no se emitió ninguna orden de despliegue durante las horas siguientes.

La llamada de las veintitrés horas veinte minutos.

Cuatro minutos.

El registro de esa llamada está entre los documentos que la SEDENA retuvo de la COVAJ y que las investigaciones de la FGR han establecido que existen. La investigación solicita formalmente al Tribunal Penal Internacional que requiera su entrega al Estado mexicano.

En junio de dos mil veintitrés, un juez federal impuso prisión preventiva a ocho militares en relación con el caso Ayotzinapa por el delito de desaparición forzada. Los mandos superiores de la cadena de mando de esa noche permanecen sin proceso formal en México. El expediente de esta investigación documentan por qué esa ausencia de proceso no es un vacío judicial sino una decisión.

La segunda línea es la detención y liberación del secretario de Defensa.

En octubre de dos mil veinte, la Administración para el Control de Drogas de los Estados Unidos arrestó en el aeropuerto de Los Ángeles al general que había ejercido como secretario de Defensa Nacional entre dos mil doce y dos mil dieciocho, acusado de narcotráfico, lavado de dinero y protección al cártel H-2. Era el hombre que había dirigido el Ejército mexicano durante seis años. El jefe institucional de todos los militares que combatían oficialmente al crimen organizado durante ese período.

El gobierno mexicano presionó a Estados Unidos para que le devolviera el expediente completo a fin de juzgarlo en México. Estados Unidos accedió.

El general fue liberado en México sin cargos. La investigación fue archivada. Como consecuencia, la DEA suspendió temporalmente la compartición de inteligencia con las autoridades mexicanas, comunicando de esa manera lo que ningún documento oficial podía decir con esas palabras: que la institución que debía juzgar al general no era confiable para hacerlo.

El general fue condecorado por sus servicios a la patria.

Moreau anotó en su expediente la secuencia completa de hechos y al final escribió una sola línea de análisis: *Un Estado que arresta, libera, archiva y condecora a su secretario de Defensa acusado de narcotráfico no está combatiendo al crimen organizado. Está administrando su relación con él.*

La tercera línea es la ausencia estructural de supervisión civil.

Desde el sexenio de Felipe Calderón, los sucesivos gobiernos mexicanos han expandido los poderes presupuestarios, operativos y políticos de las Fuerzas Armadas sin construir ningún mecanismo efectivo de supervisión civil independiente. En la práctica, las fuerzas armadas mexicanas han logrado operar fuera de las normas de rendición de cuentas que son vinculantes para todas las instituciones públicas en cualquier democracia funcional.

El fuero militar, aunque reformado parcialmente por sentencias de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, sigue funcionando como escudo ante los delitos cometidos en el ejercicio de funciones de seguridad pública. El organismo civil con mayor capacidad teórica de supervisión, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, ha emitido recomendaciones contra las fuerzas armadas que en menos de quince por ciento de los casos han derivado en algún tipo de sanción o corrección verificable.

Esta opacidad no es accidental. Es el resultado de decisiones legislativas y ejecutivas que en cada sexenio han ampliado los poderes castrenses y reducido los mecanismos de control. Es una opacidad funcional: sirve para que la colusión entre mandos militares y estructuras criminales opere sin consecuencias institucionales verificables.

La cuarta línea es el patrón de enriquecimiento inexplicable.

La investigación recoge, bajo condición de anonimato estricto, testimonios de oficiales de rango medio que describen un patrón reconocible en regiones de alta actividad criminal: mandos superiores que llegan a sus posiciones con salarios institucionales de dominio público, y que en el transcurso de sus mandos adquieren propiedades, vehículos y estilos de vida que ningún salario oficial puede explicar. El patrón no es nuevo y no está limitado a un sexenio.

El general José de Jesús Gutiérrez Rebollo, designado coordinador nacional antidrogas durante el gobierno de Ernesto Zedillo, fue arrestado en las propias oficinas de la SEDENA en mil novecientos noventa y siete cuando se descubrió que protegía al Cártel de Juárez. Fue el primer caso públicamente documentado de colusión en ese nivel de la jerarquía militar. Desde entonces, el patrón ha continuado con variaciones de escala y de organización, escalando hasta alcanzar al secretario de Defensa mismo en dos mil veinte.

Lo notable no es que el patrón exista. Es que ha persistido durante casi treinta años sin que los mecanismos institucionales de las propias fuerzas armadas lo hayan interrumpido de manera estructural. Lo que eso indica no es incapacidad para detectar el patrón. Es la existencia de condiciones que permiten que el patrón continúe.

La quinta línea es la Guardia Nacional como experimento fallido de militarización sin rendición de cuentas.

Creada en dos mil diecinueve con la promesa constitucional de ser una fuerza policial de carácter civil y con mecanismos de supervisión democrática, la Guardia Nacional fue diseñada desde el principio con estructura, adiestramiento y cadena de mando de naturaleza militar. En dos mil veintidós, en contra del dictamen de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, fue incorporada formalmente a la Secretaría de la Defensa Nacional.

El resultado fue la consumación del proceso que había comenzado con Calderón: el monopolio operativo de la seguridad pública en manos de las fuerzas armadas, sin los controles democráticos que ese monopolio requiere para no convertirse en el problema que se supone debe resolver.

Con cien mil elementos de la Guardia Nacional bajo mando castrense, con el Ejército y la Marina desplegados en funciones de seguridad pública, y con la Policía Federal disuelta sin haber construido una alternativa civil funcional, México tiene en dos mil veinticuatro la estructura de seguridad más militarizada de su historia y los indicadores de violencia y desaparición más altos de esa misma historia.

Esa correlación no prueba causalidad por sí sola. La evidencia de las cuatro líneas anteriores establece el mecanismo que la explica.

Cuando Moreau terminó de redactar la sección y Osei-Bonsu terminó de integrar los testimonios, se sentaron frente al documento completo del capítulo doce y lo leyeron en silencio durante veinte minutos.

—¿Demasiado? —preguntó Moreau cuando terminó.

Osei-Bonsu tardó en responder.

—Demasiado sería afirmar más de lo que la evidencia sostiene. —Cerró la laptop—. Esto es exactamente lo que la evidencia sostiene. No más.

—¿Y la conclusión?

Osei-Bonsu abrió la laptop otra vez. Leyó el último párrafo del capítulo en voz alta:

—“Las Fuerzas Armadas mexicanas han sido desplegadas durante ocho años consecutivos con poderes sin precedente histórico en el país y sin mecanismos efectivos de supervisión civil independiente. La evidencia reunida en esta investigación es consistente con la hipótesis de que sectores significativos de la cadena de mando, en distintos niveles jerárquicos y en distintas regiones del territorio nacional, operaron en relación de tolerancia activa, protección selectiva o colusión directa con las estructuras criminales que oficialmente combatían. Esta conclusión no desconoce el sacrificio de los trescientos dieciocho elementos del Ejército, la Marina y la Guardia Nacional caídos en combate entre dos mil dieciocho y dos mil veinticuatro. Reconoce, precisamente por ese sacrificio, que los elementos que sirvieron y sirven con honor merecen una institución que no los traicione desde arriba. Y reconoce que México merece unas Fuerzas Armadas que sean lo que su constitución

establece que deben ser: servidoras de la nación y no de las organizaciones que la destruyen."

Silencio.

—¿Cambiarías algo? —preguntó Osei-Bonsu.

Moreau pensó.

—La última frase. *Servidoras de la nación y no de las organizaciones que la destruyen*. Es correcta. Pero también es un llamado. Y los llamados en un expediente jurídico son una decisión editorial, no una obligación técnica.

—Lo sé —dijo Osei-Bonsu—. La incluí de todas formas.

—¿Por qué?

—Porque Fuentes tiene un hijo de veintiún años. Porque hay trescientos dieciocho familias con un muerto en uniforme. Porque si el expediente no le habla también a las personas dentro de la institución que todavía pueden elegir, entonces solo le habla a quienes ya decidieron que no van a cambiar nada.

Moreau la miró.

—Queda —dijo.

Firmó el capítulo esa noche.

Con la misma pluma con que había firmado expedientes en Colombia, en Guatemala, en Honduras y en El Salvador. Con la misma mano. Con el mismo peso en el brazo que producen los documentos que uno sabe que van a importar aunque no sepa todavía exactamente cuándo ni exactamente cómo.

Con distinto peso en el pecho.

Porque en todos los países anteriores había un nivel de distancia histórica que este país no tenía. Porque aquí todo seguía ocurriendo. Porque mientras firmaba ese capítulo había en algún lugar de Sonora una mujer con una varilla de acero sondeando tierra removida por los mismos hombres sobre quienes acababa de escribir.

No había manera de escribir eso con distancia.

Solo había manera de escribirlo con precisión.

Y eso era lo que había hecho.

Puso la pluma sobre la mesa.

El expediente estaba completo.

Ciento cuarenta y siete páginas más este capítulo.

Suficiente para que el mundo, una vez que lo leyera, ya no pudiera decir que no sabía.

CAPÍTULO 13

Cuando el informe llegó al mundo

Línea A — Los investigadores

Washington D.C. / Ginebra / La Haya — seis meses después

El vuelo de Consuelo Rivas a Washington fue el primero de su vida.

Se lo dijo a Lola mientras esperaban el abordaje en el aeropuerto de la Ciudad de México, con la misma neutralidad con que decía todo lo que era simplemente un hecho sin drama adicional.

—¿Primera vez? —preguntó Lola.

—Sí.

—¿Cómo te sientes?

Consuelo pensó en la pregunta.

—Como cuando sondeo un terreno nuevo —dijo—. No sé lo que hay ahí. Pero sé lo que vine a hacer.

Lola sonrió de la manera que solo Lola sabía sonreír.

Iban cinco del colectivo: Consuelo, Lola, Aurelio, Sandra y Graciela. Valentina Orozco viajaba con ellas. Habían conseguido los fondos a través de una red de organizaciones internacionales de derechos humanos que habían respondido al llamado que Valentina había circulado tres meses antes: colectivo de buscadoras mexicanas con documentación de cuarenta y ocho fosas y ciento ochenta y siete cuerpos recuperados, invitadas a presentar testimonio en la sesión plenaria de la OEA donde se presentaría el informe conjunto CIDH-TPI sobre México.

La respuesta había sido rápida. Más rápida de lo que Valentina esperaba.

—¿Por qué tan rápido? —había preguntado Consuelo cuando Valentina le confirmó los fondos.

—Porque el mundo ya sabía que algo grave ocurría en México. Lo que no tenía era la evidencia organizada de manera que obligara a actuar. El informe de Moreau y Osei-Bonsu es esa evidencia. Y ustedes son la cara de lo que esa evidencia significa.

—No somos la cara de nada —había dicho Consuelo.

—No en el sentido que tú piensas —había dicho Valentina—. En el sentido de que sin personas como ustedes, el informe es un documento técnico que los diplomáticos pueden debatir durante años sin que cambie nada. Con personas como ustedes en la sala, es imposible reducirlo a un debate técnico.

Consuelo había entendido eso. No le había gustado del todo, que es diferente a no entenderlo.

La sesión plenaria de la Asamblea General de la OEA estaba programada para el jueves por la mañana en el edificio principal de la organización en Washington. Era un espacio que tenía la arquitectura específica de los lugares diseñados para que las palabras tengan peso: techos altos, acústica controlada, hileras de delegaciones nacionales con sus banderines y sus audífonos para traducción simultánea, y la sensación particular de estar en un

lugar donde lo que se dice queda en el registro permanente de algo más grande que cualquier reunión individual.

Consuelo, Lola, Aurelio, Sandra y Graciela se sentaron en la sección reservada para las organizaciones civiles, detrás de las delegaciones nacionales, con sus credenciales de visitantes colgadas del cuello. Aurelio miraba la sala con la atención de alguien que intenta memorizar cada detalle. Sandra tenía las manos cruzadas sobre el regazo con la quietud de quien ha aprendido a conservar energía para cuando la necesita. Lola miraba la delegación mexicana, que estaba sentada tres filas adelante con el aplomo de quien sabe exactamente lo que viene y ha preparado su respuesta.

Consuelo miraba el estrado.

El gobierno mexicano había enviado a su canciller. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años con el traje correcto para la ocasión y la postura de quien ha aprendido a comunicar seguridad institucional con el ángulo específico de los hombros. Hablaba en voz baja con sus asesores mientras esperaba el inicio de la sesión.

Moreau y Osei-Bonsu estaban en la mesa de los presentadores del informe, junto con el secretario ejecutivo de la CIDH y la representante del TPI para América Latina. Moreau vio al colectivo cuando tomaron sus asientos y les hizo un gesto breve con la cabeza. Osei-Bonsu los vio y asintió.

—Nos vieron —dijo Lola en voz baja.

—Sí —dijo Consuelo.

La sesión comenzó puntualmente.

El canciller mexicano fue el primero en hablar, por protocolo de Estado bajo investigación. Habló durante veinte minutos con la fluidez de quien ha ensayado el discurso suficientes veces para que suene natural. Habló de los avances en materia de seguridad, de los programas sociales que atacan las causas estructurales de la violencia, del respeto a la soberanía nacional como principio irrenunciable, del compromiso del gobierno con los derechos humanos, de los mecanismos institucionales de protección a víctimas y de los resultados de las políticas implementadas en los últimos años.

No mencionó las ciento sesenta y seis mil muertes.

No mencionó los ciento treinta y ocho mil desaparecidos.

No mencionó las cinco mil setecientas fosas.

No mencionó los setenta y dos mil cuerpos sin identificar.

No mencionó al general secretario de Defensa detenido, liberado y condecorado.

No mencionó los cuarenta y tres estudiantes de Ayotzinapa.

Lola contó las omisiones en voz muy baja para Consuelo mientras el canciller hablaba.

—Seis —dijo cuando el canciller terminó.

—Siete —dijo Consuelo—. No mencionó tampoco a las buscadoras asesinadas.

—Siete —corrigió Lola.

Luego habló Étienne Moreau.

Habló durante cuarenta minutos. No alzó la voz en ningún momento. No usó adjetivos que no estuvieran respaldados por la evidencia del expediente. No hizo alegatos. Presentó los hechos en el orden en que la investigación los había establecido, con sus fuentes nombradas, con sus fechas verificables, con sus cifras que nadie en esa sala podía refutar porque venían de las propias instituciones del Estado mexicano.

Habló de los ciento sesenta y seis mil homicidios y de la tasa de impunidad del noventa y nueve por ciento.

Habló de los ciento treinta y ocho mil desaparecidos y del colapso del sistema forense nacional.

Habló de las veintidós entidades federativas y de la evidencia de colusión entre gobierno y crimen organizado.

Habló de las elecciones del miedo y de los mecanismos por los que el crimen organizado había colonizado los procesos electorales en al menos doce estados.

Habló del general arrestado en Los Ángeles, liberado en México, archivado y condecorado.

Habló del veintisiete Batallón de Infantería y de la llamada de las veintitrés horas veinte minutos que duró cuatro minutos y después de la cual nadie emitió ninguna orden de intervención.

Habló de los ocho militares con prisión preventiva por desaparición forzada y de los mandos superiores sin proceso.

Y habló, al final, de la señora Consuelo Rivas Mendoza, integrante fundadora del colectivo Buscadoras del Desierto, Sonora, cuyo testimonio se encontraba en la página ciento cuarenta y ocho del expediente.

—Esta señora —dijo Moreau, y su voz no cambió de tono pero la sala cambió de temperatura—, sin sueldo, sin seguro médico, sin financiamiento del Estado y con amenazas formalmente documentadas en la fiscalía que no produjeron ninguna acción de protección, localizó cuarenta y ocho fosas clandestinas y recuperó ciento ochenta y siete cuerpos en cuatro años de búsqueda. La fiscalía de su estado, con todos sus recursos institucionales y su mandato legal de investigar, no localizó ninguna de esas cuarenta y ocho fosas. Ninguna. Ese contraste no es una anomalía. Es la descripción exacta de cómo funciona un Estado que ha decidido, de manera sistemática y documentada, no cumplir con su obligación de buscar a sus desaparecidos.

Pausa.

—La señora Rivas está en esta sala. Está sentada en la sección de organizaciones civiles con cuatro compañeras del colectivo. Si alguien en esta

sala necesita que las cifras de este informe tengan un rostro humano antes de poder tomarlas en serio, les pido que las miren.

Consuelo sintió que varias cabezas se volvían hacia donde estaban sentadas. No se movió. Miró al frente. Lola tampoco se movió. Aurelio tampoco.

Cuando Moreau terminó de hablar hubo un silencio que duró varios segundos. No era el silencio de la indiferencia. Era el silencio específico de un espacio donde algo acaba de instalarse de manera que ya no puede ignorarse.

Luego comenzó lo que Osei-Bonsu había predicho: la reacción en cadena.

La delegación de Argentina solicitó la palabra para anunciar que apoyaba formalmente la apertura de una investigación complementaria de la CIDH. La delegación de Chile hizo lo mismo. La delegación de Colombia, que conocía bien el patrón de lo que el informe describía porque lo había vivido durante décadas, solicitó copia inmediata del expediente completo.

En los treinta minutos siguientes, quince países solicitaron copia del informe. Tres organizaciones internacionales, entre ellas el Relator Especial de Naciones Unidas sobre Ejecuciones Extrajudiciales, anunciaron investigaciones derivadas. El representante del Tribunal Penal Internacional leyó un comunicado que establecía formalmente la apertura de una investigación preliminar sobre México bajo el artículo quince del Estatuto de Roma.

El canciller mexicano solicitó la palabra.

Habló durante ocho minutos sobre soberanía nacional, sobre el proceso de diálogo constructivo que el gobierno estaba dispuesto a mantener, sobre la complejidad del contexto mexicano que los organismos internacionales no siempre estaban en condiciones de evaluar correctamente desde afuera.

No refutó ninguna cifra.

No cuestionó ninguna fuente.

No respondió a la pregunta sobre la llamada de las veintitrés horas veinte minutos.

Cuando terminó, salió de la sala antes de que la sesión concluyera formalmente. Sus asesores lo siguieron con la discreción entrenada de quien sabe cuándo la retirada es la única estrategia disponible.

Afuera, ante los micrófonos de la prensa que esperaba en el pasillo, habló de proceso de diálogo constructivo y de respeto a la soberanía. Un periodista le preguntó por el número de desaparecidos. El canciller respondió que el gobierno tenía un compromiso con las víctimas y que los mecanismos institucionales estaban trabajando. Otro periodista le preguntó por el general detenido en Los Ángeles. El canciller dijo que ese caso había seguido sus cauces legales en México conforme a derecho.

El periodista le preguntó si condecorar a un general acusado de narcotráfico era conforme a derecho.

El canciller dijo que no tenía más comentarios sobre ese tema en este momento y se retiró.

En la sala, Consuelo escuchó esa secuencia a través de la transmisión en vivo que alguien había abierto en su teléfono.

—Conforme a derecho —repitió Lola en voz baja.

—Sí —dijo Consuelo.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

Consuelo pensó.

—Como cuando la fiscalía me daba el número de seguimiento —dijo—. Las palabras correctas. El resultado incorrecto.

Lola asintió.

Después de la sesión hubo una reunión informal en una sala lateral donde el colectivo se reunió con Moreau, Osei-Bonsu, Valentina y representantes de cinco organizaciones internacionales. Consuelo habló durante veinte minutos sobre el estado actual de las investigaciones en Sonora, los casos pendientes, las necesidades del sistema forense. Lola habló sobre los protocolos de búsqueda que el colectivo había desarrollado y que otras organizaciones podrían replicar. Aurelio habló sobre su hija. Llevaba cuatro años y ocho meses buscándola. Seguía sin encontrarla.

Cuando Aurelio terminó de hablar hubo un silencio diferente al de la sala plenaria. Más pequeño. Más personal.

Una representante de una organización europea de derechos humanos preguntó qué podían hacer ellos desde afuera.

Consuelo respondió sin dudar.

—Presión sostenida —dijo—. No solo cuando hay una sesión plenaria o cuando sale un informe. Todos los días. Porque el gobierno mexicano sabe esperar. Sabe que la atención internacional se mueve y que si espera el tiempo suficiente la atención se va a otro lado. La única manera de que eso no ocurra es que la presión sea constante y que las organizaciones internacionales no bajen la guardia entre crisis.

La representante lo anotó.

—¿Qué más? —preguntó.

—Recursos para el sistema forense —dijo Lola—. No para el gobierno. Directamente para los SEMEFOs. Para el laboratorio del doctor Reyes en Hermosillo, que tiene doscientos cuarenta y tres cuerpos en instalaciones para ciento veinte y cuatro solicitudes de presupuesto sin respuesta en dos años. El dinero que llega al gobierno no llega al laboratorio. Que llegue directamente.

—Y protección para las buscadoras —dijo Sandra—. No promesas de protección. Mecanismos reales. Porque treinta y ocho compañeras han sido asesinadas o desaparecidas por buscar. Y cada año el número sube.

Las representantes internacionales escribían. Los organismos tomaban nota.

Osei-Bonsu, que había estado escuchando desde un lado de la sala, se acercó a Consuelo cuando la reunión informal terminó.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó.

—¿En la sesión o en general?

—En general.

Consuelo miró la sala que se estaba vaciando, las personas recogiendo papeles y teniendo conversaciones en los bordes, la maquinaria lenta pero real de los organismos internacionales poniéndose en movimiento.

—Vine esperando sentir algo más —dijo—. Alivio, quizás. O algo parecido a la justicia. —Una pausa—. No lo sentí.

—¿Qué sentiste?

—Que esto es el principio de algo. No el final. —Miró a Osei-Bonsu—. ¿Así es?

—Sí —dijo Osei-Bonsu—. Así es exactamente.

—Entonces —dijo Consuelo— supongo que está bien.

Esa noche, en el hotel donde se hospedaban con los fondos de la organización internacional que había financiado el viaje, Consuelo se sentó en el borde de la cama con su libreta abierta en la última página con anotaciones.

Leyó la entrada del día que encontraron la fosa cuarenta y ocho. La fecha. La hora. Las coordenadas. Los cuerpos. Y al final, en letras mayúsculas solas en su línea:

RODRIGO.

Debajo de eso, con la letra firme de siempre:

Mañana sigo.

Tomó el bolígrafo.

Añadió debajo, con la misma letra:

Washington D.C. El informe llegó al mundo. El trabajo no termina. Pero hoy algo comenzó.

Cerró la libreta.

Por la ventana del hotel, Washington brillaba con la misma indiferencia de todas las ciudades que no saben lo que ocurre en los territorios que sus instituciones dicen representar.

Pero en algún edificio a pocas cuadras de distancia, en los servidores de la CIDH y del TPI, había un expediente de ciento cuarenta y siete páginas más un capítulo sobre los generales.

Y en la página ciento cuarenta y ocho de ese expediente, entre los artículos del Estatuto de Roma y los testimonios de ex fiscales y capitanes retirados, estaba el nombre de Rodrigo.

Con su playera azul.

Con su medalla de San Cristóbal.

Con sus tenis Nike blancos que nunca llegó a comprarse.

Estaba ahí.

Y eso no lo borraba ningún gobierno.

Esa noche Lola tocó la puerta de la habitación de Consuelo.

—¿Dormirás? —preguntó.

—Probablemente no.

—Yo tampoco. —Lola tenía una pequeña botella de mezcal que había comprado en el aeropuerto antes de salir de México—. ¿Nos tomamos esto?

Consuelo la miró.

—¿Dónde conseguiste eso?

—En el área de impuesto libre. Dije que era para el frío.

—En Washington no hace frío en este momento.

—No le pregunté si hacía frío. Solo pagué.

Consuelo se rio. No fue una risa grande ni dramática. Fue la risa pequeña y genuina de alguien que descubre que todavía puede reírse, que no lo había olvidado del todo aunque hacía mucho tiempo que no lo practicaba.

—Entra —dijo.

Lola entró. Sirvió el mezcal en los vasos del baño porque no había otros. Se sentaron en las dos sillas pequeñas junto a la ventana.

Bebieron en silencio durante un momento.

—¿Qué sientes ahora? —preguntó Lola.

—Ya te dije. Que esto es el principio.

—¿Y eso es suficiente por hoy?

Consuelo miró el vaso.

—Hoy sí —dijo.

Lola levantó el suyo.

—Por Rodrigo —dijo.

—Por Rodrigo —dijo Consuelo.

—Y por los que todavía no tienen nombre —dijo Lola.

—Por todos —dijo Consuelo.

Bebieron.

Afuera, Washington seguía siendo Washington: indiferente, enorme, ocupada en sus propios asuntos. Pero en algún lugar de esa ciudad, en servidores que no duermen, el expediente existía.

Y existiría mañana.

Y el día siguiente.

Hasta que produjera lo que debía producir.

O hasta que alguien con suficiente autoridad y suficiente valentía decidiera que ya era hora de que lo produjera.

Lo que ocurriera primero.

EPÍLOGO

Lo que usted puede hacer — y lo que las Fuerzas Armadas deben decidir

Dirigido al lector y a quien sirve en uniforme — sin mediación narrativa, sin ficción

Hasta aquí la novela.

Consuelo Rivas es un personaje. Rodrigo es un personaje. Moreau y Osei-Bonsu son personajes. El colectivo Buscadoras del Desierto, el doctor Reyes, la licenciada Torres, Gerardo el ex fiscal, Ernesto Fuentes el capitán retirado: todos son personajes contruidos para hacer visible lo que existe pero que raramente tiene nombre ni cara en los debates públicos sobre la crisis de seguridad en México.

Lo que no es ficción es lo siguiente.

Hay 138 mil personas reales desaparecidas en México mientras usted lee esto. Hay 72 mil cuerpos reales sin nombre bajo custodia del Estado mexicano mientras usted lee esto. Hay más de 5 mil 700 fosas reales localizadas desde 2006 en el territorio de un país que se presenta ante la comunidad internacional como democracia en funcionamiento. Hay buscadoras reales que financian con tamales y rifas y kermes la búsqueda que el Estado no hace. Hay 38 de esas buscadoras reales que han sido asesinadas o desaparecidas por buscar. El año 2025 fue el más mortal para ellas.

Y hay 281 mil militares reales desplegados en las calles de ese país, más que en ningún otro momento de su historia reciente, mientras todo lo anterior ocurre y sigue ocurriendo.

Eso no es ficción.

Es el país donde usted vive o el país del que usted leyó durante las horas que tardó en llegar hasta aquí.

Y la pregunta que este libro deja no es retórica. Es práctica.

¿Qué va a hacer usted con lo que acaba de leer?

Al ciudadano:

La primera tentación después de leer algo así es el desánimo. La sensación de que la escala del problema es tan grande que cualquier cosa que una persona individual pueda hacer es insignificante. Esa sensación es comprensible. También es, con precisión, lo que el régimen criminal que administra el país necesita que usted sienta para seguir operando en paz.

El desánimo es la condición que los sistemas de impunidad más necesitan para sobrevivir. No la aprobación activa. Solo la parálisis. Solo el *así es México* dicho en la cena familiar y el cambio de tema.

No les dé eso.

Conocer las cifras reales es el primer acto de resistencia disponible para cualquier persona, con o sin recursos, con o sin tiempo. No las cifras que da el gobierno en sus conferencias de prensa matutinas. Las que documentan el INEGI, el Registro Nacional de Personas Desaparecidas, A dónde van los desaparecidos, Data Cívica, Impunidad Cero, la Plataforma Ciudadana de Fosas. Las cifras irrefutables que el propio Estado produce y que nadie en el gobierno quiere que usted conecte entre sí.

Un país donde el 99 por ciento de los homicidios no concluye con una sentencia no tiene sistema de justicia. Tiene un simulacro de sistema de justicia que existe para que el Estado pueda presentarse ante la comunidad internacional con el lenguaje correcto mientras la impunidad opera sin interrupciones.

Hablar es el segundo acto. Con su familia. Con sus amigos. Con sus conocidos. En sus redes. Sin el tono del activismo performativo que fatiga a quien lo escucha. Con la calma de quien comparte información que importa. La normalización del horror depende del silencio, no de la complicidad activa. Cada vez que alguien dice *así es México* y cambia el tema, el horror avanza un milímetro más hacia la categoría de lo inevitable.

No es inevitable. Es el resultado de decisiones políticas concretas tomadas por personas concretas que tienen nombre y cargo y que responden, al menos en teoría, ante las instituciones que los mexicanos financian con sus impuestos.

Exigir a sus representantes es el tercer acto. No importa en qué partido. No importa en qué nivel de gobierno. Exija presupuesto real y directo para los servicios forenses: no al gobierno, sino a los SEMEFOs, a los laboratorios de genética forense, a los equipos de campo que trabajan con recursos de hace una década mientras los cuerpos se acumulan más allá de la capacidad de cualquier instalación diseñada para recibirlos. Exija que las carpetas de investigación sobre desapariciones se abran y se trabajen. Exija que los colectivos de buscadoras tengan protección real, no números de seguimiento. Exija que México cumpla sus obligaciones ante la CIDH, ante el Comité de la ONU contra las Desapariciones Forzadas, ante todos los organismos internacionales a los que el Estado mexicano ha prometido cuentas que nunca rinde.

No como favor. Como obligación constitucional.

Apoyar a las organizaciones que hacen el trabajo es el cuarto acto. Los colectivos de madres buscadoras no reciben presupuesto público. Funcionan con lo que la sociedad civil les da: dinero, tiempo, visibilidad, conexiones. El periodismo de investigación que documenta lo que los gobiernos quieren que no se documente opera en condiciones de riesgo y de precariedad que hacen que cada texto publicado sea un acto de voluntad. Las organizaciones de

derechos humanos independientes, las que no son la CNDH, las que no son cómplices del régimen, tienen expedientes que los organismos internacionales usan para construir los casos que eventualmente producen consecuencias.

Todo eso existe y continúa existiendo porque hay personas que deciden que importa. Usted puede ser una de esas personas.

No creer que esto no le puede ocurrir a usted es el quinto acto, y quizá el más difícil porque requiere abandonar una ilusión que protege. La desaparición en México no distingue con la consistencia que sus perpetradores quisieran que distinguiera. Distingue vulnerabilidad. Y la vulnerabilidad, en un país con 72 mil muertos sin nombre y 138 mil desaparecidos y 5 mil 700 fosas, no es una condición reservada a los que viven en los márgenes. Es una condición que puede alcanzar a cualquier familia que tenga la mala fortuna de cruzarse con la estructura correcta en el momento equivocado.

Lo que le pasó a Rodrigo Rivas le puede pasar a cualquier joven que salga a cobrar trescientos pesos un martes por la tarde.

Rebelarse es el sexto acto, y el más urgente. No con las armas que usted no tiene ni con la violencia que alimenta el ciclo que produce exactamente lo que este libro describe. Con la única rebelión que las democracias tienen disponible y que resulta ser la más efectiva cuando se ejerce con constancia y con número suficiente: la rebelión civil, organizada, informada y permanente.

La que llena plazas cuando es necesario pero que entre manifestación y manifestación sigue exigiendo, documentando, visibilizando, sin dar al régimen el descanso que necesita para consolidarse.

La que no normaliza. La que no cambia el tema.

Este régimen no colapsará por sus propias contradicciones. Los regímenes coludidos con el crimen organizado que tienen el control del presupuesto, de las instituciones y de las fuerzas de seguridad no colapsan solos. Colapsan cuando la sociedad civil les niega lo único que necesitan para sobrevivir: la normalización de su crimen.

Cuando la mayoría de los mexicanos deje de normalizar las 138 mil desapariciones, ese día el régimen pierde su condición más valiosa: la invisibilidad de lo que hace.

Ese día está en sus manos.

No en las manos de ningún organismo internacional. No en las manos de ningún gobierno extranjero, aunque sus presiones ayuden. En las suyas.

En las de Consuelo Rivas, que existe aunque no se llame así.

En las de todas las Consuelos de este país que salen con varillas de acero a hacer lo que el Estado no hace, y que necesitan que alguien más haga lo que ellas no pueden hacer solas: no permitir que el mundo lo olvide.

A quien sirve o ha servido en uniforme:

Este libro no es un ataque a las Fuerzas Armadas de México.

Es un llamado urgente dirigido precisamente a ellas. Porque si hay alguna institución que puede cambiar la dirección de lo que este libro documenta, no es un organismo internacional ni una organización civil ni una comunidad académica. Es el Ejército y la Marina de este país, si deciden ser lo que su constitución establece que deben ser.

Hay 318 elementos del Ejército, la Marina y la Guardia Nacional que cayeron en combate entre 2018 y 2024. Sus familias merecen saber que murieron defendiendo algo que valía la pena defender. Sus compañeros merecen servir en una institución que honre ese sacrificio con coherencia entre lo que declara y lo que hace. Los mexicanos que los financian con sus impuestos merecen saber que esas vidas no fueron desperdiciadas en proteger los intereses de las mismas organizaciones criminales que oficialmente se combatían.

Un secretario de Defensa detenido por la DEA, liberado en México sin cargos y condecorado por sus servicios. Ocho militares con prisión preventiva por desaparición forzada en el caso de 43 estudiantes normalistas. Altos mandos que implementaron una estrategia explícita y documentada para obstaculizar la investigación internacional de ese mismo caso. Comandantes que, según evidencia verificable, establecieron acuerdos con organizaciones criminales en lugar de combatirlos. Oficiales de rango medio que construyeron patrimonios inexplicables con salarios institucionales de dominio público.

Esto no es el Ejército que Morelos construyó para una nación que nacía. No es la Marina que durante décadas fue la institución castrense con menor índice de corrupción documentada del país. No es la Guardia Nacional que se prometió como alternativa transparente a las corporaciones capturadas.

Es lo que ocurre cuando las fuerzas armadas acumulan poder sin supervisión, cuando el mando civil las usa para construir lealtades políticas en lugar de proteger ciudadanos, y cuando la impunidad se vuelve el precio implícito de la obediencia institucional.

A los soldados y marinos que cumplen sus órdenes con la convicción genuina de que sirven a su país: el país que sirven merece que exijan cuentas a sus mandos. No como insubordinación. Como dignidad institucional. Una fuerza armada que tolera que sus altos mandos se enriquezcan con dinero criminal, que obstruya investigaciones internacionales, que proteja a los perpetradores de los crímenes que oficialmente combate, no sirve a México. Sirve al crimen con el uniforme de México.

Y eso mancha a todos los que visten ese uniforme con honestidad. Los que caen en combate. Los que patrullan con convicción. Los que se levantan a las cinco de la mañana creyendo que lo que hacen importa.

Les importa a ellos. Merece importarles también a sus mandos.

A los mandos que todavía tienen integridad, y los hay porque ninguna institución es uniforme en su corrupción: el momento de actuar no es cuando la presión internacional sea insoportable ni cuando una condena del TPI haga inevitable el cambio. Es ahora. Antes de que el expediente crezca. Antes de que más nombres queden registrados en instancias que no olvidan.

La historia de México, cuando se escriba sin censura, registrará con nombre y cargo a quienes miraron hacia otro lado mientras sus ciudadanos eran desaparecidos por miles. También registrará, si existen, a quienes en el momento decisivo eligieron a su país sobre su mando corrupto. A quienes dijeron: hasta aquí. A quienes entendieron que la lealtad institucional verdadera no es la obediencia ciega sino la protección de lo que la institución debe ser.

Las Fuerzas Armadas de México tienen frente a ellas una decisión histórica que no puede posponerse indefinidamente: seguir siendo el escudo que protege la impunidad del régimen que las financia, o convertirse en lo que el artículo 129 de la Constitución establece que son: institución subordinada al poder civil, servidora de la nación, protectora de sus ciudadanos.

No hay una tercera opción.

No hay un punto intermedio cómodo entre servir a México y servir a quienes destruyen México.

La historia no perdona a las fuerzas armadas que miraron hacia otro lado mientras sus ciudadanos eran desaparecidos por miles en su propio territorio. Lo que sí hace la historia, lo que la historia de hecho ha hecho en otros países y en otros momentos, es reconocer a las instituciones militares que en el momento decisivo eligieron la difícil dignidad de su mandato constitucional sobre la comodidad de la complicidad.

México está en ese momento.

El expediente existe.

El mundo ya sabe.

La pregunta que queda no está dirigida a ningún organismo internacional. Está dirigida a los hombres y mujeres con uniforme que leen estas páginas, si es que las leen, y que tienen que decidir qué quieren que diga su historia cuando ya no puedan cambiarla.

Al lector, para terminar:

La esperanza de este libro no es la de los finales felices.

Es la esperanza más difícil y más real: la de que hay personas que no se acostumbran. Que hay madres que salen a buscar aunque las amenacen y aunque ya hayan encontrado lo que buscaban, porque quedan otros que no han sido encontrados todavía. Que hay capitanes retirados que durante diez años cargaron algo insoportable y que finalmente encontraron a alguien que pudiera escucharlo. Que hay fiscales que renunciaron cuando les pidieron ir demasiado lejos, aunque hayan tardado en hacerlo. Que hay peritos forenses que trabajan con doscientos cuarenta y tres cuerpos en instalaciones para ciento veinte y que siguen yendo porque si ellos no van, nadie va. Que hay investigadores internacionales que no acortaron sus conclusiones aunque los siguieran. Que hay periodistas que publican aunque sea peligroso. Que hay una sociedad que, si recibe la información correcta en el idioma correcto y con la evidencia suficiente, no permanece indiferente.

Usted acaba de recibir parte de esa información.

Lo que haga con ella es su decisión.

Pero ya no puede decir que no sabía.

Y eso, aunque parezca poco, es exactamente lo que hace que un expediente de ciento cuarenta y siete páginas en los servidores de la CIDH y el TPI sea algo más que un documento técnico.

Es la diferencia entre lo que existe y lo que puede ignorarse.

El nombre de Rodrigo está en la página 148.

Con su playera azul. Con su medalla de San Cristóbal. Con sus tenis Nike blancos que nunca llegó a comprarse.

Está ahí.

Y ahora también está aquí, en este libro que usted acaba de leer.

Consuelo Rivas lleva cuatro años buscando.

Usted lleva el tiempo que tardó en leer estas páginas.

Es suficiente para empezar.

No mañana.

Ahora.